

Recuerdos en la vejez

La evolución de la Sociedad
Murciana a través del relato
de sus mayores

Manuel Hernández Pedreño



Región de Murcia
Consejería de Trabajo
y Política Social

Secretaría Sectorial de Acción Social,
Menor y Familia

Dirección General de Política Social



una sociedad para todas las edades
Año Internacional de las Personas Mayores 1999

Imprime: Imprenta Regional
Diseño: Pedro Manzano
Depósito Legal: MU: 2.235-1999
I.S.B.N.: 84-87926-15-0

“Son muchas las virtudes propias de la ancianidad... finalmente, la sabiduría de la vida, recapitulación, repaso y reposo y, en fin, encarnación de la memoria colectiva de la sociedad”.

José Luis Aranguren

A mi madre, que a lo largo de su vida siempre me ha acompañado a construir la mía.



Prólogo6
Capítulo 1. Presentación del estudio9
Capítulo 2. Mujer, propietaria de perfumería, 67 años15
Capítulo 3. Hombre, empresario del mueble, 67 años27
Capítulo 4. Mujer, funcionaria administrativa, 77 años37
Capítulo 5. Hombre, guardia civil, 77 años49
Capítulo 6. Hombre, profesor de universidad privada, 82 años61
Capítulo 7. Mujer, telefonista, 86 años71
Capítulo 8. Mujer, labores del hogar, 92 años83
Capítulo 9. Hombre, tabernero, 96 años95
Capítulo 10. Hombre, albañil, 101 años105
Capítulo 11. Mujer, labores del hogar y del campo, 107 años115
Capítulo 12. Epílogo. Envejecer127

En la última década la vejez y el envejecimiento demográfico suscitan gran interés, tanto desde las administraciones públicas como desde diversos campos científicos. Este hecho se debe a los logros sanitarios y de nutrición de los países desarrollados, que han elevado considerablemente la esperanza de vida, a lo que se suma las bajas tasas de natalidad. Ambas circunstancias han supuesto un aumento importante de la proporción de mayores de 65 años sobre la población total.

Esta creciente relevancia social de la vejez ha sido destacada por la ONU declarando 1999 “Año Internacional de los Mayores”, con el lema: “una sociedad para todas las edades”, lo que supone que gobiernos de todo el mundo impulsen durante este año miles de iniciativas dirigidas a las personas mayores y a lograr una mayor valoración social de este colectivo y de sus aportaciones a la sociedad.

También en el campo de la investigación ven la luz en este año importantes trabajos sobre la vejez que, desde distintas áreas como la medicina, la psicología o la sociología, ofrecen nuevas aportaciones sobre la realidad que viven los mayores, al tiempo que permiten avanzar en el objetivo global de mejorar su calidad de vida.

En esta línea, dar difusión a la propia experiencia de los mayores, contada por ellos mismos, puede contribuir notablemente a mejorar el diálogo intergeneracional, ya que posibilita un mayor conocimiento de la realidad que vivieron y viven los mayores de la sociedad actual, tan distinta a la que les vio nacer.

Sus relatos reflejan los modos de vida y condiciones de una época pasada y desconocida por las generaciones actuales. Se recogen vivencias particulares, a la vez que trascienden las costumbres populares y la evolución de las normas sociales; lo cual es importante que otras generaciones posteriores conozcan. Son, por tanto, el espejo de la etapa socio-histórica que han vivido personas que hoy superan los 65 años.

La difusión de la experiencia vital de personas que han sido espectadores de sucesos que han marcado, no sólo su vida, sino que han ido configurando la actual sociedad murciana, permite alcanzar los siguientes objetivos:

- Proyectar a la población, en general, una reflexión acerca de cómo han llegado los mayores de hoy a su vejez, rescatando su biografía, donde va inmerso el devenir social e histórico de la Región de Murcia.
- Conocer el modo en que cada persona construye su vida y le da sentido, según las características personales (profesión, género, estatus, estado civil...) y las influencias sociales del momento histórico.
- Sensibilizar a la sociedad sobre la situación presente y futura de las personas mayores, en base al conocimiento de cómo se ha alcanzado esa edad y qué tipo de condicionantes –personales o sociales– han influido en ese trayecto hasta la vejez.
- Hacer partícipe a la población de Murcia de unas historias y vivencias que se inscriben en el entorno de la Región de Murcia, de la cual son parte importante. Llegar de lo individual a lo global o general.
- Dar una imagen real de la vejez, alejada de los estereotipos sociales que suelen ofrecer los aspectos más negativos. Un acercamiento más positivo a la vejez.

Es importante darles voz, que se hagan oír entre nosotros. Ellos son nuestra historia aún viva. No podemos prescindir de estas aportaciones.

Antonio Gómez Fayrén

Consejero de Trabajo y Política Social



Presentación del estudio

Las sociedades desarrolladas se vienen caracterizando desde hace unas décadas por el creciente aumento de la proporción de mayores. A este fenómeno demográfico y social no es ajena España ni la Región de Murcia, a pesar del retraso en el envejecimiento demográfico respecto a Europa.

Aunque los datos demográficos nacionales del Padrón de Habitantes de 1996 aún no están disponibles a nivel desagregado, sí se sabe, en estos momentos, que los porcentajes regionales y nacionales en dicho año han aumentado respecto a 1991 y que las cifras regionales -14,15%- y nacionales -14,9%- van acortando distancias respecto a las europeas. Además, en ambos ámbitos, regional y nacional, continúa elevándose la presencia femenina respecto a la masculina, al tiempo que los grupos de más edad -cuarta edad, longevos- siguen ganando peso en relación con los mayores de menos edad.

Como se desprende de las proyecciones demográficas, estos porcentajes irán en aumento una vez entrado el siglo XXI, acercándonos paulatinamente a las cifras europeas. De este modo, los tiempos venideros serán, cada vez más, tiempos de vejez, siendo un hecho la coincidencia en el tiempo de generaciones con características muy diferenciadas.

El envejecimiento es un proceso individual y, por tanto, no se debe pensar en los mayores como en un grupo homogéneo, sino todo lo contrario; su principal característica es la de ser un colectivo de diferencias y sumamente heterogéneo, que comprende un gran número de subgrupos en función de determinadas características socio-demográficas: edad, sexo, estado civil, poder adquisitivo, nivel de salud, modo de convivencia o hábitat de domicilio.

Además de estas diferencias, se debe tener en cuenta que las características de este colectivo van evolucionando, pues los procesos de socialización han sido distintos. Así, el nivel educativo ha ido aumentando y el acceso de la mujer al trabajo y a otros hábitos sociales irán igualando las diferencias actuales según el sexo.

En síntesis, la vejez actual no es la misma que la de principios de siglo y será, a su vez, distinta a la de los mayores del inminente siglo XXI. Es, quizá, por el hecho inexorable de que todos -con fortuna- llegaremos a mayores, por lo que este trabajo cobra sentido y justificación: conocer la realidad vital de los mayores de hoy es avanzar en la comprensión de nuestra propia realidad de mañana.

Naturaleza del estudio.

Los relatos de vida que aquí se presentan forman parte de una investigación más amplia, una tesis doctoral, realizada en el departamento de Sociología y Política Social de la Universidad de Murcia y defendida el 26 de mayo de 1999 con la calificación de Sobresaliente Cum Laude. Su título fue: "Tiempos de vejez.

Análisis sociológico de distintos perfiles de mayores. El caso de la Región de Murcia”.

El objetivo de dicha investigación, en su conjunto, fue conocer las diferentes realidades de vejez que viven las personas mayores, obteniendo dicha realidad de su discurso oral. Para ello se realizaron 33 entrevistas en profundidad y 10 historias de vida; en estas últimas se centra el contenido de este libro.

Las historias de vida son las manifestaciones y narraciones de las experiencias de una persona a lo largo de su vida. Su interés para las ciencias sociales es innegable: con estos relatos se puede profundizar en el conocimiento de la realidad social que, de una u otra forma, se refleja en la experiencia vital de las personas.

El importante valor instrumental de este método biográfico reside, precisamente, en su capacidad de reproducir la vivencia concreta de los casos a través de la experiencia acumulada. Debido a la interacción persona-sociedad, la historia de vida representa uno de los mejores métodos para conocer la realidad social y su evolución.

La historia de vida permite descubrir cómo se ha llegado a la vejez, qué circunstancias han sido determinantes, y por qué, o con qué recursos han contado y cuentan actualmente los mayores.

Las narraciones permiten entender el proceso social que supone envejecer en la Región de Murcia, rescatado de los propios protagonistas y obtenido de su propio relato. Por ser una transmisión oral recoge también determinados términos murcianos, algunos de los cuales han quedado en desuso.

Asimismo, el relato ayuda a conocer lo que significa la vejez, sus problemas, sus valoraciones y su situación actual; descubre la reflexión personal sobre el propio proceso de envejecimiento.

Por otro lado, el análisis del material recopilado permite determinar las características que configuran la estructura social de un pasado reciente, en el que han acontecido importantes cambios sociales: en la esfera familiar (relación de pareja, con los hijos), en el ámbito legislativo (prestación por desempleo, generalización de pensiones) o en el marco socio-político (transición democrática, desarrollo económico). Dicho análisis aparece recogido en el último capítulo del libro que, además, incluye una serie de conclusiones acerca del proceso de envejecimiento.

Los diez entrevistados.

La elección de los entrevistados se hizo siguiendo el criterio de *normalidad*. Es decir, no se contemplaron aquellos sujetos que fuesen susceptibles de ser considerados *marginales*, por tener un historial personal particular y alejado de la sociedad por cualquier motivo; ni los que fuesen *excelentes*, por ser personalidades muy conocidas por el hecho que fuese, político, cultural, deportivo u otros. Todos los entrevistados son personas *normales* en cuanto a no ser demasiado marginales ni demasiado excelentes a

priori. No obstante, se sabe que, en la práctica, la consideración de persona *normal* o *corriente* es confusa, casi todo el mundo se sale de lo corriente en un aspecto u otro. Este hecho se da en uno de los entrevistados, que durante su vida activa ocupó cargos de relevancia social. Debido a esto, es el único entrevistado que ha preferido utilizar un seudónimo en lugar de su verdadero nombre como han hecho los demás.

Según los criterios de clasificación y selección empleados, se puede considerar que los relatos ofrecen diez perfiles de vejez muy distintos. Se trata de personas que han alcanzado *oficialmente* la vejez, por haber superado los 65 años.

La principal variable determinante de la heterogeneidad del grupo fue la distinta profesión realizada por todos ellos. La importancia de la profesión desarrollada en la vida activa se debe a su relación con otras variables -como nivel educativo, estatus socioeconómico, tipos de relaciones sociales, tipo de hábitat e, incluso, la salud-, que marcan estilos de vida distintos y, por tanto, posibles diferenciaciones en la vejez. También se han incluido dos mujeres que no tuvieron una ocupación continua y remunerada en su vida activa, dedicándose principalmente a las labores del hogar; no obstante, una de ellas realizó, además, diversas labores en el campo.

Las profesiones de los diez sujetos entrevistados son: albañil, tabernero, telefonista, profesor de universidad, guardia civil, funcionaria administrativa, empresario del mueble, propietaria de perfumería, labores del campo y labores del hogar.

Otras variables que se tuvieron en cuenta en la búsqueda de la diversidad de perfiles de vejez fueron: género, edad, estado civil, grado de dependencia física, nivel educativo, tipo de hábitat y la convivencia actual.

El grupo lo forman cinco hombres y cinco mujeres, contando con un representante según sexo de cada década: dos sexagenarios, dos septuagenarios y así, sucesivamente, hasta dos centenarios. Los cuatro estados civiles quedan representados en el conjunto: cuatro viudos, cuatro casados, una soltera y un separado. Lo mismo sucede con los niveles educativos pues, desde la condición de analfabeta de una de las entrevistadas, se cuenta con representantes de los distintos niveles educativos intermedios, hasta el de universitario de otro de los entrevistados.

A la vez, quedan representados entornos sociales de la Región muy distintos. Se entrevistaron sujetos que residen en hábitats urbanos de las ciudades de Murcia, Cartagena y Yecla o en sus zonas periféricas, como El Palmar y Las Torres de Cotillas. Otros proceden de contextos más rurales: Abarán, Abanilla, Librilla o Cuevas del Norte, en Sangonera la Verde.

El proceso de búsqueda de los candidatos a entrevistar se realizó a través de colaboradores que los conocían directamente; no teniendo ninguno de ellos vínculo alguno con este investigador.

Construcción de los relatos.

Los tipos de relatos elaborados son los llamados relatos *paralelos*. Es decir, realizados a sujetos cuya característica en común es la de ser mayor de 65 años y vivir en la Región de Murcia, sin vinculación directa entre ellos y siguiendo criterios preestablecidos de selección de la muestra. No obstante, debido a la edad de algunos sujetos, varios relatos han sido, a su vez, *cruzados*; pues estuvo presente algún familiar próximo al entrevistado/a ayudando en la confección del relato.

Durante las entrevistas se contó con un *guión* abierto en donde, a modo teórico y orientativo, se fraccionó la vida del sujeto en tres grandes etapas vitales: infancia-juventud, edad adulta y vejez. Los inicios y finales de estas etapas teóricas del guión no estaban cerrados, ni los marcaba ninguna edad concreta; aunque sí varios tipos de acontecimientos, como la entrada en el mundo laboral y la jubilación, que delimitaban, respectivamente, los inicios de la segunda y tercera etapas orientativas (edad adulta y vejez).

En cada una de las tres etapas se demandaban una serie de cuestiones a todos los sujetos, aunque no realizadas en un orden preestablecido, con el fin de buscar la máxima espontaneidad. Además, en cada etapa se solicitaba al entrevistado que describiese las características del marco social y contextual en el que se sucedían los acontecimientos: amigos, familiares, vecinos, domicilios, tipo de vivienda o acontecimientos sociales y políticos.

Además de dicho guión, conforme se realizaban las entrevistas se iba confeccionando un *índice cronológico* de acontecimientos vitales, donde se ubicaban los sucesos en una cronología, al menos orientativa. También se elaboró *una guía de recursos personales* que se empleaba para registrar una serie de datos básicos, ordenados temática y cronológicamente, relativos a los siguientes aspectos: hogar primario, formación recibida, matrimonio y hogar propio, domicilios, hijos, estancia durante la Guerra Civil, trabajos realizados, jubilación, amigos, nido vacío, otros descendientes, salud, economía y otros posibles en cada caso.

El número de sesiones realizadas fue diferente según el entrevistado en cuestión. Tras cada sesión, se realizaba la transcripción y se iban completando los datos de la guía de recursos personales y del índice cronológico, los cuales se verificaban con el sujeto al inicio de la siguiente sesión.

El criterio de transcripción de las entrevistas ha sido el de fidelidad a la expresión oral, es decir, la literalidad; incluida la información aportada por los testigos familiares, en su caso. En consecuencia, se han mantenido los términos típicos murcianos y otras incorrecciones verbales.

Los relatos que se recogen en este libro son una selección ordenada de fragmentos procedentes de la versión íntegra de las sesiones transcritas, que han sido revisados por los protagonistas y/o sus familiares. La narración final, así obtenida, trata de constituir

una trayectoria vital coherente en cada sujeto. Eso sí, manteniendo siempre el discurso propio de los entrevistados.

Agradecimientos.

Desde que se inició mi andadura en la investigación sociológica de la vejez hasta la publicación de este libro, han sido muchas las personas -jóvenes y mayores- que me han brindado su apoyo: los directores de la tesis doctoral, diversas instituciones públicas, compañeros de profesión e investigadores, amigos y familiares. A todos ellos, muchas gracias.

También, agradecer a la Dirección General de Política Social de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia el interés mostrado por mi trabajo y por la difusión de las historias de vida.

Finalmente, manifestar de manera muy especial mi gratitud al conjunto de los protagonistas, por su tiempo y la atención prestada en la reconstrucción de sus historias de vida; dedicando un emocionado recuerdo a los que han fallecido mientras se preparaba esta publicación, Genoveva García y José Tenza. Gracias a los diez por regalarme esta experiencia, por los mensajes y huellas personales que en mí depositaron.

Mujer, propietaria de perfumería, 67 años

La droguería-perfumería se llamaba “Lolian” de Loli y Antonio... y nos llamamos todavía así, aunque ahora sólo tenemos la perfumería. Estamos los dos jubilados ya.

Nací en Calasparra, en 1930, pero llevo en Cartagena desde que tenía 26 años. Mis padres se llamaban Juan y Brígida. Mi padre era... entonces sabes que estaba Abastos, las plazas de abastos, pesos y medidas, las carnes, los alcoholes... todo eso lo llevaba el ayuntamiento y eso era Abastos. Y él llevaba la fiscalía de eso. Fiscalizaba el alcohol que entraba al pueblo, los toros -cuando había toros-, iba a pesar los toros y la carne... Y todo eso por parte del ayuntamiento, pero él no era funcionario, él echaba un pliego al ayuntamiento y cada año se adjudicaba él ese trabajo.

Mi madre era una mujer de hogar, plenamente de hogar. Fuimos siete hermanos; yo era la última, la menor de todas. En Calasparra *ejercí* mi vida como niña, en los colegios de las monjas de los Sagrados Corazones, hasta que hice la Comunión. Luego vino la guerra, la postguerra y luego hubo que trabajar porque faltaba de todo y no había de nada. Entonces me puse a trabajar que tendría unos 13 ó 14 años. Dejé la escuela con los primarios estrictos, con el libro de *la Juanita*, no llegué al Manuscrito. El libro de *la Juanita* era un libro que lo ando buscando. ¡Ay!, soñaría con él... Teníamos El Catón, que era el primer libro, el de las letras: las vocales, las consonantes y eso. Y después, nos daban un libro de urbanidad, de educación, para tratar bien a las personas. Entonces ese libro se llamaba *la Juanita* y es un libro antiquísimo que era el que te decía cómo tenías que comportarte con las personas.

Cuando dejé la escuela, me pasé a trabajar. Primero trabajé en teléfonos, en una centralita y yo repartía los recibos, porque entonces se avisaba a las casas a decir que a tal hora tenían una conferencia y por eso me daban un dinerillo. Después de la Telefónica, porque tenía que meterme ya en el cuadro telefónico -que lo aprendí- de las clavijas y eso, pero como era yo ya una persona muy *movida* y a mí me gustaba mucho el mundo del negocio pues, entonces, me coloqué en una tienda, que me gustaba más. Y allí estuve muchísimos años. Era como una especie de bazar de los de antes, porque era ferretería, se vendía lana, se vendía cristal, colonia a granel,... Y sigue estando la tienda en Calasparra, en las Cuatro Esquinas que se llama. Luego eso lo compraron otros, porque eso era de un señor de Caravaca que se llamaba Diego Marín y allí tenía esa sucursal. Esa tienda pasó a otro señor que tenía hijos y trabajaban en la tienda y, entonces yo, ya me vine aquí a Cartagena con unos tíos.

Me vine a Cartagena porque tengo unos tíos -una hermana de mi madre-, que teníamos mucho contacto con ellos y me querían mucho. Se les murió una hija a ellos con 16 años -que sólo tenían esa hija-, se quedaron muy *traumados*, muy tristes y entonces mi madre, como era su hermana, dijo: “venga, que se vaya mi hija Lola con ellos que

les alegre un poco la vida”. Y con ellos transcurri hasta que me casé aquí en Cartagena. Yo en la casa les ayudaba a ellos... eran mayores. Mi tío trabajaba y mi tía estaba en la casa y yo estaba como una hija.

Yo tenía entonces 26 años. Todavía no tenía novio. Bueno, en Calasparra tuve uno, pero allí se quedó con su novia. Luego, aquí conocí a mi marido y me casé a los 29 años. Estuvimos 4 años de novios. Él tenía una carbonería y nos conocimos y entonces yo pues claro, como conocía mucho el mundo de los negocios... El carbón decayó, luego vino el petróleo -que también tuvo petróleo-, también decayó. Vino el butano y entonces barrimos todo con la fuerza mía. Él era muy contrario. Todavía de novios era carbonería; al casarnos ya no, lo transformamos todo. Bueno, no, éramos novios todavía cuando lo hicimos droguería. Después, nos casamos y a mí, como tanto me gustaba el mundo de la perfumería fui *ladeando* un poco lo de la droguería... por los grandes almacenes, por lo que se nos venía encima. La cosa de detergentes, las grandes superficies nos iban a comer a las droguerías un poco y, entonces, ya me fui a la especialidad.

La primera casa que cogí fue Revlon, que invertí ciento ochenta mil pesetas y mi marido por poco me mata, que en aquella época era un riesgo... eso sería por el año... cuando yo tenía 32-33 años. La droguería todavía duró mucho tiempo, lo que pasa es que ya compartíamos la droguería con la perfumería. Estábamos en la calle Caballero, que todavía está allí el local, todavía existe. Aquello se cerró, aunque transcurrimos allí un *montonazo* de años trabajando.

Después de aquello, cuando yo ya vi que Cartagena bajaba un poco y aquella zona se puso tan mal... Porque la zona aquella del casco antiguo se puso que cayó en *picao*. Pues entonces, yo dije: “pego el salto”. Eso fue hace 8 años, los que estamos aquí, desde el año 90 que nos venimos aquí. Y le dije: “mira, Antonio, aquí nos vamos a quedar a dos velas”. No íbamos mal-mal por las buenas concesiones, que eran exclusivas... Las clientas iban y todo, pero se perdía mucha gente de paso, porque aquel barrio entró en crisis, porque lo abandonó el Ayuntamiento. Las casas se quedaron viejas y la gente se fue de allí. Imagínate que de un puerto de mar tan maravilloso -con una Santa Lucía que es un cielo de sitio- irse la gente a Santa Ana, ¡muéretel!. Vamos, eso para mí es de lo más absurdo del mundo. Vamos, con todos los respetos del mundo, cada uno puede vivir donde quiera, pero es que... mirando al mar, vivir mirando al mar no es mirar al interior. Vamos, yo pienso que en un puerto de mar la gente “se da tortazos” por vivir mirando al mar.

Pero es que, claro, todo ese casco antiguo es que se quedó hecho una pena. Todo lo que hacen todas las ciudades, que el casco antiguo lo levantan, lo florecen... porque esto de la calle del Carmen, la reforma, ha sido de cuatro días que lo han arreglado. Pero tienes una Serreta que es una preciosidad, que es una calle Caballero, donde yo tengo el negocio, que todavía está el local, está cerrado, pero todavía se ve el cartel de

“Perfumería Lolian Impacto”. Yo paso por allí y... es que me tira, me da un tirón, porque allí fueron mis años de verdadera vida y de verdadera ilusión. Y lo que fue luchar de verdad, por decir: aquí, los sábados y domingos y doce y quince horas diarias y venga y venga... y esto *p’alante*. Porque mi marido estaba *al contrario*, que decía que era un disparate, que la perfumería especializada... Al final salió bien, siempre bien, muy bien, porque siempre he tenido un sexto sentido para las cosas, para decir vamos por aquí o por allí. En eso he tenido mucha suerte, la verdad. He tenido suerte y mucha decisión, porque nunca he sido cobarde y siempre me he *embarcao* en todo lo que he podido.



Antonio viene poco por aquí, está ya jubilado; viene, da una *vueltecica*, *anda* más tranquilo, más *despistao* del negocio. Es mayor que yo unos años y ya tengo que estar un poco más pendiente de él. Aunque él está fenomenal, no tiene nada, ni tiene azúcar ni nada. ¡Está guapo!. Y yo también estoy muy bien. Yo, nada, mis revisiones, no tengo nada así... gracias a Dios nada. Si acaso, me tomo una aspirina o una tila -como ahora-, pero nada más.

Siempre hemos tenido empleados. En la calle Caballero teníamos dos y aquí, ahora tenemos tres. Cuando trabajábamos los dos yo hacía también las cosas de la casa. Teníamos siempre una chica que me iba a limpiar y eso pero, verdaderamente, la cocina, la comida y llevar mi casa, el orden y eso lo llevo yo.

Yo estoy jubilada también, nos jubilamos el año pasado los dos, entonces ya la licencia fiscal... porque yo sigo en activo, pero como las licencias fiscales hay que cambiarlas, entonces, la cambiamos. Tenemos una encargada y un encargado que es el marido de Fini, que lleva todo el régimen interno, pero los dueños seguimos siendo nosotros. Y seguimos viniendo, revisándolo todo y dando la cara en todo. Tanto mi marido como yo. Y muy bien, y así hasta el final, hasta que podamos. Si mañana nos queremos ir a Murcia a los toros, pues nos vamos. Ayer estuve, que fui a ver a Ortega Cano, que me encantó.

No hemos tenido hijos. No hemos tenido descendencia ninguna pero bueno, hemos tenido mucha gente alrededor que he querido mucho, que han sido para mí como hijas y todos son como hijos para mí, y éstos son mis hijos. Y luego, aparte, tengo una ahijada que la he educado yo desde pequeñita y estoy pagando su carrera, va en segundo de Periodismo y es una zagala preciosa, buenísima, agradecidísima, cariñosa... un cielo de hija. Y Fini, que también la he criado yo, que es esta chiquita rubia que trabaja aquí y que ha vivido en casa con nosotros como una hija. Mis *hijos* estos no son familia mía, son gente que yo he criado, que han vivido en mi casa, bajo mi techo y... como hijos, para mí.

Hermanos me quedan sólo dos. Una hermana que está en Caravaca y... Mis hermanos, es que cuando acabó la guerra se fueron dos a Méjico y uno de ellos murió allí.

El que sigue vivo allí es ya mayorcito, ya tiene noventa y tantos. La hermana de Caravaca es mayor que yo 6 años y tiene tres hijas y nos vemos a menudo. Las tres sobrinas se dedican a la enseñanza, se llaman M.^a Eulalia, Loli y Toñi. Lolica está aquí, en Cartagena, que está en el Colegio Hispania, es profesora de literatura.

Los demás hermanos han muerto todos. Uno ha muerto en Méjico, otro murió en Madrid... En fin, la guerra, los destrozos de la guerra, que a mí me pilló joven pero a ellos los pilló ya *mayorcicos*. A mí me tocó la postguerra, sin trabajo, sin nada y la emigración fue la solución.

Mi padre después de la guerra salió muy mal de la cárcel, porque estuvo todo el tiempo en la cárcel porque era de derechas... Era de derechas, decían que era de derechas, las cosas de entonces, sería porque trabajaba para el ayuntamiento y movía dinero. Y estuvo mucho tiempo en la cárcel, toda la guerra estuvo en la cárcel. Cuando salió de la cárcel salió muy mal, muy *traumado*, muy mal, porque lo sacaban a un patio... lo tuvieron en San Antón, en Murcia. Estuvimos nosotros aquí viviendo, evacuados en Cartagena, porque nos echaron de la casa de Calasparra. Lo que entonces se hacía: te echaban de la casa y la ocupaban y estuvimos viviendo aquí, con mis tíos. Luego, cuando salió mi padre de la cárcel de San Antón, de la provincial de Murcia, entonces nos fuimos a Calasparra otra vez. Mi padre intentó reanudar sus negocios, pero ya, Abastos tomó otros cauces, todo cambió. Entonces, trabajó en algunas cosas pero, en fin... tenía tierras -muchas- y fue vendiéndolas, se vendió todo, todo. Ya, se dedicó a las cosas de los pueblos, a nada, a los amigos y a vivir, a explotar las tierras. Iba al campo, con sus *oliveras* y cogía su aceituna pero, bueno, aquello no daba, la verdad, para nada. Y todos nos tuvimos que poner a trabajar. Fue la razón por la que "fuimos bien nacidos, pero mal criados", como yo digo.

La guerra hizo muchos desastres, pero bueno, gracias a Dios, fue positivo porque nos despertó en un mundo de trabajo, de lucha... diferente totalmente. Y luego nos hemos ido cultivando, se ha ido adquiriendo cultura, aprendiendo mucho de la gente, de la gente de cultura. Yo ya después de la guerra no estudié nada, acabé los primarios y a trabajar y después, ya, sólo mi negocio, mi comercio. Bueno, cursos y cursillos y eso sí; he hecho muchos, y de muchas cosas.



Yo al pueblo ya voy poco, pero me acuerdo de una amiga, de mi amiga Maruja, que tuve una amiga íntima que se me llevó medio corazón, porque se fue a Barcelona después de la guerra, nos separamos. También tengo allí otras amigas: mi amiga Ascensión que sigue viviendo allí; mi amiga Eli que también sigue allí... Las veo todavía, cuando voy a la Coronación de la Virgen de la Esperanza, la patrona de Calasparra. El año pasado estuve con ellas. Allí ya, familia no me queda ninguna. Sigue estando la casa de mis padres, que es de mi hermana y mía, porque mi hermana se fue a Caravaca a vivir.

Cuando voy a Calasparra las reúno a todas nos damos cuarenta besos y cuarenta abrazos y disfrutamos mucho. En la Coronación última nos juntamos todas y recordamos cuando yo fui reina de las fiestas de Calasparra, cuando era jovencilla, tendría 18 ó 20 años, antes de venirme. Cuando fui reina me salió un novio, pero no funcionó y se quedó allí... por situaciones. Yo estaba aquí y él estaba allí. No sé, los destinos, la vida que es así.

Allí sólo me quedan las amigas. Mi padre murió de cáncer de garganta a los 72 años y mi madre murió, antes que él, de cáncer de riñón a los 67 años, jovencísima. Los dos murieron en su casa, en sus camas y mi hermana de Caravaca fue la que más cuidó de los dos. Mis hermanos de Méjico vinieron los dos cuando ellos murieron, los vieron antes de morir... Es que ya, solo quedábamos los cuatro, los dos hermanos de Méjico y nosotras dos. Los otros tres murieron. Uno murió jovencito, pequeño, de 3 añicos o así, que yo no lo conocí. Yo conocí a otro que murió de 22 años en Madrid, que murió tuberculoso, que ya sabes que en todas las familias... No había una familia que no muriera uno tuberculoso después de la guerra. También murió otro pequeñito, recién nacido, que yo tampoco lo conocí. Los pequeños es que nacieron mucho antes de nacer yo. Uno de los de Méjico también ha muerto hace poco tiempo, unos años. Ahora solo quedamos tres.

Mi hermano de Méjico -el que vive- se llama José María y mi hermana, Maruja. Mis hermanos se fueron a Méjico a *descubrir* el mundo, como Colón. Primero se fueron a Barcelona y de Barcelona a Méjico. Primero se fue uno y a los 2 años se fue el otro. Primero se fue el mayor y luego reclamó al otro, al segundo. Y allí se casaron por poderes, uno con una mejicana y otro con una española. Allí tengo mis sobrinas y la familia de ellos. Ellos se dedicaron... uno fue, de la casa Ford, el mejor vendedor que tuvo la casa Ford en Méjico, tuvo no sé cuántos diplomas y medallas por eso. Ése es el que se ha muerto, que se llamaba Antonio y era el mayor. Y el otro, José María, se dedicó a la ropa porque su mujer era diseñadora. Éste sigue vivo y su mujer también, aunque tienen ya casi 90 años. Están allí con los hijos, muy lejos.

Después de la guerra, los pueblos se vaciaron enteros, se fueron todos, a Barcelona... Nos quedamos mi hermana Maruja y yo solas con mis padres. Mi hermana se puso a coser, conoció a su marido, estuvo 6 años de novia con él -que era perito electricista- y se casaron. Se fueron a Cehegín y luego, lo trasladaron a él a Caravaca. Mis padres se quedaron en Calasparra, pero se iban muchas temporadas a casa de mi hermana a Caravaca y también se venían con nosotros aquí.

Cuando voy a Calasparra, cuando son las fiestas, voy por las morcillas, voy por el arroz... Yo, mi tierra la adoro, aunque, verdaderamente, Cartagena por adopción es mi pueblo. También es que Calasparra está muy... es que no hay nada. Es que yo voy allí y me dan ganas de llorar: entre la casa de mis padres cerrada, aquellos años tan tristes... Voy y visi-

to mucho el cementerio, que eso es para mí es un cierto honor de... humano, de la persona... Y el arroz y esas cosas, pero paso el día y me vengo. Suelo ir dos veces al año.



A mi marido lo conocí por mis tíos, porque eran muy amigos de unas señoras que vivían arriba, en el piso de arriba de donde vivía mi novio. Entonces yo iba allí con mis tíos, a verlas, a visitarlas y él como la carbonería estaba debajo, en el bajo, pues me vio y esas cosas. Y empezó a salir detrás de mí los domingos y todo eso... y acercárseme y yo: “no, que no, que no...” pero de esas cosas que luego mis tíos: “sí, que es un chico muy bueno, que te interesa...”. Y nada, *nos arreglamos*, fuimos 4 años novios, nos casamos en Calasparra, en el Santuario de la Virgen de la Esperanza y me casé de blanco, por la Iglesia... No tendría todavía los 30.

Aquí no llegué a tener amigas íntimas antes de casarme y luego tampoco muchas, porque yo siempre he sido una mujer de poca calle y de salir poco. He sido de mi trabajo, mi vida y mi casa y, luego, que teníamos la madre de Antonio con nosotros, como él era hijo único, vivió con nosotros hasta hace 17 años. Estuvo 3 años paralítica, en un sillón de ruedas, y la cuidábamos nosotros. Murió hace... no sé, es que las fechas, los años... Murió unos años después de venir Fini con nosotros. Murió en nuestra casa y con nosotros. Los médicos nos dijeron de internarla en un hospital pero nosotros vimos que era un terminal y no quisimos. Además, ella no quería, quería morir con nosotros.

Nosotros siempre hemos vivido en la misma casa; bueno, yo antes viví con mis tíos en otro sitio. Con mis tíos vivía en la calle del Ángel y ahora ellos están en la residencia del Perpetuo Socorro, que están los dos muy malitos: mi tío tiene 89 años y mi tía 87. Están los dos juntos en su misma habitación. Voy a visitarlos, los cuido... Sólo tienen un hijo, que todavía vive, como la otra hija murió...

Mi marido es huérfano desde los 7 años. A su padre lo mató un tren cuando él tenía 7 años. Y luego al poco tiempo se murió la hermana que tenía, porque se llevó un susto con lo del padre, que tenía 26 años entonces, la única hermana que tenía.

Cuando me caso, me voy a casa de mi marido, donde sigo viviendo, en la calle Gisbert. Esa casa la reformamos cuando murió la abuela. Es un edificio, que debajo se lo tenemos alquilado a la Cruz Roja y luego, al lado, está alquilado a un colegio. Es un edificio de dos plantas.

Siempre hemos tenido una chica que nos ha ayudado por horas o nos ha echado una mano, gente muy conocida, estas crías que han vivido con nosotros en la casa. Como Fini, que es de Los Almagros, un *pueblecico* de Fuente Álamo, y yo me la traje con 13 años. Ella venía a hacerse la limpieza de granitos y yo la conocí y le dije: “¿por qué no te vienes con nosotros?”, y se vino con 14 años o así. La metí en la tienda y se quedó en la casa y compartíamos negocio con casa, ella como trabajadora y nosotros como jefes. Todas las chicas son trabajadoras, los dueños somos Antonio y yo. Fini ya se casó,

se fue de la casa y tiene dos hijos, pero estuvo conmigo como si fuese una hija y sigue siéndolo. Ha estado viviendo con nosotros muchos años, por lo menos 15... ella vino antes de morir la abuela.

La abuela vivió con nosotros siempre. Ella trabajó hasta que se retiró. Solos no hemos estado nunca, en la vida, ahora es cuando verdaderamente, desde que se casó Fini, que hará unos 10 años. Aunque a Fini la tenemos cerquita. Vivimos solos, pero siempre, tanto en el campo como en la casa, siempre tenemos amigos con nosotros.

También, anteriormente tuvimos con nosotros una prima-hermana de Antonio, de Elche de la Sierra -Alicia-, que estuvo tiempo también y se casó estando con nosotros. Fuimos los padrinos de la boda.



Lo de jubilarnos fue porque nosotros no tenemos hijos, no queremos ser egoístas ni esclavos del negocio toda la vida. Tenemos una vida normal, tenemos para vivir, pues decidimos que lo que quedara vivirlo tranquilos y hacer otras cosas.

Nos gusta muchísimo la ayuda voluntaria y cuando tenemos ocasión, nos vamos a Pontevedra, que hay un asilo y hacemos unas ayudas allí. También en El Ferrol hemos estado este verano; me gusta mucho hacer estas cosas. “No hago todo el bien que quiero sino que evito el mal que no quiero”, como decía San Francisco de Asís.

Ahora tengo un horario de trabajo libre. Yo vengo, no como antes de jubilarme, que veníamos a abrir y cerrar, estábamos siempre aquí, de toda la vida, porque como dice el refrán: “el ojo del amo engorda al caballo”. Y siempre ha habido que estar, y hemos estado, encima.

Mi marido ahora se entretiene con otras cosas, lee... Es muy *apañado* y muy gracioso, me compra mis cosas, ve lo que falta en el frigorífico... Tenemos una casita en el campo, que a él le encanta, coge su *cochecico* y se va. Cultiva sus rosales, sus naranjos... lo que tiene por allí. Se entretiene en sus *cosicas*. El fin de semana lo pasamos allí, en el campo. Y eso, una vida sana, tranquila, relajada. Y yo estoy más por aquí, por la tienda, que él.

Hemos estado siempre juntos... y trabajar con el marido no es fácil, es difícil. La verdad es que yo no soy partidaria. Nunca hubiera yo emprendido... no me gusta que el hombre trabaje con la mujer, porque se hace monótono, pero a nosotros no se nos ha hecho monótono porque, no sé, él ha sido una persona que me ha dejado a mí mucho realizarme, no me ha coartado nada. Ha sido que yo he dicho: “esto” y él ha dicho: “pues bien, nada, hacia delante” o “bueno, lo que tú veas”. Entonces yo me he sentido en eso como si yo trabajara sola. De hecho, el negocio lo fui dirigiendo yo a donde yo veía. Imagínate, de la carbonería que él tenía y dónde hemos terminado: en alta perfumería especializada, en lo más.

La idea de la droguería fue conjunta, de mi marido y mía, porque él tenía la carbone-

ría y luego tuvo el petróleo y del petróleo fue cuando dije yo que no... Porque el petróleo también se pasó y, entonces, la CAMPSA le concedía su cupo de butano -por si quería vender butano-, tenía derecho a su cupo como combustible y fue cuando ya no quisimos. Bueno, el que dijo que no fue él, aunque yo le achuché. Fue él, fue valiente en eso. Y entonces dije yo: “venga, fuera el petróleo y vamos a poner aquí una droguería”.

Pusimos la droguería porque a mí me gustaba mucho el mundo de la belleza y de la moda... pero claro, tuvimos que empezar vendiendo lejía, vendiendo “Tú-Tú” para poder vender también cosas de perfumería, no íbamos a empezar... Pero yo ya llevaba mi idea de especializarme algún día. De hecho, muchas veces él me decía: “¡estás loca, coges esta concesión, con lo que cuesta!”. Porque ahora es otra cosa, es otro mundo, ahora es normal, pero entonces, cuando yo cogí Revlon -la primera concesión que cogí de Revlon-, te pedían un millón de pesetas de concesión. Imagínate y entonces mi marido se moría, “se cagaba la pata abajo del susto”. Y yo le decía: “no te preocupes, ya verás como lo vendemos, y salimos hacia delante”. Y nosotros empezamos sin apoyo económico ninguno, porque nosotros empezamos nuestro negocio debiendo hasta los cristales. Lo único, que teníamos la casa donde vivíamos, que era propia, que era la casa de su madre y que el local también era propio. La abuela aportaba su pensión porque era *maestra-escuela* y nosotros, pues vivíamos de eso, del sueldo de la abuela; y nosotros, pues todo para el negocio. Debíamos los cristales, debíamos el suelo, debíamos las existencias, debíamos todo. Mi marido tenía un crédito y fuimos saliendo, fuimos saliendo... de eso hace ya 35 ó 40 años.

A mí es que siempre me ha gustado mucho lo de la perfumería, me gusta mucho el diseño, me gusta mucho la moda, la decoración... yo te “agarro” y te decoro, porque es que me encanta, pero no lo he podido hacer, aunque aquí he practicado un poco.

Mi mayor ilusión del mundo es que me hubiese gustado ser *maestra-escuela*. Imagínate que entonces la Sección Femenina te pagaba los libros del colegio, y la escuela, pero ¡uy!, entonces aquello era: ¡cómo es posible, esta hija está loca!. Porque a mí me han dicho siempre en mi casa -mi madre y mi padre- que yo era, vamos, la loca de la familia, porque nunca me ha gustado la aguja ni... Yo, no, no he pensado nunca en pegar un botón; sé pegarlo, pero ése no era mi objetivo. Entonces yo leía Vogue y leía unas revistas... yo leía a Juan Varela y leía cantidad de libros que... y sigo leyendo, por supuesto, todo lo que pillo.

Me encanta leer y me encanta la música clásica. Me gusta mucho aislarme, estar tranquila. Si un día lo tengo agitado, a otro día tengo que coger yo mi parcela y quedarme sola... pero eso no es de ahora eso ha sido toda mi vida, yo he sido siempre así.



Cuando nosotros abrimos la perfumería especializada en Cartagena ya estaban otros

especializados, no fuimos los primeros. Primero abrió Ayala, luego Gómitz y luego nosotros. Somos las tres perfumerías más especializadas que hay aquí. Ellos tienen sus marcas, nosotros tenemos las nuestras. No compartimos las marcas, no podemos tener las mismas. Sin embargo, nos llevamos muy bien, porque de otros productos no especializados nos prestamos. A veces nos dejamos productos. Si ellos tienen una demanda de un producto que no tienen, pues nosotros se lo prestamos, luego, arreglamos cuentas.

Ellos también son mayores como nosotros, lo llevan los hijos ahora. Ayala murió y Gómitz está retirado y ya lo llevan los hijos. Nos vemos en las ferias, porque yo salgo mucho. Vamos a Madrid a la Feria de Complementos, que también vendemos bolsos, pañuelos, bolsas de aseo... y a otras ferias, pero los concesionarios nos visitan aquí: los viajantes, los jefes de zona... y una vez al año nos visitan los directores. En fin, que casi todo marcha con promociones, con ayudas, con publicidad... Es un campo muy bonito, hay que estar muy al día, porque esto es como los vestidos, más que la ropa.

En este mercado, los medios de comunicación son lo más importante, aunque se encarece el producto pero, bueno, es lo que la gente quiere, las clientas, bueno, y los clientes, que también tenemos productos de caballero. Tenemos más clientas porque la perfumería es casi todo más de mujer. Y no creas que sólo tenemos clientes de alto... también tenemos productos para gente cómo te diría yo... ahora mismo ha venido una señora que está sirviendo, que la conozco yo por mediación de... Porque yo conozco a todo el mundo y para mí todo el mundo es igual, en el sentido de trato, y ha venido con las dos nueras, se ha comprado su colonia *baratica*, que también la tengo ahí preparada para ella. Estando en este sitio nuevo es cuando más nos hemos lanzado a nuevos productos y servicios, cuando más hemos invertido... y no hace mucho, ya éramos mayores, va a hacer sólo 9 años... Si en este barco nos embarcamos nosotros, pues ya casi a punto de decir: “vamos a tirar la toalla”. Y dije yo: “no, no tiramos la toalla, porque aquí hay que ponerse donde a uno le corresponde”. Y estoy muy contenta porque siempre pensé *de tener un sitio...* en un sitio, vamos, bueno. Y, entonces, ya llegué hasta aquí, y ya, suelto las riendas, ya me mantengo. Porque lo más importante es mantenerse, no es subir.



La casa del campo la hicimos para descansar. La tenemos ya 20 años o así. Compramos un *solarcico* y construimos la casa. Tenemos la casa y alrededor tiene limoneros, algunos pinos... bueno, un fresquito por allí... Otros se lo compran en la playa, pero yo nunca pensé en comprar en la playa porque no tiene ningún sentido. Estamos aquí, a dos pasos de Cala Cortina que vamos, nos bañamos y en la gloria bendita. No tenemos hijos que casar, ni que conozcan a otros chicos así que dijimos: “este dinero, en viajes”. Cuando queremos un baño, mi marido me acerca, porque yo no *manejo*, voy con mi marido; me ha gustado siempre un chófer, voy con él.

Hemos viajado mucho. Hemos estado en Méjico, en Brasil, en Canadá,... unas veces de negocios y otras de placer. España la conocemos casi entera. Como no hemos tenido hijos, no hemos tenido carreras por medio que tienes que atender. Y como no me han gustado nunca las joyas, ni el lujo, ni me han gustado los gastos superfluos, entonces... Ahora, viajar ha sido siempre mi pasión... y la de mi marido también. Entonces, se ha hecho economía de una cosa, pero se ha gastado en otra. Porque yo, en la vida me he comprado un bolso de Loewe. Yo, de todo eso he pasado. Hombre, me ha gustado lo bello, pero siempre hemos tenido un “talento” a la hora de economizar, porque, si no, no hubiéramos llegado dónde hemos llegado.

El campo está en Cuevas de Redilla, pasado Fuente Álamo, en dirección a La Pinilla y Mazarrón. Está muy cerca de aquí, a veinte minutos. Llegamos allí porque teníamos mucha amistad con un sacerdote que estuvo muchos años allí en la iglesia y entonces, por mediación de él compramos allí un terrenito y nosotros nos hicimos una casita allí. Y como nos gustaba mucho el campo... Luego a él lo trasladaron a otra iglesia... Tenemos muy buenos recuerdos de muchos amigos allí.

Tengo una amiga que se llama Leonarda que vive en el campo; bueno vive en Murcia, pero tiene casa en el campo, al lado de nosotros. La ahijada es hija de mi amiga Leonarda. También tengo dos amigas aquí -que las quiero mucho- que viven en el barrio de La Muralla del Mar; una se llama Cristina y otra Conchita. Una está viuda ahora. Son clientas que con el tiempo se han hecho amigas. Y amigos así de salir a cenar, eso según salga. Como nos vamos al campo, los fines de semana. Allí sí tenemos un matrimonio que viven en Fuente Álamo, Maruja y Pedro, que salimos muchas veces a cenar con ellos. Ella es gallega y él es de allí, de Fuente Álamo. Son con los que salimos algunas veces. Pero normalmente salimos más con un amigo nuestro que es viudo. También tenemos varios amigos sacerdotes que convivimos también con ellos bastante.

La casa en el campo la hicimos antes de abrir esta perfumería nueva. La hacemos antes que viniera la crisis a Cartagena, antes que Cartagena cayera en picado. Y se cayó porque no se dieron cuenta que se les iba de las manos todo: la marina, los militares, las empresas públicas... Es que no hay aquí casi ninguna empresa privada... Eso es un problema muy gordo. Aquí todos estaban acostumbrados al sobre a fin de mes y ya está. Y cuando la empresa pública se va... Y los hijos hacen lo que vieron de sus padres: poner la mano para el sobre... pero el sobre se acabó. Claro, si los hijos han visto a su padre conformista con su sueldo y con su sobre y ha *llegao* para lo que ha *llegao* y si no ha *llegao*, no ha *llegao*, pues el hijo no ha *desperta*o en decir: “no, yo quiero algo más”. Luego, cierra la empresa pública, todo el mundo a la calle y al paro... y a vivir de lo que le han dado. También los militares, que eran los que más tenían; porque aquí la gente es muy clasista, no hay clase media... antes estaban los militares y los obreros y luego éramos cuatro comerciantes y ya está. Eran muy grandes las diferencias, se no-

taba mucho, pero un montón. Ahora está cambiando, afortunadamente, ya va habiendo mucha gente normal. Es que aquello fue una explotación, un conformismo. Está cambiando pero desde hace muy poco, desde hace 5 ó 6 años, que no ha sido antes y todavía... Fijate las obras del puerto, lo que han tardado y lo que les queda, porque todavía no tenemos ahí ni una sombrilla para tomarnos una cerveza. Si das un paseo con un niño, tú dime a mí si el niño tiene sed... Es que no han puesto nada. Si viene uno de fuera y se quiere sentar, no tiene dónde. Lo primero que tenían que poner es un *tambanillo*, para que se pueda tomar uno un refresco viendo el puerto.

Y luego, las ruinas que tenemos, que son riquísimas; porque son verdaderas maravillas, pero también han sido un problema, porque todos los constructores han dicho: “¿sí?, a construir en Murcia o Alicante, en vez de aquí”. Nadie ha querido tocar el casco antiguo. ¿Quién “le mete los cuernos” a eso?, porque, claro, si levantas y te salen restos romanos; porque fijate, los restos del teatro romano que hay, se vieron porque durante la guerra una bomba destrozó una parte de la catedral y debajo ha salido todo eso que... Es que Cartagena fue muy afectada por las bombas, fue lo que más se bombardeó, que nosotros la guerra la pasamos aquí, en la Plaza de España. Como mi padre estaba preso, nos evacuaron aquí, al amparo de los tíos; que ella era hermana de mi madre y mi tío era maestro plomero y trabajaba en el arsenal. Él hacía barcos y ponía las instalaciones de fontanería en los barcos, ese era su oficio, fue un gran maestro. Mi tía nació en Calasparra, pero conoció a mi tío aquí en Cartagena y se casó con él. Lo conoció porque vinieron una Semana Santa aquí y se conocieron y luego se casaron. Y fue por ellos por los que yo vine aquí, y ya me he quedado.

En Cartagena, septiembre de 1998
Dolores Fernández Zueco

A handwritten signature in blue ink that reads "Dolores Fernández Zueco". The signature is written in a cursive style and is underlined with a single horizontal stroke.

La empresa se llama “Abdón y Lucas”. Yo soy Lucas, y Abdón es mi socio -y amigo- desde siempre. No siempre he sido empresario del mueble, a mí no me venía esto de familia; nada más que, como otro cualquiera, que entré de aprendiz y poco a poco...

Mi padre tenía una peluquería y también hacía alpargatas, de cáñamo, de lo que había entonces, en aquellos tiempos. Vivíamos aquí, en el pueblo. Mi madre tenía una máquina de hacer *jerseles* y cosas de esas. Ella también colaboró mucho en la economía de la casa.

En mi casa éramos cuatro hermanos: dos hermanas, que son gemelas, y un hermano que murió ahora hace un año, que era el que me seguía a mí. Yo era el mayor de todos.

Yo nací el 21 de junio del 31, unos años antes de la guerra. De la guerra me acuerdo apenas; me acuerdo de la postguerra... de aquello se acuerda uno más, por las necesidades que se pasaban en aquellos tiempos.

Mi padre tuvo la peluquería hasta que se jubila del todo; pero peluquería se le dice ahora, entonces le decían barbería. Él se llamaba también Lucas y mi madre Herminia. Yo estuve ayudándole en la barbería bastante. Todavía teniendo yo el taller con catorce o quince personas me iba a ayudarle a él los sábados y los domingos.

A la escuela fui hasta los 13 años nada más, hasta los primarios. La escuela la hice aquí, yo no he salido de Yecla nada más que para la mili, que la hice en Valencia y tampoco me fui muy lejos. Bueno, he salido mucho de viaje, pero de vivir en otro sitio, no.

Todos los hermanos hemos vivido aquí, en Yecla. Mi hermano, el que ha muerto, se llamaba Pepe, él era el segundo; nos llevamos 3 años. Luego vienen las gemelas, que a los 8 años de nacer mi hermano nacieron ellas. Ellas se llaman Ana y María. Una de ellas trabaja con nosotros, es la que tenemos de encargada en la sección del corte, junto con Abdón. Abdón es el que le da las notas y ella es la que reparte las notas del corte a unos y a otros.

Mi hermano Pepe en un principio fue tallista y, luego, pusieron una empresa, que ahora es muebles La Cómoda. Hizo un año que murió por el día de San José, unos días antes de su santo murió él.

Antes de dejar la escuela ya le estaba yo ayudando a mi padre en la peluquería, por lo menos 2 años. Y después seguí ayudándole, estando ya de tapicero. Yo entré de tapicero a los 13 o así, no había cumplido aún los 14 años. Entré de tapicero, empezamos a trabajar y, luego, Abdón y yo hacíamos algunos remiendos: alguno que se iba a casar y nos llevaba dos sillas, dos butacas,... Y empezamos ya a ir trabajando así. Abdón es mi socio de toda la vida.

A mí me enseñó Muñoz. El primer jefe que tuve fue Tapizados Muñoz, que ya no existe, porque lo siguió el yerno, pero ya se jubiló hará casi un año y alquiló el negocio.

Entonces, este oficio, era un oficio bastante entretenido; era difícil de aprender, porque todo iba a base de muelles, de un material que llamábamos crin, que era un como el esparto. Y todo eso había que hacerlo a mano y costaba mucho hacerlo. Tenías que tomarle el tacto para saber lo que le tenías que echar... Luego, coser mucho, que no es como ahora, que todo va enfundado, todo va con goma. Hoy la tapicería cuesta mucho menos, ya, muchas cosas se compran hechas. Antes, en un día sólo hacías un sofá; ahora te vienen unos bloques de muelles, y en cuarenta y cinco minutos tienes el sofá y en quince minutos cada sillón. Entonces era muy manual. Ahora, coges una goma-espuma de una densidad muy dura que hay, la cortas a medida, la pegas y son tres minutos y, en cambio, el hacer aquello a mano... ha cambiado mucho.

Primero estuve con este hombre -Muñoz- y a los 30 años me fui con los Chinchilla, también de tapicero y allí también empezamos a tocar cosas, no sólo para lo que nosotros habíamos ido allí, que estábamos nada más que para los dormitorios que se vendían, los comedores,... Nosotros hacíamos las sillas y eso, nada más. Y, entonces, empezaron a comercializar ellos unos modelos metálicos y allí prácticamente nada más que hacían montarlos y embalarlos. Por una parte le hacían el hierro, nosotros se los tapizábamos y ellos no hacían nada más que armar y montar.

Esta empresa donde yo trabajé, ya de segundas, era la pionera del mueble, entonces. Los tapiceros salen después. De Muñoz, Abdón se fue a la Cooperativa del Mueble, porque hubo una época en que aquello fue mal y formaron una cooperativa y él se fue, antes que yo. Y cuando salíamos por las noches nosotros ya empezamos a trabajar por nuestra cuenta. Estuvimos por lo menos... yo estaría todavía otros 6 años trabajando.

“Abdón y Lucas” nace antes de que yo deje lo de Chinchilla. Yo me dejaría lo del Chinchilla a los 34 ó 35 años. Primero se salió Abdón y otro socio que teníamos entonces. Se salieron los dos primero y yo me quedé en casa de Chinchilla, porque allí me daban mucho trabajo y por aguantar aquel trabajo que me daban para hacer fuera, pues me quedé yo. Teníamos ya un taller montado, que estaríamos ya ocho o diez personas, pero yo aún seguía trabajando a jornal.

Lo de Chinchilla lo dejo a raíz de que ellos importaron un sofá-cama y nosotros íbamos a hacer los sillones, pero de la noche a la mañana -como yo estaba allí dentro- veo que los sillones empiezan a hacerlos ellos allí. Faltaban para la Feria del Mueble de Valencia, pues dos o tres meses. Entonces, digo lo que pasaba, y como ya teníamos nosotros algunos modelos que ya estábamos empezando a vender... Por la parte de Andalucía fue la primera que empezamos, algo de Madrid y en Canarias. Éramos tres y ya teníamos algunos trabajando con nosotros. El caso es que ya teníamos algunos modelos y ya fuimos a la Feria de Valencia como “Abdón y Lucas”, que fue como empezamos a nombrarnos.

El otro socio tenía un tallercico en su casa y nosotros le fuimos dando trabajo.

Nosotros poníamos los materiales, el local, lo poníamos todo. Entonces, se le daban a él los beneficios que acordábamos con él. Y así estuvimos muchos años. Este hombre sigue con nosotros hasta hace 8 ó 10 años, que ya se separó de nosotros y trabaja por su cuenta.

Nosotros, a éstos que teníamos así, le dimos el diez por ciento a cada uno. Abdón y yo teníamos el setenta por ciento y había tres que tenían el diez por ciento cada uno. Es que esto cada vez se iba haciendo de una forma, con arreglo al trabajo que tuviéramos, porque a lo mejor una temporada no teníamos trabajo, otra sí...

Entonces, Chinchilla amueblaba muchos cines y hoteles y cuando llegaban esas operaciones trabajábamos con ellos. Se calculaba el material y a lo mejor decíamos: un diez por ciento del beneficio a repartir a partes iguales; y después, ya, cuando empezamos a tener más trabajo le dimos un diez por ciento de la sociedad a cada uno de los tres, que dos aún siguen con nosotros.

Cuando nosotros empezamos como "Abdón y Lucas", aquí, de tapicería, no estaba nada más que nuestro jefe, Tapizados Muñoz. Él ha cerrado teniendo doce o catorce personas lo máximo y hemos llegado a tener noventa personas aquí. Ahora somos menos, ahora estamos en setenta y alguno.

Nosotros ya colaboramos poco con otras empresas. Así fue como empezamos, haciéndole sillas a Chinchilla y a otros pero, ya, cuando empezamos a tener más movimiento, entonces ya esos se fueron dejando y nos dedicamos nada más que a lo nuestro. Aunque alguna cosa por compromiso sí se ha hecho, pero lo nuestro es el mueble tapizado, lo que lleva tela, tapicería: sillas, sofás, sillones...

Nosotros vendemos también en Francia, Alemania, Bélgica,... a los países árabes también se manda algo. Tenemos tres personas para el extranjero: uno que es el que sale normalmente, el que viaja y otros dos más. También salimos a las ferias. Estuvimos en la feria de Valencia que fue en septiembre; luego, hemos estado en enero en París; a los pocos días nos fuimos a Colonia, Alemania, y ahora, estos días, hemos venido de Italia, de Milán. Llevamos tres ferias en el extranjero en lo que va de año.



Mi mujer trabajaba de sastra y cuando se casó conmigo, pues ya nos ayudó mucho a trabajar; ella y la de Abdón. Ellas trabajaron -lo mismo la mujer de Abdón que la mía- en las máquinas; fueron las primeras oficiales que tuvimos. Ella fueron las primeras que nos cosieron. Después, cuando ya hicieron falta más chicas, pues ya fueron entrando. Ellas estuvieron con nosotros mucho tiempo, ayudándonos. Trabajábamos los cuatro y sacábamos dos sueldos de lo menos posible, lo justo para ir viviendo, lo demás se iba quedando para engrandecer esto.

Mi esposa se llama María, es menor que yo 2 años. Tengo dos hijos varones y tres nietos. Mis hijos están los dos casados ya. El mayor está a punto de hacer los 40 años, y el otro tiene unos 3 años menos, 36 ó 37. Se llaman: Rafael, el mayor, y el otro, Mi-

guel Lucas. Están los dos casaos, pero el segundo no tiene “familia”. Tengo tres nietos, que son los tres del Rafael.

A mi mujer la conozco de toda la vida. La conocí cuando tenía 16 ó 17 años, pero nos hicimos novios después. Me casé a los 28, que era lo normal en esos tiempos, porque ya venías de la mili mayorcico, porque como nos íbamos a los 21 años... Y yo hice nada más que 18 meses, pero otros hacían casi 3 años, que no es como ahora que se van a los 18. Y, ya, cuando venías, si tenías que ahorrar un poco y eso, se te hacían los 28 enseguida. Fuimos muchos años novios, por lo menos 7 años. La conocí por el pueblo, paseando por la calle.

Cuando nos casamos, nos fuimos a vivir a una casa que había comprado yo. Compramos una casa entre una tía mía y yo, ella se quedó con los altos, y yo con los bajos. Me quedé con la parte baja porque me hacía falta para trabajar.

Enseguida de casarnos vino mi hijo, a los 11 meses. El segundo, Miguel Lucas, nace a los 3 años. Ellos se casan hace ya tiempo los dos. El mayor hará ya más de 11 años y el último algo menos. Y ya nos quedamos los dos solos en la casa, mi mujer y yo.

Tengo tres nietos, el mayor se llama Rafael y tiene 10 años. Los otros dos son dos niñas. La pequeña se llama Gloria y la otra Arancha. La pequeña ha hecho 5 años ahora y la segunda tiene 8 años.

Mi madre todavía vive, tiene 92 años y aún vive. Mi padre murió hace 6 años. Mi madre vive con mi hermana ésta que trabaja aquí, que es soltera, Ana. La otra hermana, María, sí está casada y tiene cinco hijos. Yo tuve sólo dos y Abdón, una hija nada más.

Mi padre murió que no supimos muy bien por qué. Él estaba en casa de mi hermana, en un piso llano, se cae un porrazo y ni nos dijeron si es que ya llevaba algo interior, porque del porrazo no podía ser. Y no sabíamos si es que él ya tendría algo. Y luego, mi madre siempre le decía: “nos tenemos que morir los dos a la vez” y él decía: “tú muérete cuando quieras y a mí déjame”. Pero ya él, los últimos 2 años, llevaba él que ya no decía eso. No sé si es que no se encontraría bien. Tenía 86 cuando se murió. Ya hacía tiempo que había dejado la barbería y tenía su pensión, porque él cotizaba como barbero. Mi madre también pagó, ella fue a través del campo, que los del campo pagaban unos cupones y ella los pagó y le quedó pensión también. Y ya, cuando se quedaron solos, que mi hermana se casó, la otra se vino aquí a trabajar. Mi hermana soltera vivía con ellos, pero ellos cedieron el terreno que había y les dieron un piso y entonces mi hermana nos abonó a nosotros y se quedó con el piso.



Yo ya no trabajo, prácticamente lo llevan ya los hijos. Nosotros es que siempre hemos sido -lo mismo Abdón que yo- personas de fábrica, más que de dirección. Siempre ha habido alguna persona que ha sido la que nos ha llevado eso. Ahora el gerente es el yerno de Abdón, mi hijo es el jefe de compras y el otro hijo mío lleva la cosa del dise-

ño, se preocupa de todo el modelaje, de hacer los modelos. A los dos míos les ha gustado ésto y Abdón, que tiene una sola hija, también están la hija y el yerno trabajando aquí, están los dos.

Me jubilé a los 65 años, hace 2 años, pero sigo viniendo por aquí. Abdón se jubiló antes que yo, él me lleva a mí 4 años. Ya, aquí, tenemos menos responsabilidad. Aunque responsabilidad ya íbamos teniendo menos, porque nosotros no hemos sido de estos padres que no se han fiado de los hijos y los han querido llevar siempre... En realidad ellos estaban más preparados que nosotros para llevar el negocio, que siempre hemos tenido a alguien que nos lo ha llevado, que ha hecho más de gerente, que ha salido más de viaje. Eso lo llevan ahora el yerno de Abdón, mi hijo, ellos.

Los hijos empiezan aquí, pues el mayor lleva ya... terminó Empresariales y se puso aquí; ya estará por lo menos 12 años. El otro hijo mío está unos años menos. Estuvo 3 años haciendo Diseño en Valencia, que por cierto, cuando se fue a Valencia donde él iba era sólo por las tardes y por las mañanas yo le dije: "mira, como el idioma nos tiene que hacer mucha falta, pues mira a ver si estudias idiomas, si estudias inglés...". Yo ya había salido a muchas ferias por ahí al extranjero y veíamos la falta que hacía, porque hablabas con cualquiera que era como tú, un industrial, y enseguida te preguntaban si hablabas francés o inglés. Ellos estaban preparados y nosotros no, no sabíamos. Pero el idioma no le fue; estuvo el primer año y el segundo me vino diciendo que no, que eso no era lo suyo; aunque ahora sale fuera y se defiende. Porque yo, siempre, mi ilusión ha sido que supieran hablar algún idioma y que supieran dibujar, porque ni yo sabía dibujar ni sabía idiomas y sabía la falta que hacía eso para una empresa como ésta.

Nosotros siempre nos hemos tenido que valer de otros; le hemos dado la idea al dibujante que hemos tenido. Tenemos, ya muchos años, un señor de Sevilla que es como un amigo nuestro, como de la casa, y es el que nos ha dibujado siempre.

Las telas no son nuestras; el *modelaje* -el modelo del sofá o del sillón-, eso sí, pero las telas no, te las traen hechas y tú eliges el color y el dibujo que te gusta y ya está. Lo que es exclusivo nuestro es el tipo de mueble, lo otro puedes conseguir a lo mejor una tela que te la dejen en exclusiva para medio año, un año; si es del extranjero y pega, a lo mejor te la dejan todo el tiempo.

En Yecla es que lo del mueble ha venido ya de muchísimos años. El auge del mueble aquí fue cuando empezó la Feria del Mueble, que me parece que hace ya 37 ó 38 años. Ya siendo yo pequeño, había aquí empresas importantes, ya estaban Chinchilla y Azorín. Chinchilla a lo mejor, por aquel entonces, tenía más personal que ahora, como era todo manual, había mucho personal en la empresa aquella; y Muebles Azorín, igual. Pero esas eran de muebles, no de tapicerías; el de tapicería era Muñoz, que cuando nosotros estábamos, lo más que llegamos a estar eran tres o cuatro personas. Cuando yo me salí fue cuando ya empezó un poco el auge este de los sillones y los sofás y ya metió más gente.

Nosotros hacíamos lo mismo que Muñoz, pero siempre estuvimos bien, teníamos buenas relaciones. Entonces Muñoz y nosotros éramos lo únicos tapiceros de Yecla, pero ahora hay muchos más, puede haber unos setenta, ochenta... Entre muebles y tapicería creo que hay más de doscientas empresas aquí. Sé las que son por la Feria, aunque aquí vienen de toda la Región, no sólo de Yecla.

Nosotros no vendemos al particular, no hemos tenido tienda. Otros sí han puesto exposición, como Muñoz. Las tiendas en cuanto saben que vendes al público... Nuestros clientes son las tiendas de muebles, a través de nuestros representantes, que son los que van a visitarlos a ellos, les llevan los catálogos, las telas...

Ahora el *mercao* está mejorando, pero hemos pasado por lo menos 3 años que para nosotros ha estado mal. Porque lo nuestro es un género de calidad media hacia arriba y hemos pasado unos años que “el personal” iba a arreglarse con lo menos posible y compraban más lo barato que lo bueno. Como trabajamos las pieles y las telas buenas... eso hay que pagarlo. Pero llevamos ya desde junio-julio del año pasado que ya va bien la cosa. Las crisis siempre han venido de unos seis u ocho meses malos, pero después, al poco tiempo, ha empezado a arreglarse. Hemos llevado por lo menos 3 ó 4 años regulares, tirando a malos.

La mejor época para nosotros fue hará unos 10 años y tuvimos 6 ó 7 años muy buenos, por los ochenta, casi cuando entraron los socialistas. La gente se ve que se creía que iban a recogerlo todo y empezaron a gastar. Tuvimos también muy buena suerte con unos *modelajes* que llevaban muy poco trabajo, que casi todo lo hacían fuera... y se pasaron unos años muy buenos.

Siempre hemos ido a las ferias. A la de Yecla, desde el segundo año que se hizo y a la de Valencia igual. De España, la más importante es la de Valencia. A la de Yecla también vienen de todas partes de España, lo que pasa es que es más importante para los que están empezando que para nosotros, que ya podemos hacer muy pocos clientes más de los que tenemos. Hay gente a lo mejor que te quiere comprar y no le puedes vender, pero no es por la producción, es porque tenemos otros clientes cerca. Eso es una norma nuestra, hay quien no le importa que lo suyo lo tenga todo el mundo, pero es muy difícil que después los clientes se lo admitan, los clientes tampoco quieren. Porque claro, tú le vendes a uno que carga el sesenta y a otro que carga menos, pues ya no pueden y éstos son los que te prohíben que le vendas a esa gente.

Cuando yo estaba en la Feria del Mueble y en la Asociación de Empresarios -que era vocal- iba mucho a Murcia; después, ya se quedó mi hijo con eso. La Asociación de Empresarios Fabricantes del Mueble está en Murcia, pero el Centro Tecnológico está aquí en Yecla, que ahora mi hijo es el presidente de Centro. El Centro Tecnológico está para medir el rendimiento. Un asiento, por ejemplo, pues tienen allí una máquina que está dando sentada y sentada y saben en una hora o diez horas las veces que sube y baja.

Este Centro nace por iniciativa de la Asociación de Empresarios del Mueble. El Centro es como una empresa, pero sólo atiende a los socios.



De salud y eso estoy bien, aunque ya empiezan a aparecer los dolorcillos de la edad pero, vamos, estoy bien. Yo siempre he padecido de dolor de cabeza, pero eso no ha sido por la vejez ni nada, aunque ahora, a lo mejor estás un día que haces cualquier cosa por aquí y ya te duele el hombro... También tengo una pierna que tengo varices, que me las tengo que quitar, que ahora las operan y las disecan con unos pinchazos y en el mismo día te vas a tu casa. Es que de tanto estar de pie y de tanto trabajar, hasta los domingos; porque hasta que el negocio no se hizo mayor y nos venimos aquí, había que trabajar hasta de noche.

También estuvimos mucho tiempo que, como vivíamos encima de la empresa, no era trabajar, pero a lo mejor nos bajábamos los dos por la mañana y organizábamos aquello: que si veías telas que estaban para aprovecharlas o veías que había unas arpilleras allí... No era trabajar, pero estábamos aprovechando más que si trabajáramos, porque cuando trabajábamos no podíamos hacerlo.

Antes de vivir ahí, encima de la empresa, Abdón tenía una casa por un lado y yo por otro. Luego, ya, nos compramos los dos pisos y la planta baja que era donde ya trabajábamos, pero eso nos lo compramos estando él aún en la Cooperativa y yo con el Chinchilla, ya íbamos trabajando fuera de hora ahí los dos. Entonces, ya, vivíamos juntos, yo vivía en el primero y Abdón en el segundo y en el bajo la empresa, y ahí fue donde se nos pegó fuego; no llegó a 5 años lo que estuvimos ahí. Se quemó todo, los pisos también.

La causa del incendio fue un cortocircuito. Aquello es que era un sitio que se había hecho, más que nada, para viviendas y entonces en el centro de la fábrica -que precisamente era donde estaba el pegamento- pues ahí estaba todo el día encendida la luz. Eran unas luces que estaban casi las veinticuatro horas del día encendidas y se ve que, en algún momento, aquello se calentó y pegó algún chispazo, uno de los tubos salió ardiendo, pero como salió ardiendo en la parte del pegamento, pues aquello fue rapidísimo.

Ese día del incendio habíamos salido de viaje de negocios a Madrid; y, precisamente, iban las mujeres ese día con nosotros y mis hijos se habían *quedao* en casa de mi *cuñao*, que es el que es socio nuestro. Y fuimos a recogerlos cuando llegamos, que serían las doce y media o la una. Los recogimos y los llevamos a la casa y a la hora o así el guardia tocó la sirena que teníamos, porque vio el incendio, y ya no hubo tiempo de nada, por más que fueron los bomberos... Eso hará ya unos 30 años o así, me acuerdo que fue un cuatro de mayo. Tuvimos la suerte de que estaba bien *asegurao* y fue cuestión de mes, o mes y medio, que nos dieran el dinero. Hay quien habla mal de los seguros, pero a nosotros nos respondieron muy bien.

En aquellos tiempos ya nos dieron del seguro siete u ocho millones de pesetas. Entonces nos dejaron un local. Había una empresa que había cerrado -uno de los Chinchillas estos que tenía tapicería, que es donde ahora está Granfort- y esa nave nos la dejaron, que estaba cerrada. Total, que nos la alquilaron y estuvimos trabajando allí 2 ó 3 años. Nosotros ya teníamos comprado el terreno éste, donde está la empresa ahora, y tardamos unos 2 años en hacer la obra y, ya, nos vinimos aquí. Se hizo esta nave y después se hizo otra ahí al lado.

Después del incendio me fui a vivir a... porque a mí me pilló que estábamos haciendo en casa de mi suegra -que eran cuatro hermanas, pero una vivía en Alicante- y entre las otras tres estábamos haciendo allí un edificio. Estuve unos meses viviendo en un piso que se había *prepara*o mi hermana. Estuvimos cinco o seis meses allí, hasta que terminamos la obra; y allí seguimos, con las hermanas de mi mujer.

Mis dos hijos viven aquí, en Yecla. Ahí, donde se nos pegó fuego, hicimos nosotros un edificio y nos quedamos cada uno con una planta. Como había dos pisos por planta, Abdón se quedó con dos y yo con otros dos. Y los dos se fueron a vivir ahí, cada uno tiene su piso ahí. Yo les hice la escritura, se los puse a su nombre. Me quedé con el usufructo, para que no puedan vender y tengan siempre piso. El sitio les gusta, lo que pasa es que éste, el mayor, vamos, a la mujer más que a él, le gustaba una casa en el campo y ahora se la están haciendo.



Nosotros hemos sido los dos siempre personas de fábrica, no de cuentas y eso. Abdón siempre lo suyo ha sido el corte y el patronaje. En un principio, cuando éramos pocos, él cortaba y yo tapizaba. Cuando esto ya tomó movimiento y era un poco importante, ya lo mismo uno que otro hacíamos falta para organizar. Él en la cosa del corte, para buscar la tela, para darles la tela, las notas... que había una pega con una tela, que le preguntaban qué se hacía con ella. Y yo, pues estaba igual, dentro de la fábrica, en el mismo plan, dando el trabajo, repartiendo el trabajo al personal y vigilando un poco cómo sale la terminación. Lo que pasa es que, claro, a lo mejor si el embalador tenía mucho trabajo, pues yo le echaba una mano; si faltaba una cosa, pues yo mismo iba y la traía, por no molestar a uno de los que estaban trabajando.

Abdón se quedó sin padre desde muy joven y empezó a trabajar también de muy joven. Yo lo conocí estando trabajando en Muñoz; cuando yo entré ya estaba él trabajando allí. Para mí es más que si fuera mi hermano. Y hemos tenido también la suerte de que las mujeres se han llevado bien, porque las sociedades, casi todas, se han roto por las mujeres. Ellas trabajaron con nosotros, se llevaban bien, vivimos allí juntos, luego nos hicimos los chalets juntos... Después del incendio ya “salimos”, la finca no la tenemos a medias, ahí siempre me ha dicho que no. Yo le decía: “vamos a comprar algo de campo”; porque a mí siempre me ha *gustao* el campo y él siempre me

decía que para el campo me buscara otro socio, que él no entraba. Él es que su familia era del campo y había *trabajao* algo en el campo y decía que no, que el campo no.

El chalé lo tenemos en la carretera de Almansa, a dos kilómetros del pueblo, pero la finca está en otro sitio, ahí es donde tenemos los chalets los dos, Abdón y yo. Al chalé vamos más que nada en verano y algún fin de semana, pero muy poco. Lo tenemos los dos juntos, la piscina es de los dos... pero ahora ya lo hemos partido, hace 2 años que lo partimos todo. Porque, Abdón y yo, todo lo que compramos era entre los dos y hace ya un par de años que veíamos que nos íbamos haciendo mayores, que los hijos empezaban a tomar el mando de todo y ya dijimos: "esto lo mejor que podemos hacer es partir". Porque esto, la sociedad, estaba partida, eran las acciones que teníamos cada uno. Cada uno teníamos el treinta y cinco por ciento. Él le dio a su hija una parte y yo a mis hijos también les he dado unas acciones. Nosotros seguimos teniendo, por familias, el treinta y cinco por ciento... bueno, ahora algo más, porque al irse el socio que se fue, esas las compramos a la par de las acciones que teníamos cada uno. Pero nosotros les hemos dado algo a los hijos, pero no todo, nosotros dos seguimos teniendo la mayoría.



De la escuela todavía tengo yo amigos. El que más, uno que éramos vecinos, íbamos a la escuela juntos, José Luis Ferrer Sartenero, que hace poco, cuando el Entierro de la Sardina, nos fuimos a Murcia a verlo. De Murcia nos pasamos a Alicante -que tengo un piso en Alicante- y pasamos el sábado y el domingo juntos. Estuvo trabajando también aquí muchos años. Está jubilado ya.

Abdón también ha sido siempre amigo mío. Hemos salido juntos siempre. Ahora se ha ido solo a Sevilla por una casualidad, si no, nos hubiéramos ido los dos juntos. Nosotros salíamos a cenar las dos familias, de viaje... hemos salido mucho juntos.

Los amigos siempre hemos sido: mi hermano; Jesús Pérez, que tiene una tienda de regalos y tiene también dos exposiciones de muebles -que ahora se lo ha repartido también a los hijos-; también Antonio Cervera, que es electricista... Nos juntábamos cuatro o cinco. No es que yo haya ido así con mucha gente, porque yo no he sido de ir a muchos bares, ni de echar partidas, ni de cosas de esas... pero sí, tengo algunos amigos que son de toda la vida.

Cuando me jubilo tengo más tiempo libre, pero no mucho tampoco, porque nosotros venimos todavía. No hacemos como antes, no tenemos el horario de antes. Yo a las doce, hoy, estaba cansado, pues a las doce me he ido. No es trabajar-trabajar como antes. Nosotros ya tenemos personas que si nosotros no venimos un día no pasa nada, no somos necesarios, no somos imprescindibles ya. Antes teníamos nuestra obligación y nosotros teníamos nuestro cargo. No ha sido así de golpe; nos jubilamos, pero -lo mismo Abdón que yo- hemos seguido viniendo a ratos. Él ahora está en la Feria de Abril

de Sevilla y yo, a lo mejor, me voy un día a la playa y veo que hace buen día y digo: “pues hoy me quedo”, y no hay ningún problema.

Yo también, es que tengo obligaciones, porque entre venir aquí y la finca del campo, que le presto un poco de atención también. Allí tengo plantado viñas solamente. Es una finquilla un poco importante. Yo eso lo tengo unos 8 años, pero yo no lo trabajo, yo no voy nada más que a verlo, a preguntar cómo va aquello; lo mío es la tapicería y ya he trabajado bastante en mi vida.

En Yecla, mayo de 1998

Lucas Gil Manzano

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Lucas Gil Manzano', with a horizontal line underneath.

Mujer, funcionaria administrativa, 77 años

Siempre me han llamado Paquita. Bueno, cuando empecé a ser mayor, ya, me decían Francisca; pero a mí me conocen más por Paquita.

Nací en el año 20, en noviembre, en Ocaña, en la provincia de Almería; pero yo he sido un poco internacional, porque resulta que nací allí, pero luego, me fui con mis abuelos y he vivido en muchos sitios.

Me crié con mis abuelos maternos y, ya, ni ellos me querían dejarirme ni yo quería irme. Lo mismo que ha pasado con mi bisnieta, que la ha tenido mi hija aquí al lado hasta los 3 añicos y ahora se la han llevado sus padres... y se sufre. No me gusta a mí eso, no me gusta, porque se dividen... Todas las que tienen a sus padres vivos y se crían con los abuelos, pues tienen ese problema. Yo, como mis abuelos se encariñaron conmigo y yo con ellos; pero mis padres no se separan ni nada de eso, que nacieron ocho hijos después, varones todos. Tuve siete hermanos, pero nacimos nueve.

Yo nací en Ocaña, en casa de mis abuelos paternos, porque resulta que mis padres, de primeras, se quedaron con los abuelos, pero luego se van de casa de mis abuelos. Se van a Barcelona, a Tarrasa, porque mi padre era maestro de obras y le salió trabajo allí. Tendría yo unos 12 años cuando ellos se van allí. Pero yo me crié con los otros abuelos, con los padres de mi madre. Si es que lo de mi infancia es una historia...

Los padres de mi madre se llamaban Germán y Francisca. Ellos tuvieron tres hijas y un hijo, pero el hijo se murió. La mayor era mi madre, pero resulta que mis abuelos maternos eran... que mi abuelo era un intelectual, de familia alta, y los paternos eran agricultores y familia más, bueno, a lo mejor tenían más dinero, pero eran de otra clase. Y mi abuelo Germán no quería a mi padre y, entonces, a mi madre la metieron en un colegio de monjas en Granada y allí fue mi padre y se la trajo. Y claro, seguía la cosa mal de que no... Y mi padre la sacó de allí, que tendría ella unos 18 años y se la llevó. Entonces la mayoría de edad era a los 21 años. Y hasta que no cumplió los 21 no se pudieron casar. Mi padre se la trajo de Granada a Ocaña, a la casa de los padres de él. Y mi abuelo Germán no quería saber nada de ella. Y a todo esto nací yo. Y, entonces, había una especie de casino y se sentaban el boticario, el otro... en la puerta del casino. Porque mis padres ya se van a una casa y vivimos los tres allí, pero mi abuelo Germán no sabía que yo había nacido. Y una vecina, o amiga de mi madre, me sacaba a mí de paseo por la puerta del *casinico* ese para que mi abuelo me viera. Pero mi abuelo no sabía de quién era, se creía que era hija de la señora que me llevaba. Porque creo que yo de pequeña era muy *bonica*, era una cosa que llamaba mucho la atención y todos los que había allí en el casino me decían cosas. Y, ya, mi abuelo empezó a cogerme en brazos y tal y cual hasta que a un día la buena señora le dijo que era yo su nieta. Si por eso le digo que era la historia un poco... Y ya mi abuelo, pues claro, el calor de la sangre

y tal... Siguió serio, siguió *disgustao*... Mi abuela sí lo sabía. Entonces, un día cogió mi madre, me cogió a mí y se presentó en casa de mis abuelos y, ya, mis abuelos no me dejaron salir de la casa.

Luego, mi abuelo era abogado y ascendió. Trabajaba como secretario de Ayuntamiento y el pueblo donde vivíamos era de menos categoría y, ya, se fue a Priego de Córdoba, que era de primera categoría y allí ya me crié yo.

Mi abuelo tenía amigos muy importantes. Él conocía a Azaña, el presidente de la República, a Alcalá Zamora... Conocía a tanta gente, estuvo en tantos sitios. Los traslados que hacía eran -normalmente- para mejorar. Es que, entonces, ser secretario de ayuntamiento era... Porque el secretario lo llevaba todo, porque los alcaldes solían ser gente muy... menos culta. Él empezó de secretario de ayuntamiento, le exigen que tenga título y todas las asignaturas las hizo en una vez o dos. Él era una cosa...

Mis abuelos paternos, los otros, se llamaban Manuel y Josefa, pero yo los traté muy poco. Ellos vivían en nuestro pueblo, ellos no salieron de allí, de María de Ocaña. Mi abuelo éste era agricultor. Yo no recuerdo cuándo murió porque nosotros nos fuimos de allí... Es que no me acuerdo... Ella, mi abuela, murió después. Si es que yo en el pueblo ese no viví nada.

Mi padre se llamaba Manuel y mi madre Dolores. La primera en nacer fui yo; después otra niña, que murió, Juana; después nace otro niño que se murió muy *pequeñico* que le pusieron José; después nace Manuel, como mi padre; después nació Germán, que era el nombre de mi abuelo; luego nació... si no me acuerdo de los nombres, si hace siglos que no los he visto. El siguiente se llama Rafael; el siguiente Pepe, como el que murió, y ya, el último... me falta otro más que era Maximino, pero no era el último, era de en medio, el último era Rafael. En total éramos nueve. ¡Ah!, se me ha olvidado Juan, faltaba Juan.

Mis padres se fueron a Tarrasa la primera vez cuando estalló la República, el 14 de abril de 1931. A mis padres les cogió la declaración de la República en el barco, que no les dejaban atracar en Barcelona. Había mucho lío en Barcelona. Ellos se van allí porque mi padre tenía trabajo allí. Pero estuvieron poco tiempo en Tarrasa la primera vez, volvieron pronto a Priego de Córdoba. Volvieron por eso de que mis padres me querían conmigo y mis abuelos me querían con ellos y para estar todos juntos se vienen a Priego. Mis padres vuelven cuando yo tenía 15 ó 16 años, pero yo sigo con los abuelos. Y fue cuando mi abuelo le puso el comercio, que era de cacharros, de ollas y eso, pero el comercio se lo puso en Guadaortuna. Ellos se van otra vez a Tarrasa, después de la guerra. Para mí, es que quien me eso, mi autoridad, era mi abuelo, más que mi padre.



Yo fui a la escuela del pueblo, de María de Ocaña, allí estuve hasta que ya trasladaron a mi abuelo, que tendría yo unos 7 años. Nos fuimos a Priego, pero mis padres se que-

daron allí, en Ocaña, hasta que se van a Tarrasa. Los estudios ya los terminé en Priego; pero no pude seguir estudiando, por la guerra, y porque trasladaron a mi abuelo otra vez. Lo trasladaron a la provincia de Granada y cuando llegamos allí estalló la guerra. El pueblo se llamaba Guadaortuna. Estábamos nosotros en el hotel y aquella noche estalló la guerra. Y, luego, nos fuimos a una casa a las afueras.

Yo seguí estudiando a mi aire. Y tuve una profesora, que era una señorita que le cogió en esa zona; ella me daba clase y mi abuelo me daba clase. A mi abuelo yo siempre le ayudaba en el despacho, pero durante la guerra como no nos dio tiempo a llevarnos los muebles ni nada...

Pero él no dejó de trabajar durante la guerra en el Ayuntamiento de Guadaortuna. Nosotras no podíamos salir de esa casa. La casa estaba *lacrada* y allí nos llevaban los alimentos, ropas. Estábamos mi abuela, mis tías y yo... estábamos de incógnito. Así, hasta que terminó la guerra.

Cuando termina la guerra meten preso a mi padre y a mi abuelo, a los dos. Claro, habíamos estado en zona roja. No estuvieron mucho tiempo presos. Mi abuelo fue el que salió primero. Mi padre estuvo más y mi padre era el menos político, que mi padre no era político; mi abuelo sí, mi abuelo era republicano desde que nació. Era republicano y era masón, a escondidas, pero... que ya existían los masones entonces, que los masones son muy viejos.

Después de la guerra mi abuelo siguió de secretario de ayuntamiento, lo depuraron y estuvo hasta que se jubiló, pero estuvo en otro ayuntamiento, también de la provincia de Granada, en Albondón. Pero en ese pueblo yo estuve poco tiempo, al poco tiempo de estar ahí fue cuando yo ya me casé y me fui a vivir a Granada.



Mi abuelo era una cosa... y yo me he educado diferente a todos mis hermanos, por eso no nos comprendemos. No sé, como no nos hemos criado juntos, no nos comparamos mucho; pero entre ellos sí. También, como yo soy la única mujer...

Mis hermanos viven todos fuera de Murcia: uno vive en Almería, Manuel; otro, Juan, el de las tiendas de tejidos, está en Tarrasa; Germán también está en Tarrasa; Pepe murió hace 5 años o así y Rafael también está en Tarrasa. Tengo tres hermanos en Tarrasa y uno en Almería, los cuatro que viven. Están en Tarrasa porque como mi padre había vivido ya en Tarrasa antes, pues tenían allí amistades... y mi hermano Juan, cuando salió del servicio militar, se fue allí, se casó allí y ha hecho mucho dinero allí. Y luego, con Juan, se fueron los otros hermanos. Todos han estado en mi casa de solteros. Juan se colocó aquí -en vida de mi marido- hasta que se fue al servicio militar. Maximino, que está muerto, también estuvo con nosotros. Maximino murió hace 3 años.

Cuando yo era más joven iba mucho a Tarrasa. Me hubiera gustado tener más convivencia con mis hermanos. Yo iba a Tarrasa y mi hermano Juan me llevaba a todos sitios,

cuando ya era viuda. Mis hermanos han tenido grandes casas, mi padre no... bueno, también, pero ya los que hicieron dinero -sobre todo Juan- fueron ellos, más que mi padre. Dos están jubilados ya. Ninguno estudió carrera. Yo, si la guerra no me coge, sí hubiera estudiado, porque me gustaba.

Nosotros nos llevamos todos 2 años justos, porque resulta que mi madre... porque ellos querían tener todos los hijos que vinieran. Y mi madre, mientras estaba dando el pecho no se quedaba embarazada y, entonces, nos ha dado el pecho a todos 2 años. Y dejaba de dar el pecho y se quedaba embarazada inmediatamente. Por eso hemos sido tantos hermanos. Aunque me han servido de poco, porque yo, contacto, con el único que he tenido ha sido con Juan, como siempre estaba con mis abuelos. Pero bueno, me crié en otro ambiente más intelectual, porque con mi madre habría estado ayudándole a criar hijos, como era la mayor. Pero he sufrido mucho con eso, porque mi madre quería tenerme con ella... pero era un ambiente tan distinto. Iba mi madre a por mí y desde el mismo coche de línea... porque yo decía: "sí, me voy". Me preparaban las maletas mi abuela y desde el mismo coche me volvía otra vez a la casa. Ella se quedaba llorando, yo me quedaba llorando... porque me daba remordimiento de conciencia, quería estar en los dos *laos*.

Cuando mi madre tenía algún hijo, mi abuela me llevaba con ella. Y alguna vez me quedé allí para ayudarle y me quedé en los huesos y me tuvieron que llevar otra vez con los abuelos. Y sufría yo mucho por eso, porque me daba pena de no ayudarle a mi madre; y por otro lado, yo no podía estar sin mi abuela.

Mis padres se querían mucho, ¡uh!. Me acuerdo yo de mis padres que eran como dos críos: les gustaba ver los dibujos de la televisión juntos, ¡bueno, hasta última hora! Con la de hijos que tuvieron y era un cariño, de esos matrimonios... de lo que no he visto. Cuando se murió mi padre, mi madre por poco se muere también. Mira si hizo mi madre, que mi padre estaba interno con su enfermedad, porque lo que tenía era una osteoesclerosis muy alta, que yo la he heredado... Murió en Tarrasa, pero entonces estaba ingresado en Barcelona. Y un día que fue mi madre a verlo, aunque ella estaba allí casi siempre, las cosas de los antiguos y eso, que no curaban como ahora: lo tenían *entubao*. Lo tenían de una manera que ella, no sé cómo se las arregló ella, con la enfermera o cómo. Porque ella no quería tenerlo allí -ni verlo- y buscó una ambulancia y se lo llevó a su casa, a que muriera en su casa.

Mi padre murió antes que mi madre. A mi madre la tuve yo aquí un tiempo. Ella hace poco que murió, 4 años, murió muy mayor. Ella no quería estar aquí, se fue a Tarrasa, a su casa y ya murió allí. Ella murió sola en su casa asistida por una señora, tampoco se quiso ir a casa de ningún hermano.



Yo vivo con mis abuelos hasta que me caso. A mi marido lo conocí en Priego, porque

resulta que mi tía Juana se casó con uno de Priego y me fui una temporada allí con ella. Mi abuelo seguía en Albondón y me acuerdo que estaba preparándome para el banco, para hacer oposiciones a banco. Me quedaba hasta muy tarde estudiando.

Es gracioso cómo conocí a mi marido, porque yo estaba con mi tía y tenía una amiga que salía con ella por las tardes. Y en Priego, lo que entonces se usaba, era una calle que había muy linda, porque Priego es muy lindo. Tiene una fuente que tiene 365 caños, allí no había grifos, todo era el nacimiento, en el mismo pueblo. Ahí es donde nació Alcalá Zamora. Y estábamos paseando y me dijo la chica ésta: “tengo un pretendiente que trabaja en Madrid y está aquí ahora”. En esa calle se encontraban los chicos y las chicas y, claro, conforme íbamos paseando me dice: “mira, aquél es”. Y a mí me causó una impresión, rarísima, porque mi marido era muy extravagante vistiendo. En aquella fecha se llevaban los zapatos esos negros con blanco -los de charleston- y un sombrero verde y un traje a cuadros verde... Y me hizo una impresión, de puro raro que venía, que me eché a reír. Y él, fue un flechazo conmigo. Iba a encontrarse con la otra chica... Y piensa lo que piensa, que en vez de ponerse al lado de ella se pone al lado mío, que es lo que hacían entonces los novios, para decir ésta es la que me interesa. Ya, paseamos y nos recogimos y aquella noche, toda la noche... porque mi tía vivía en una casa de esas andaluzas con reja hasta abajo... Y él, calle arriba, calle abajo; calle arriba, calle abajo... Así se pasó la noche entera, el día ese que me conocí. Él cuando pasaba me hablaba fuerte para que yo lo oyera: que se iba mañana a Madrid, que se tenía que ir... Yo lo oía, porque estaba estudiando en la ventana, pero yo no salí. Él vivía por allí cerca y no se fue a Madrid el siguiente día; ni ese ni el siguiente, ni el otro.

Y él, buscando cómo verme otra vez, habló con una vecina y le dijo que me invitara a merendar. Y como a mí no me gustaba, no fui. Y un día se me presentó allí una hermana: que por favor, que hablara con él que, si no, no se iba y podía perder la colocación, que se le habían terminado las vacaciones y que tenía que irse... Entonces, ya, permití hablar con él desde la reja un poco y le dije, que bueno, que él se fuera que ya hablaríamos. Pero al poco tiempo de irse a Madrid se presentó en Albondón. Y por carta, ya, estuvimos escribiéndonos hasta que se solucionó lo de la boda... que yo tenía gana de salir de allí, de aquel pueblo.

Y mi abuelo no estaba conforme con la boda y yo no tenía potestad para casarme sin permiso. Porque la patria potestad la ejercía mi padre y estaba preso todavía y, entonces, él fue y habló con el obispo de Granada... Total, que la boda se programó por tres veces, porque llegaba la hora y como no había venido la autorización, se anulaba. Tenía que autorizar mi padre pero no llegaba el papel y hasta que no cumplí los 21 no me pude casar.

Me casé con 21 años y él tenía 27 años; cuando nos casamos vivimos en Granada. Él estaba en Madrid trabajando, que era policía, y luego lo trasladaron a Granada y, ya, vivimos en Granada; pero poco tiempo -siete meses nada más- porque luego pidió el

traslado a Almería, que le gustaba más. Y en Almería fue donde nacieron mis dos hijas: Loli y Araceli, como mi madre y la madre de mi marido. Mis hijas se llevan un año -trece meses- porque nace en el 43, Loli y en el 44, Araceli.

¡Ah!, también estuve viviendo un poco de tiempo en Huelva, no llegamos a tener piso ni nada. A mi marido lo mandaron allí después de Almería. Eso fue un traslado forzoso que le hicieron a todo el cuerpo, pero él tuvo la suerte de que tuvo un accidente con un señor importante y... Total, que este señor le dio una tarjeta, que lo que necesitara de él. Y, claro, cuando le dieron el traslado forzoso, pues fue un golpe para nosotros y cuando le dio la tarjeta este señor pues ya... Porque él no podía pedir traslado hasta los 3 años y se lo dieron enseguida y, entonces, pidió Murcia. Estuvimos en Huelva en una pensión, muy poco tiempo.

Mi marido era practicante del Cuerpo de Vigilantes de Caminos, como es ahora la Policía de Tráfico, que entonces le llamaban... tenía otro nombre. Él estaba de practicante en el Cuerpo. Él había estado casi toda la guerra operando con Mesa del Castillo. Él quería hacerse médico, pero ya... Mi marido estaba en la policía, que tenían una especie de clínica chiquita en el mismo cuartel, una *cosica* de urgencias, pero sólo para los policías. Él normalmente no iba vestido de policía, pero cuando cogía la moto, sí. Como hacía las dos cosas. Hacía lo mismo que hace ahora la Guardia Civil de Tráfico, que entonces era Policía de Tráfico y tenían un cuartel aparte de los otros policías.

Venimos a Murcia en el 50, que había mucha escasez de pisos, y nos proporcionaron un chalé en la carretera de Alcantarilla que va a Murcia. A la casa le llamaban la casa del Silla y la estrenamos nosotros, que era como un *chalecico* en la orilla de la carretera, muy *bonico*. Allí estuvimos hasta que él se murió, en el mismo año que vinimos, en el 50. Bueno, yo seguí viviendo allí un tiempo hasta que, el mismo año que se murió él, sacaron unas oposiciones. Las hice, las gané, y entonces ya, el Gobernador me proporcionó una casa aquí, en Santa María de Gracia. Las oposiciones eran a la Cámara Agraria, de auxiliar administrativo.

Mi marido muere de operación en estómago, porque él tenía una úlcera, que cuando se vino de Almería, el médico de Almería le dijo que se podía curar con régimen, pero él era muy amigo de Mesa del Castillo, que habían estado trabajando juntos en el Hotel Palas, de Granada, en la guerra... Y cuando vinimos aquí, fuimos a visitarlo y le comenté mi marido cómo estaba del estómago y le dice: "anda y opérate, si tú no eres capaz de llevar un régimen y sabes que es una semana". Lo operaron aquí, en el sanatorio Mesa del Castillo, que no estaba todavía ni terminado. Y resulta que no tenían personal todavía y la primera noche de operación lo dejaron solo. El ayudante se fue a ver a no sé quién y, claro, él empezó a expulsar el cloroformo, estuvo devolviendo... Me decía a mí que yo le pusiera una sonda y estaba el autoclave cerrado... Total, que no se pudo hacer nada, cuando vinieron al día siguiente ya, la peritonitis... y murió de eso, en el acto.

Me quedé viuda muy joven, no llegué a los 9 años de matrimonio. Me casé en el año 41 y él muere en febrero del 50. Ese mismo año, en noviembre, ya estaba trabajando, ya había sacado las oposiciones. Me queda una pensión de viudedad muy pequeña. Entonces quedaba una pensión muy pequeña y, además, como él llevaba poco tiempo en el servicio, pues me pagaron muy poco. Me dieron de pensión el tiempo que estuvo de servicio, que creo que fueron 13 años nada más. Era una pensión muy baja, con eso no podía vivir. Gracias a que saqué la oposición... que estaba preparada, porque como había trabajado con mi abuelo. Porque yo, porque la guerra me cogió joven, que yo quería hacer Derecho, pero como la guerra me pilla cuando el bachiller, ya... Como trabajaba con mi abuelo en el despacho, pues estaba bien de caligrafía, de máquina.... Por eso las oposiciones las saqué, porque no había nada más que una plaza.

Cuando me saqué la oposición tuve también que estudiar cómo escribir mirando el papel, porque yo sabía escribir muy bien, pero dictándome. Y, entonces, me apunté a una academia y allí me pusieron con la tabla y tuve la suerte de que yo, instintivamente, había adaptado los dedos exactamente al método, por deducción: esto está más cerca de este dedo, esto del otro... Es que yo aprendí con mi abuelo, pero no me enseñó ni me dijo nadie. Y también tuve que aprender taquigrafía para la oposición.



No me volví a casar por mis hijas. No quería darles padre adoptivo a mis hijas, porque estaba muy ocupada, porque tenía... Yo, a mi marido lo quería mucho, porque era genial: muy alegre, muy buen padre. Estaba muy enamorado de mí, más que yo de él, porque nos tratamos poco... Si es que, cuando nos pusimos novios -en Priego- él estaba en Madrid y nos casamos enseguida. Enseguida de ser novios nos casamos. Hombre, no digo que fuera, pero casi... Mi abuelo, entonces, tuvo que recoger a todos mis hermanos y estábamos mucha familia; porque mi padre estaba en la cárcel... Y mi abuelo era muy duro, no me dejaba salir con amigas ni con amigos. Y nos casamos; era muy buena persona, lo quería todo el mundo mucho. Y, ya, pues yo me he dedicado a mis hijas y no me casé otra vez. Ojalá y lo hubiera hecho, muchos pretendientes tuve, pero novio, ya, ninguno; ni relación así, como ahora lo llaman, no. Yo era feliz con mis hijas, yo era feliz con mis nietas... ojalá volviera a serlo.

Cuando murió mi marido me desmejoré muchísimo, adelgacé muchísimo. Yo llevé 6 años luto de mi marido, con manto hasta los pies, que se llevaba entonces. Pero luego resurgí. Tuve unas compañeras de oficina muy buenas, como hermanas, me ayudaron muchísimo y me rejuvenecí muchísimo. Ellas, luego se casaron y se fueron de la oficina, porque con Franco no podían trabajar estando casadas. En cuanto se casaban, tenían que irse. Sólo podían trabajar las solteras y las viudas.

A mí la oficina me ha gustado siempre mucho. Lo que no me gustaba era el atadero de ir mañana y tarde, aunque tenía mucha libertad. Al final iba sólo por la mañana, de

ocho a tres. Aunque me cogía muy lejos, porque desde aquí hasta la Avenida del Río Segura, con unos taconazos que llevaba yo.

Al principio era mañana y tarde. Mis hijas las dejaba en Alcantarilla. A ellas las llevaba por la mañana y las recogía por la noche, a las Salesianas de Alcantarilla, pero, ya, cuando me vine a vivir a Murcia... Porque yo, cuando se muere mi marido, viví un tiempo todavía en la casa de la carretera de Alcantarilla, mientras me hacían la casa de Santa María de Gracia, que era una casa de la Obra del Hogar -por la cosa del Estado- y valían muy baratas. Bueno, entrabas pagando como un alquiler y ya... Eso es que me lo dieron porque fui a hablar con el Gobernador cuando me enteré que iban a hacer esas casas y como yo ya estaba trabajando en la Obra del Hogar, en Sindicatos, porque la Cámara Agraria era de Sindicatos entonces. Y me dieron la casa y nos vinimos a Murcia.

Y después se recibió, en la Cámara Agraria, una llamada de Madrid diciendo que esta Francisca López Aguilar que de dónde era. Y era un señor, que era de mi pueblo, que estaba de jefe o de secretario del Colegio de Huérfanos de la Policía. Y, entonces, al decirle quién era, lo que me pasaba, que me había quedado viuda y tal... Ya, me escribió él a mí, me preguntó cuántos hijos tenía, que no fuera tonta, que los mandara al colegio, que era muy bueno, que era el Colegio de los Huérfanos de la Policía.

Y dije que sí. Se fue primero una -Araceli- porque la otra no quería. Y, luego, se fue la otra también. Y allí estuvieron... creo que vinieron de 17 años. Yo iba a verlas todos los fines de semana: el sábado, cogía el correo por la noche, me pasaba el día con ellas y el domingo por la noche volvía y a trabajar.

Cuando se van a Madrid, al colegio, Araceli tiene 7 años y Loli se fue unos años después. Allí, Araceli hizo bachiller superior de ciencias. Ella era una inteligencia extraordinaria; pero a los 17 años ya no quiso estudiar más y se vino. Hizo unas oposiciones para la banca y sacó un sobresaliente. Estuvo hasta de jefe de personal en el banco. Ella lo que hiciera, esa hacía lo que... Se dejó lo del banco para casarse, es lo peor que hizo. Luego se separó y puso la tienda de telas, que ahora la llevan sus hijas. Loli no, Loli no trabajó mucho. Se casó tan joven también. Ella no quiso hacer el bachiller, hizo secretariado; porque no quería estudiar y se vino antes que Araceli. Vive aquí, en la puerta de al lado.

La época mía de viuda es que ha sido de mucho luchar, mucho, mucho. Y en una época malísima. Y porque saqué la oposición, si no, me hubiera tenido que dedicar a... porque mi abuelo había muerto cinco meses antes de mi marido.



Yo empecé a trabajar a los 29 o a punto de cumplir los 30. Mi trabajo empezó por poco y terminó por mucho. Empecé como una auxiliar corriente que escribía a máquina, pero acabé ya... Lo último que hice en la Cámara Agraria fue la gestión de la Seguridad Social, que lo haría 5 ó 6 años. Y, antes de eso, estuve por lo menos 20 años con las ac-

tividades de ocio de los agricultores. Al final es que hacía funciones de técnico, sin cobrar, pero lo hacía. Como era la más antigua.

Entonces, de principio, me pusieron con el abogado -el señor Manresa- que, por cierto, como mi vocación era esa y lo había vivido, me consultaba él a mí algunas cosas. Después de estar de auxiliar con el abogado fui ascendiendo en el escalafón. Me dieron toda la Seguridad Social de la provincia, de todos los agricultores, que eso era cosa para un asesor laboral, y yo no lo era. Yo dije que había allí una chica, que lo hiciera ella y dicen que no, que lo tenía que hacer yo, porque era la que más categoría tenía en ese momento. Y lo hice, cogiendo de aquí, cogiendo de allí... Porque no teníamos ni siquiera boletines, los boletines especiales de la Cámara Agraria, boletines agrarios. Y como yo estaba en la Cámara Provincial y la local estaba más preparada que nosotros y allí tenían ellos los boletines... Y así, estudiando los boletines, estando al tanto de lo que salía, lo que no salía. Venía mucho aquí, al Instituto de la Seguridad Social y consultaba con muchos que yo conocía. Total, que lo saqué adelante. Había que hacer muchos números: los agricultores que tienen hijos, los que se daban de alta, los que se daban de baja... Lo que tenían que pagar a la Seguridad Social era lo que yo les calculaba.

Cuando me retiré me escribieron una carta felicitándome -que la tengo que tener-, porque era la única provincia que no había tenido ningún tropiezo con la Seguridad Social. Yo estuve llevando eso hasta que me jubilé y empecé a llevarlo cuando estábamos ya en Avenida del Río Segura, porque en el otro lado llevaba también cosas de responsabilidad que era... no me acuerdo de la palabra... Una cosa que se hizo para descubrir muchísimos agricultores que estaban de baja por enfermedad y estaban cobrando... y yo tenía que estar en todas las reuniones para eso, hacer las actas... Eso fue antes de llevar la Seguridad Social. Y también llevé mucho a los agricultores que llevaban de recreo, de excursiones. Les pagaban unas dietas y se iban a las residencias de descanso. Y yo, tenía que pagarles y eso.

Al principio de entrar yo en la Cámara éramos muy pocos: el abogado, yo, dos chicas -que se casaron enseguida-, un chico, el jefe de personal, el administrador y el ordenanza. Y cuando yo me jubilo ya éramos más, porque metieron tres de golpe, así por las buenas. Eran funcionarios pero que ni hicieron oposición ni nada, los mandaron y ya está. Cuando muere Franco muchos se trasladaron y les pesó después, se fueron a otro sitio. Nosotros, la Cámara Agraria era, dependía, del Ministerio de Agricultura y los de la CNS -Confederación Nacional de Sindicatos-, eran de la Organización Sindical. La Cámara era autónoma pero la financiaba el Ministerio.

Y no he tocado una tecla desde que me jubilé... porque no tengo máquina. Ha llegado mi abulia a no querer... Mi hija tiene ahí una portátil pero... Y a mí allí me compraron una eléctrica, poco antes de jubilarme, pero no la quise ni tocar; porque yo tenía una máquina... Ese disgusto me quedó. Me hicieron buenos regalos y todo a la despe-

dida, pero yo lo que quería era mi máquina: una Hispano Olivetti, de esas corrientes, que salió de buena esa máquina. Todo el mundo quería escribir en mi máquina. Y yo no quería, porque pasa que se estropean. Y yo estaba con la esperanza de que me la dieran, pero cambiaron de presidente y dijo que no podía ser.

A mí, más que el cambio de viuda y el cambio de la jubilación, me afectó el cambio de cuando se fueron mis hijas. Se casaron las dos en cinco meses. Araceli se casa a los 20 años y la otra también. Me volvieron a dejar sola.

Cuando mis hijas se casan tuve una medio depresión, como se casaron las dos casi juntas. Estuvieron los dos matrimonios que se venían a dormir conmigo un tiempo. Se casó primero Loli y luego Araceli. Tengo seis nietos. La primera nieta es Noni, de mi hija Loli; pero la segunda vino enseguida, de Araceli, que también le puso Araceli, como ella.

Cuando se casan mis hijas yo estaba muy bien relacionada y tenía unas vecinas muy buenas. Las vecinas eran como familia. Todas tenían llave de mi casa y yo no salía nada. Estaba deseando de salir de la oficina para reunirme con ellas allí, en mi casa: a coser, a cocinar, a hacer dulces... Llevaba una vida muy hogareña. A mí me gusta mucho el hogar, más que salir.

Si aquella casa era una casa magnífica. Además, la arreglé, porque era una casa con muy buena hechura y muy buenos cimientos pero muy malos materiales. Y mi yerno - como trabaja en eso- pues, reuní yo el dinero y me la dejó nueva. Una maravilla de casa. Y terminamos de arreglarla cuando empezaron con esta comunidad y mi hija: "mamá, vente, qué haces tú ahí sola". Porque este edificio lo hizo mi yerno, que era promotor. Y mi hija se vino aquí y enseguida me vine yo; pero me costó, porque me cogió sin "una perra". Me tuvo que prestar mi oficina las cien mil pesetas de la entrada del piso. Pero esto, luego, tuvo un defecto, que daba agua o no sé qué y se encareció muchísimo y yo no tenía más dinero. Y, entonces, el montepío mío me dio otras cien mil pesetas y seguí adelante. Luego, me volvieron a dejar más dinero en la oficina... ¡Madre mía!, me junté con cinco préstamos. Y con un solo sueldo. Me vi morada, me vi morada. Me vine aquí antes de jubilarme, bastante antes.



La jubilación la noté, pero me valió mucho el que me *pegué* a la aguja, que me gustaba mucho coser. Eso me ha gustado mucho de toda la vida. Los vestidos de mis hijas, hasta que se casaron, se los hacía yo todos. Y tenían fama, aquí en Murcia, de haber ido muy bien vestidas.

Yo después de jubilarme me lo pasaba bien. Me levantaba temprano, hacía todo lo que tenía que hacer de la casa, si tenía que lavar algo o tal, me dejaba la comida hecha. Muchas mañanas salía a tomar el aperitivo. En cuanto terminaba la casa, me ponía algo y me iba, era mi locura, íbamos al *Tontódromo*¹. Por las tardes ya no hacía nada en la casa, me iba por ahí, de compras *mayormente*.

Cuando me jubilé yo me creía... eso, que me iba a comer el mundo, porque la casa a mí me gustaba mucho, me gustaba mucho coser. Entonces, cuando me jubilé: “qué ilusión, ahora ya podré coser, ahora ya podré estar en mi casa”. Pero lo echaba de menos -el trabajo-, lo echaba de menos, es que era mucho tiempo allí, trabajando.

La mayoría de mis amigas eran viudas, porque yo estaba en una asociación de viudas; pero ya ha cambiado mucho. Dejé la asociación porque no tenía actividades ningunas, nada más que reunirnos con el Padre a rezar el rosario y a enseñarnos catecismo como si estuviéramos... La dejé antes de ponerse enferma mi hija; pero la mayoría se han retirado, otras se han muerto. Ahora es que ya no salen al aperitivo ni a nada.

Al Hogar del Pensionista no voy. A mí no me gusta eso, no me gusta. No me gusta porque yo soy muy rara. La gente de mi edad hace mucho el ridículo: que si bailes, que si viajes, que si cantes, aprendiendo a bailar... pero a mí no me gusta. No he bailado nunca, mi abuelo no me dejaba que bailara. ¿Es que he tenido juventud? Si el único novio que tuve fue mi marido.

A la Asociación de Viudas entro muy pronto, enseguida de quedarme viuda. Había que pagar una cuota pequeña. Me hice socia cuando me vine a Murcia a vivir. Sigo siendo socia honoraria, aunque hace ya tiempo que... unos 6 ó 7 años que no voy, porque, ya, la asociación no me daba alicientes. El grupo grande y bueno que tenía se fue perdiendo: dos murieron, otras se han ido a vivir a otro sitio y, ya, se ha perdido... Tres de ellas se han ido lejos a vivir, lejos de aquí, otras se ha ido con sus hijos. La asociación sigue funcionando y siempre que me ven me dicen que debo de volver, que debo de volver, pero es que... no estoy yo...

La cosa de la muerte de mi hija es que me ha trastornado por completo -que en agosto hace un año que murió- y he cogido una depresión que no me la pueden quitar. La depresión me empieza cuando enferma mi hija Araceli, que sufrió mucho antes de morir. Estuvo 2 años enferma y cada vez que lo recuerdo... Es como si tuviera un terremoto interior.

Ahora no leo nada, estoy muy pesimista, me ha entrado muy fuerte. Me cuesta hasta ir a la peluquería. Yo, que era más presumida que un ratón en lo alto de un queso. Yo estoy segura de que si yo tuviera una obligación no estaría así. Lo que pasa es que no me interesa ninguna. Incluso salir me cuesta, por no arreglarme, por no vestirme; porque tampoco encuentro cosas de luto. Ya llevo así más de 2 años y está la cosa muy *arraigá*.

Yo tenía pensamiento de haber empezado un diario, o algo así, e ir anotando... Esta es la historia que yo me quería hacer... En otro tiempo, yo lo hubiera hecho con más exactitud.

En Murcia, abril de 1998

Francisca López Aguilar

Yo nací el 25 de febrero del 21, aquí en Librilla, pero cuando estuve en el ejército y en la Guardia Civil he estado en muchos sitios. He estado en San Sebastián, en la provincia de Málaga, en Algeciras, en Cartagena, en Pliego...

Fuimos una *porrá* de hermanos, pero ya no quedo nada más que yo. Éramos: Fuensanta, Gertrudis, Catalina, Antonia, otra Antonia, Salvador, Isabel y yo, ocho. Fuensanta la primera, Gertrudis la segunda, Catalina la tercera, Antonia la cuarta y, yo, el quinto; después venía otra Antonia, la sexta, Salvador y Isabel, que fueron mellizos, ocho.

De los ocho, hasta mayores vivimos: Gertrudis, Fuensanta, Catalina, Antonia y yo. Los otros tres se murieron de *pequeñicos*. Ahora el único que queda soy yo. De los cinco que llegamos a mayores, yo era el cuarto. Fuimos tantos porque mis padres se casaron, los dos, dos veces.

Mi padre se queda viudo de 57 años y mi madre murió de 49, se llevaban 8 años. Mi padre era de la quinta del 2, de 1902. Él ya no se casa después, pero lo de ellos dos es una historia que...

Mi padre era novio de mi madre... a un tío mío lo mataron en una riña que hubo aquí en el pueblo -una riña que hubo de madrugada, las cosas de entonces, como entonces todo el mundo llevaba *pistolones* y toda la historia- y uno de los dos que se estaban peleando disparó y en vez de matar al que tenía que matar, mató a dos, a mi tío y a otro. O sea, que al de la riña no lo mató y vino a matar a mi tío y al otro. Todo eso era de madrugada. A mi tío lo mata, y la novia de mi tío, pues claro, las cosas de entonces, mis abuelos arreglan que se tiene que casar mi padre con la novia de mi tío y se dejó a mi madre soltera. Mi madre se echa novio y se casa. Se casa mi madre, tiene una hija. Se muere la mujer de mi padre y se muere el marido de mi madre y, entonces, se casan los dos. Mi padre llevaba tres hijas y mi madre llevaba una hija. Por eso mis tres hermanas mayores son hermanas de padre y Antonia y yo somos hermanos de padre y madre. Y la hija de mi madre, la otra Antonia, esa se murió, esa fue la primera que se murió, antes de nacer yo.

Mi padre tuvo más hijos porque él se casó antes que mi madre. Por eso mi madre nada más que tuvo una hija, que muere ya cuando ella estaba casada con mi padre. El primer marido de mi madre se llamaba Antonio Asensio. Mi madre era Brígida Ballesta. La primera esposa de mi padre era Catalina y mi padre era Fernando.

Yo, ya, soy el mayor del matrimonio de mi padre y de mi madre, luego mi hermana Antonia y luego nacieron los mellizos que se murieron de chicos, los dos, que se llevarían dos o tres meses uno de otro en morir. Yo me acuerdo a malas penas, tendría yo 6 ó 7 años. Se morirían de algún *resfriao*, pero no lo sé yo seguro.

Mis padres se casarían en el 19 ó en el 20, porque yo nací en el 21. Mi padre tendría

cerca los 40 años y mi madre unos 30. Yo me llevaba 4 años con la hija menor de mi padre, con Catalina, que nació en el 17. Fuensanta nace en el 12, Gertrudis en el 15, Catalina en el 17, yo en el 21, mi Antonia en el 24 y los mellizos nacerían en el 26 o así. La que no sé cuando nació es la Antonia de mi madre, porque como muere antes de nacer yo...

Si esto es... ya lo he referido yo varias veces que ha salido en la televisión; digo: "pues un caso parecido a mi madre". Fijate tú, mi madre no lo contó eso nunca, no nos lo contó nunca y yo me enteré por una vieja que dice: "yo me acuerdo cuando tu madre era novia de tu padre y tu padre se casó con *la Catalina*". Eso me lo contó una vieja de aquí del pueblo, que ya está muerta la mujer. Mi madre se murió sin contárnoslo a ninguno de nosotros. Nosotros nos llevábamos todos como hermanos; mi madre, como los cogió a todos chicos, ahí, no se notaba nada; pero que a mi madre no se le ocurrió contárnoslo eso a nosotros. Yo me enteré después de morirse los dos, después de *licenciarme* yo de la Guardia Civil, ya mayor, que yo me enteré hace 20 años de eso. Nosotros sabíamos que éramos hermanos de diferente madre, lo que no sabíamos era que ellos habían sido novios antes, pero entre nosotros nada, todos igual. Los apellidos sí que cambian, las tres mayores son Hernández Alcaraz y nosotros somos Hernández Ballesta.

Gertrudis murió en Cartagena. Ella vivió aquí en el pueblo, también, pero se fue a Cartagena con el marido, a San Antón. Ellos estuvieron también antes en Madrid. Ella tuvo un hijo solo pero éste hijo tuvo siete, que son mis *resobrinos*. Aquí en el pueblo vivió más Antonia, que tuvo tres hijos, pero ella también estuvo viviendo en Madrid muchos años y después en Jaén. Los sobrinos, de las dos, viven todos aquí, menos uno que vive en Potes, Santander, que es guardia civil y otro que también es guardia civil y está en Alhama. Aquí, ya no me quedan hermanos, pero tengo sobrinos y muchos *resobrinos*.

Nosotros teníamos en la Casa del Pueblo, Sindicato Católico Agrario, Caja de Ahorros y Préstamos que había aquí en el pueblo un bar, porque mi padre era el conserje ahí. Mi padre llevaba la limpieza del local y eso, y le daban tres pesetas. Y, ya, estuvimos nosotros en eso, como conserjes, el bar que había lo teníamos nosotros. Teníamos una cantina allí, reservada para el servicio y nosotros nos dedicábamos a servirle a la gente. Estábamos toda la familia en eso. Mi padre se dedicaba a eso y, además, tenía la tierra, que plantaba su trigo, su cebada, su avena... pero al estallar la guerra como lo de la cantina era del Sindicato Católico la incautaron y entonces nos echaron. Se metieron *de matute* y se lo bebieron todo lo que había y todo. Después de la guerra, el del banco mandó las letras, porque todo lo que habíamos pedido *la coñá*, el anís y todo lo que habíamos pedido para las fiestas de San Bartolomé, como era en julio eso y en agosto era la fiesta... Y claro, al director del banco le dijimos lo que había pasado y, entonces, nos lo perdonó, que si no, pues la ruina total.

La cantina, estaba en la Casa del Pueblo, Sindicato Católico Agrario, Caja de Ahorros y Préstamos, que era todo lo mismo, que era el cartel que tenía allí puesto. Ahí iban a pedir préstamos los agricultores en aquellos tiempos y a la vez tenían ahí la casa del pueblo para su distracción, con su bar y sus mesas de dominó y de ajedrez y de todo lo que había.

El negocio del bar era de mi madre, ella lo estuvo llevando cuando era viuda. También teníamos en mi casa como una pensión, había nueve o diez camas. Ahí dormían los maestros, el médico... -eso cuando yo era chico-, pero comidas y eso no se hacían, si acaso algún desayuno por compromiso, era sólo dormir.



A la escuela fui hasta los 15 años, hasta la guerra. En la misma guerra fue cuando hice yo el certificado de estudios primarios. Me parece que el mismo día que estalló el Movimiento, seguramente tiene el certificado la fecha *de que* me lo dieron. Pero me lo saqué yendo de noche, ya de 14 años o así ya no iba yo a la escuela, iba por la noche. Yo a mi padre ya le ayudaba en el bar de pequeño -a los 10 u 11 años- ya el café y eso; los domingos que no había escuela, lo ponía yo y servía las mesas y eso. Mis hermanas igual, ellas estaban para limpiar y eso, como yo era el único varón, que los otros cuatro eran mujeres, pues ellas eran las que limpiaban y yo ayudaba a servir.

En el bar había treinta o cuarenta mesas donde jugaban al dominó, que eran de mármol. Todavía tengo yo una de las mesas esas ahí. El bar daba un servicio a todos los obreros que iban. Cuando nos lo quitan, se queda ahí la UGT. Mi padre entonces se dedica a las tierras y yo le estuve ayudando también ahí.

Si no hubiera habido guerra sí hubiera hecho el bachiller, pero, ya, con la guerra... La guerra es que me partió los estudios porque yo eso de por la noche era por ir, por repasar, por aprender más.

A la guerra fui a los 17 años. Estuve en la parte de Extremadura, pero ya fui al final, los tres meses últimos: enero, febrero y marzo. Llamaron la quinta el seis de enero del año 39, nos incorporamos... Mi madre se murió el día once de enero, el día doce la enterramos y el día trece, el alcalde y el secretario del Ayuntamiento, me llevaron a mí al cuartel de Garay -lo que ahora es la Caja de Reclutas de Murcia- a decir que se había muerto mi madre y que no me había podido incorporar el día antes y ya me fui.

Mi madre se murió muy joven, se murió con 49 años. Se murió de una embolia, bueno, de *paralí* que decían entonces. Nos conocía a todos, pero no hablaba ni nada. Estuvo tres días mala. El día ocho se puso mala y el día once se murió, a las ocho de la noche y era miércoles. Y, ya, el día doce, jueves, la enterramos.

La casa de mis padres estaba en la misma plaza, en el rincón, en la misma curva, enfrente del semáforo que han puesto ahora. Ahí nací y ahí me crié yo. Y ahí estuvo mi padre hasta que se murió. Mis dos hermanas solteras se murieron, también, ahí.

Yo volví de la guerra a primeros de abril. La guerra acabó el veintinueve de marzo y vinimos andando desde allá, desde -se llamaba el pueblo Brazastortas- andando hasta Alcázar de San Juan, por toda la vía *alante*. Ya, como habían dicho que se había acabado, salimos andando y vinimos andando hasta Alcázar y en Alcázar nos montamos en un tren de la cuarta división navarra -que era la que entró en Murcia- y en el tren no nos dejaron montarnos, pero nosotros nos agarramos atrás -al furgón de cola- y nos subimos al techo y íbamos en el techo, tres que veníamos juntos -dos de Alhama y yo- y llegamos hasta Alcantarilla. Allí, en la guerra, no nos dio tiempo a hacer nada. Estuvimos haciendo instrucción allí y ya está. A nosotros nos llamaron los republicanos porque estábamos en zona roja.

En la guerra no tuvimos que hacer nada, nada más que llegar y venirnos. Estuvimos los tres meses y no nos pagaron las trescientas pesetas que daban al mes. No nos pagaron nada.

Cuando volví, como mi padre ya no tenía el bar, nos dedicamos a trabajar en la tierra: a cortar limones, a cortar naranjas, a lo que había. Teníamos bastantes tierras porque mi padre murió en el 60 y quedábamos tres para heredar y yo tengo de mi padre seis tahullas; como dos hermanas murieron antes que mi padre: mi hermana Gertrudis se murió en el 49 y mi hermana Catalina en el 50. Y las otras dos hermanas, una se murió en el 92 y otra, en el 93. En el 92, Antonia y en el 93, Fuensanta. Me he quedado huérfanos de padres y de hermanos. La menor, Antonia, era 3 años menor que yo y la mayor era Fuensanta, que nació en el 12 y era 9 años mayor que yo y fue la última que se murió.

Mi padre murió de 78 años, también de *paralí*. Gertrudis muere de insuficiencia cardiaca según el certificado y la Catalina lo mismo y la Antonia se murió en la calle, iba andando por la calle, se agarró a una reja, le dio una angustia y se quedó muerta ahí. Todas vivían aquí en el pueblo, aunque la Gertrudis murió en Cartagena, en San Antón. Sólo se casó una... no, dos: la Antonia, la menor y la segunda, Gertrudis. Fuensanta y Catalina eran solteras. Tengo cuatro sobrinos: tres de mi Antonia y uno de mi Gertrudis, pero *resobrinos* -hijos de los sobrinos- hay: de mi Antonia, ocho y de mi Gertrudis -que tenía nada más que un hijo-, hay siete. En total quince *resobrinos*.



En el 40 año me fui a Madrid a trabajar en la construcción. Como aquí estaba la cosa *jodía*, me fui para Madrid. Me fui solo, pero *habíamos* allí, del pueblo, cincuenta o sesenta. Yo me fui en el tren y llegué allí, busqué trabajo y me dieron enseguida. Llegué domingo y a otro día, lunes, a trabajar. Tendría yo 18 años entonces. Estuve desde enero hasta julio trabajando en la construcción. Cuando ya, en julio, dice mi padre: “vente para acá que hay que recoger el trigo”. Él plantaba entonces trigo, cebada y eso. No dejó de cultivar durante la guerra; como le quitaron el bar que era de la Casa

del Pueblo, y entonces era UGT, pues allí pusiero la Falange entonces y nos quedamos sin trabajo en el aspecto ese.

Y, luego, en el 40 -bueno en el 41- me fui al ejército. Me fui voluntario en febrero del 41, me fui al ejército, a artillería. Me fui porque como no había *ná*, pues al ejército. La mili entonces eran 4 años y cuatro meses que me tiré yo seguidos; como era la guerra mundial *habíamos* siete quintas a lo mejor: estaba el 39, el 40, el 41, el 42, el 43, el 44, el 45, siete quintas *habíamos* en el ejército.

Estuve en el 41 en artillería en Cartagena, en el 43 me fui a Rusia, con la División Azul -bueno, en diciembre del 42-, me fui siendo artillero, militar. Estuve en Rusia desde primeros del 43 hasta diciembre del 43.

En la División Azul éramos todos españoles, estábamos apoyando a los alemanes. Me tocó venirme en diciembre porque dieron órdenes de retirar la división A Franco le dijeron que había que retirar la división. Como nos llevaron obligados pues, ya, la retiraron. Entonces vine a Cartagena otra vez, al regimiento de artillería y allí estuve hasta el día primero de julio del 45, que fue cuando pasé de artillería a la Guardia Civil. Yo me presenté, me examiné para guardia civil el día 10 de abril del 44, en Murcia -que por cierto la noche antes fue el Entierro de la Sardina de Murcia- y estuve aprobado hasta el primero de julio del año 45 que me llamaron, que tenía yo 24 años. Entonces ya tenía la novia aquí en el pueblo, que nos hicimos novios después de venir de Rusia, en el 44; ese año me hice novio de mi mujer, Lorenza Bastida.

Todo el noviazgo lo tuvimos prácticamente por carta, porque yo de Málaga ya vine sólo para la boda, antes no pude venir. Yo la conocía a ella del pueblo, pero me hice novio de ella en el año 44, que estaba aquí yo, en Cartagena, y venía con permiso de sábado a lunes y a las fiestas de aquí que, entonces, nada más que teníamos las fiestas del pueblo de San Bartolomé y los bailes que había algún domingo por alguna casa particular y ya está. Y el noviazgo pues fue eso, como yo digo: "cartas que te crió". Yo le escribía cada quince días o una vez al mes, si no ganaba uno para sellos, si te costaba un sello un real o tres perras chicas y ganaba un real al día en la mili. Luego, en la Guardia Civil, ya, ganaba más; pero por casarte no aumentaba la paga, tenías que tener dos hijos para pagarte más.

De guardia civil estuve primero en Irún; bueno, en Fuenterrabía se llamaba el pueblo, que está al lado de Irún. Luego estuve en Málaga, en Manilva era el pueblo; pero Manilva unas veces pertenecía al Gobierno Militar de Algeciras y otras veces al de Málaga. El pueblo pertenecía a Málaga, era el cuartel el que cada vez pertenecía a un sitio. De Manilva pasé a Cartagena y de Cartagena a Pliego. He estado en muchos sitios.

A mí me hubiera gustado estar aquí, que aquí había cuartel, pero aquí no podía estar, porque en tu pueblo no podías estar antes, ahora sí, pero antes no. Y si tenías familia

en el pueblo tampoco podías estar en ese cuartel. Eso sería para que no hubiera influencias, digo yo.

En Irún estuve tres meses nada más. De allí pasé a Málaga, a un pueblo que se llamaba Manilva, el último pueblo de Málaga, al lado de Estepona. Allí estuve desde octubre del 45 hasta enero del 51. Allí, ya, me casé y me llevé a mi mujer.

Cuando nos casamos, Lorenza y yo, tuvimos que *correr* las amonestaciones en la iglesia de aquí y en Málaga: eso de que había que poner el cartel en la iglesia, por si había algún impedimento, tenía que estar tres domingos seguidos puesto el cartel. Hubo que ponerlo en los dos obispados en el de Málaga y en el de aquí, en los dos sitios.

Nos casamos en el año 47. Fuimos novios del 44 al 47. Me dieron quince días de permiso para venir y casarme, pero vine menos tiempo porque hubo una explosión en Cádiz y me tuve que quedar unos días allí. Me casé y llegué a Málaga, al puesto, con diez reales, ¡pásmate!. Llegamos con el ajuar que llevaba mi mujer, las sábanas y eso, en un baúl que llevábamos de ropa... ¡ah!, y el colchón... Eso y lo que tenía yo allí, que había comprado yo: la cama -que todavía la tengo aquí-, seis sillas, una mesa *de camilla*,...

No pudimos celebrar la boda porque mi mujer llevaba luto entonces, porque se murió su madre. Nos casamos el mismo día que se mató Manolete, el torero, el 29 de agosto del 47. Me casé a los 26 años y mi mujer con 23. Entonces no te daban vacaciones nada más que para casarse. Yo, cuando estaba en Málaga, sólo vine cuando se murió mi hermana, en el 49, que recibí un telegrama que estaba grave y vine con diez días. Estábamos recién casados, como aquel que dice, y vinimos mi mujer y yo y la cría, que era chica.

El viaje de novios fue el viaje en el tren hasta Málaga. De aquí a Granada en el tren este que salía a las diez de la mañana de Alcantarilla y llegaba a Granada a las diez de la noche. Y de Granada hacía transbordo, a otro día por la mañana, a Algeciras y de allí en el autobús al pueblo de Málaga, a Manilva.

Allí estaba en una casa pagando alquiler, que pagábamos tres duros. La casa era de un particular, pero la Guardia Civil te daba cuarenta pesetas para pagar el alquiler todos los meses y a mí me costaba el alquiler tres duros, o trece pesetas, y me sobraban veintisiete pesetas todos los meses. Estando allí nació mi hija Brígida.

Tengo dos hijos: Brígida y Fernando. Mi hija Brígida nació en el 48, -el 8 de julio- estando en Málaga, pero se vino mi mujer aquí al pueblo, a que naciera aquí. Y mi hijo Fernando nació en el 54, -el 22 de septiembre- ya, en Pliego.

Mis dos hijos viven en Alcantarilla. Mi hija está casada con un brigada de la Guardia Civil. Y mi hijo es maestro en un pueblo de al lado de Alcantarilla. De Alcantarilla hasta aquí hay quince kilómetros, pero hay autobús y un tren cada hora, hasta Murcia.

Mi hija no quiso estudiar, queríamos que estudiara, pero no quiso. Estudió un año, pero no llegó ni a examinarse ni nada. Ella se casó cuando ya vivíamos aquí en el pueblo,

que volvimos en el año 71. Mi hija se casó en el año 73 y mi hijo por el año 80 o así. Los nietos están todos en Alcantarilla. Los vemos cuando los traen aquí. Tenemos cuatro nietos, dos de cada uno: tres nietos y una nieta.



Yo, estando en Málaga, pedí traslado a Murcia, buscando acercarme a la provincia y me dieron Cartagena, que allí estaba yo muy bien, pero estaba en Cartagena y a la cría no le venía bien, porque tenía bronquitis y echamos una instancia y nos mandaron a Pliego. Y, ya, de Cartagena me fui a Pliego, donde estuve 18 años, hasta que me jubilé. En Pliego vivimos en el cuartel, ya no tenemos que pagar alquiler.

Pliego es un pueblo como éste de grande. En Pliego no había instituto de bachiller, estaba en Mula. Mi hijo estudió en Mula los 4 años primeros de bachiller, el elemental lo hizo en Mula, pero a hacer el bachiller superior y la reválida tuvo que ir a Murcia, que estuvo en los Capuchinos interno.

Me jubilo a los 50 años, que era mi edad de jubilación y, ya, me retiro. Mi hijo estaba estudiando en Murcia y yo me vine aquí, a Librilla, porque hice mis cuentas, porque me costaba cuatro mil y pico pesetas los Capuchinos, que era donde estudiaba mi hijo Fernando. Y, claro, yo hice mis cuentas y digo: “yo me voy a Librilla y me pongo a *cutar* limones” y, ya, pues ganaba más, ganaba el *sueldo* -la pensión- y lo que sacaba *cutando* uva, naranjas, limones,... Ganaba las seis mil o siete mil pesetas que me quedaron más los cuarenta o cincuenta duros que ganaba de trabajar en la huerta. También llevaba, ya, mis tierras, que las cogí cuando murió mi padre en el 60. Yo puse ahí limoneros. Y así estuve hasta que me dio el infarto, el once de agosto del 74.

Leer, he leído yo mucho. He leído libros de más. Seguramente tengo la vista así, cansada, de tanto leer, porque de guardia civil también tenía que estudiar y leer mucho, porque teníamos todos los días academia y todos los días te preguntaban. Por las mañanas, de once a una, tenías tu academia y te preguntaba el comandante del puesto los artículos y eso, hasta que me jubilé, pero ahora no sé yo si lo hacen.

Tengo varios sobrinos que son guardias civiles, pero no les pregunto yo, “la reserva y el secreto”, pero yo creo que ahora los guardias civiles están muy bien, ahora están mejor, ya llevan vehículos todos, que cuando yo me jubilo sólo llevaban el capitán, el teniente y eso.

A mí me ha gustado ser guardia civil me gustaba porque mi madre siempre decía que le gustaría que yo hubiera sido guardia civil. Mi madre era hija del Cuerpo. Como su padre fue guardia civil, ella quería verme a mí así... pero no me vio. Si me hubiera visto, pero ella muere cuando yo tenía 17 años. Mi abuelo, el labrador, fue alcalde de Librilla. Y el otro, el guardia civil, fue secretario del ayuntamiento mucho tiempo también.

A la Guardia Civil le llamaban La Benemérita; Benemérita es la que es digna de honor, según el diccionario. La Guardia Civil nació en 1844, cuando Isabel II. Pero luego, con

la República, cambia y después, con Franco, también cambia... aunque es lo mismo, sigue siendo lo mismo. Lo único, que Franco quitó los carabineros -que había en la República y que estaban en las costas- y los pasó a la Guardia Civil, los juntó a todos. La Guardia Civil estaba en el campo y en las costas y la policía estaba en las ciudades.

Teníamos varios servicios: unos salían de correrías, otros salían de campo, otros de carretera,... según, pero siempre vigilando y siempre en parejas, no podías ir solo. Solo ibas, en oficio y cuartel, para los informes, pero, para vigilar, había que ir en parejas. Te podía tocar nocturno, de veintidós a seis, según las necesidades del servicio, porque también podía tocarte de catorce a veintidós, hasta las diez de la noche. Eran ocho horas de servicio y algunas veces más. Y claro, al final éramos todos amigos, de salir en parejas y tantas horas juntos; pero la pareja no la elegías, te la nombraban y te la cambiaban, unas veces te salía con uno y otras con otro. Por eso los amigos se han quedado por todos los sitios que he estado, porque los amigos eran los guardias.

Nuestra función era hacer el servicio: vigilar el campo o carreteras, lo que nos tocaba. Era lo mismo que hacen ahora, lo que pasa que ahora van motorizados y nosotros íbamos andando. Entonces íbamos con nuestro tricornio y andando, con fusil, cartucheras y toda la historia; pero no tuve nunca que utilizar el fusil. No sólo estábamos para vigilar, también estábamos para ayudar en incendios, inundaciones y todo eso. La Policía estaba en las capitales y la Guardia Civil estaba en los pueblos, porque nos dedicábamos más al campo, por eso siempre andando a todos sitios. Yo nunca llevé vehículo; bueno yo a última hora compré una moto, cuando dijeron de eso, pero nada, en el cuartel no había nada más que dos bicicletas para todo el cuartel. Al que le tocaba de salir en bicicleta, pues salía en bicicleta y al que no, pues andando. Teníamos que hacer correrías por todo el campo, vigilábamos todo el campo: gitanos y cosas, de noche y de día.

Yo no hice nada más que un servicio importante que fue detener, allí en Pliego, a uno que mató a otro y lo detuve yo, bueno yo y el teniente, que iba el teniente también. Y al que se detenía había que llevarlo a la cárcel andando o si había vehículos, en el vehículo, porque en el cuartel no teníamos calabozo. Pero en Pliego no había vehículo, nada más que las dos bicicletas, cuando yo estaba. Cuando dijeron que eso, entonces algunos nos compramos una moto, pero la gasolina la teníamos que pagar nosotros. A nosotros nos nombraban el servicio: “saldrá de ronda por tal sitio, por la carretera tal y tal a tal hora y tal hora en este punto”.

La Guardia Civil estaba para socorrer a todo el mundo: a los peatones, a los carteros -que entonces salían andando-, para ayudar en inundaciones, incendios, epidemias y cualquier calamidad pública... y para evitar que hubiera robos. Y siempre andando, porque la moto me la compré estando en Pliego ya, a lo último, que ya no me quedaban nada más que 2 ó 3 años para *licenciarme*. La moto era una *mobileta* de esas, que me costó poco dinero -seis o siete mil pesetas- pero ahora valen más de veinte mil duros

esas motos. La moto se la llevó Fernando, mi hijo, pero también se la llevó antes Clemente, mi yerno, que se la llevó a Águilas, cuando estuvo allí de destino. Mi yerno es que también ha tenido muchos destinos.

A mí me gustaba mucho, si tuviera 18 años me iba otra vez; y ahora me iba al Norte, al País Vasco, que cobran más. Allí hay más peligro, pero donde está el Cuerpo está el peligro. Me gustaba a mí la Guardia Civil... y que no había otra cosa entonces si querías trabajar.

Yo ganaba diez pesetas a la semana trabajando y en Madrid estuve ganando nada más que nueve pesetas, en la construcción. En la Guardia Civil se ganaba trescientas ochenta y nueve con cincuenta y ocho, al mes, no te vayas a creer que ganabas... En aquellos tiempos ser guardia civil era un poco importante... estabas mejor visto que los obreros y eso.

Yo me jubilo siendo todavía guardia raso. No me gustaba el mando: “más vale ser un buen guardia que un mal cabo”.

Yo me jubilo a los 50 años, pero podía haber seguido hasta los 56 si hubiera querido, que ojalá y hubiera seguido, porque entonces estaría en la reserva esta activa y ganaría más. Ahora cobro sólo unas ochenta mil pesetas o por ahí y los otros cobran ciento treinta o ciento cuarenta; pero yo me jubilo a los 50 porque yo veía que desde aquí mi hijo se iba a Murcia a estudiar en el autobús y venía y me costaba cinco duros el autobús, pero desde Pliego... Pliego es que estaba a cuarenta kilómetros de Murcia y a mi hijo lo tuve interno en los Capuchinos en el bachiller pero ya después el Magisterio lo hizo yendo dos o tres veces a Murcia o todos los días, yo no me acuerdo ya, pero el Magisterio lo hizo estando aquí ya nosotros, en Librilla. Él terminó el Magisterio en el 74 con 19 ó 20 años.

Me jubilé a los 50 años. Me jubilo por mi edad. No estuve en la reserva activa porque eso lo ponen después. Yo estoy cobrando una paga... que quieren ahora nivelarnos, veremos a ver cuándo nos nivelan. Cuando yo me jubilo y me vengo al pueblo, algunos amigos todavía no están jubilados. Mi amigo José se retiró 2 años después, él es más joven que yo.

La casa ésta, donde vivimos, es que el solar era de mi suegro, de mi mujer. La casa la hicimos estando en Pliego, cuando faltaban cuatro o cinco meses para *licenciarnos*. Empezaron a hacerla en septiembre del 70 y la terminaron estando aquí nosotros ya.

Yo, cuando me jubilo en el 71, hasta el infarto, estoy trabajando en la huerta todo el día, y luego, después del infarto, cuando me recupero, también sigo en la huerta, pero después ya lo dejo, hará 6 ó 7 años, que es cuando les doy las tierras a mis hijos. Porque, ya, a la huerta no quiero ir a nada, porque me caí y en qué me vi de levantarme. Si me llego a lisiar, si me quiebro un pie, o la pierna, o el brazo, a lo mejor me quedo allí; y, ya, dije: “no voy más”. Y ahora que me dan mareos, menos. Me dan mareos de

vez en cuando, no sé si será del azúcar o de lo que será... que tengo 77 años ya, y quieras que no, pues...



Aquí en Librilla había tres o cuatro marquesados: el Marqués de la Romana, el Marqués de Camacho, el Marqués de... No me acuerdo, pero había cuatro, me parece. Esos cuatro eran los propietarios de casi todas las tierras de por aquí. Ellos venían aquí nada más que en el verano, pero yo lo sé porque me lo han contado, pero no sé si yo de chico los vería por aquí. Eso hace mucho tiempo, si la plaza de Camacho de Murcia se llama así por el marqués, que la casa que tenía aquí todavía existe, al entrar al pueblo a la izquierda, del año 1504 me parece que es. Y al lado está la de los Vélez.

La tierra la tenemos en el término de Librilla. Son varios trozos. Una está a medio kilómetro de aquí, otra a un kilómetro y otra a más de dos kilómetros. A mí me tocaron: cuatro, una y una; seis tahullas me tocaron. Todas estaban en blanco, pero yo las puse de arboleda; bueno, un trozo, ya, lo pusieron mis hijos. Uno de esos trozos es de mi mujer, que le tocó a ella, pero ya lo llevan todos los hijos: mi yerno y mi hijo; las mías y las de mi mujer.

El treinta de noviembre -hace 2 años- estuve en la huerta yo, y desde ese día no he vuelto. Volví el otro día cuando iban a regar y fui porque era de día y me fui con ellos y allí estuve, sentado allí. Hará 2 años que ya voy menos cada vez. Hasta que ya no voy. Ya, entonces, me dedico más a pasearme por ahí, a irme al bar y a estar en mi casa. Al bar donde vamos le llaman el bar de Ataulfo, pero ahí no van los jubilados, los jubilados van a los *Pensionistas*. Yo estoy jubilado, pero yo no voy a los *Pensionistas*, *pilla* muy lejos de aquí.

A los *Pensionistas* vamos sólo los lunes, porque cierra Ataulfo. A nosotros nos gusta más éste porque está más cerca. Aquí echamos la partida y nos juntamos cuatro para la partida. José también viene aquí pero si está jugando en otra mesa, pues está con otros. Amigos, así que vea casi todos los días, somos diez o doce, todos más o menos de mi edad y todos eran amigos y conocidos de chicos.

A los viajes de los *Pensionistas* no vamos por mi mujer, porque a ella de ir en el asiento del coche se le coge un dolor en la espalda. Si no, sí hubiéramos ido a alguno, a mí sí me gustan.

Yo es que hago poco ya: por la mañana me levanto a las diez, tomo mi café y salgo para abajo, me voy al bar, me siento, allí en el bar, me leo el periódico. Si hay alguna partida la estoy viendo jugar, porque yo por las mañanas no juego, por las tardes sí me juego mi partida. Después de comer, a las cinco, me *bajo para abajo*, si hay partida para jugar al dominó, jugamos. Yo juego con uno que se llama Ginés de compañero siempre; que no hay partida, pues no jugamos. Y cuando son las siete, para arriba, a ver la televisión.

En el pueblo me junto con todo el pueblo, con todos los de la edad mía, con todos los quintos, aunque ya vamos quedando pocos. Se han muerto ya, por lo menos, treinta o cuarenta de la misma quinta, pero aquí somos amigos todo el pueblo, lo mismo te juntas con uno que te juntas con otro. Te puedes juntar un rato: un domingo que vayas a misa o alguno que tropieces con él y hablas un rato y tal, pero cada uno está en su misión y, ya, somos viejos, ya. Al que más veo es a José, porque vive, también, aquí arriba y nos bajamos juntos y nos subimos juntos, pero hay muchos que son amigos, si aquí nos conocemos todos...

Yo tenía un diario que empecé a escribirlo cuando me fui a Rusia, con todos los pueblos que corrí, pero me lo dejé en Málaga, cuando me vine trasladado para acá. Entre los papeles que dejé se quedó el diario y, ya, no seguí escribiendo después; pero si me pusiera yo, ahora, a escribirlo lo escribiría todavía, pero ¡uf!, todo lo que me ha pasado a mí en la vida, teníamos para un tomo.

En Librilla, abril de 1998
Tomás Hernández Ballesta

A handwritten signature in blue ink, reading "Tomás Hernández Ballesta". The signature is written in a cursive style with a horizontal line underneath the name.



Nombre, profesor de universidad privada, 82 años.

¡Ay, del que no cambia!; bueno, feliz el que no cambia. Por eso he querido yo escribir “Mis extravíos en el laberinto de Dios y de los hombres”²; en primer lugar, para aclararme yo y, luego, como he tenido muchos seguidores, entre alumnos, padres, compañeros... Ahí intento proyectar una realidad propia, tan ambigua como mis extravíos: mi extravío en la relación humana, mi extravío en la piedad, mi extravío en la fe teológica, mi extravío moral, mi extravío amoroso y mis extravíos profesionales.

Nací en un pueblo de Murcia. Es un pueblo pequeño por donde pasa el río Segura antes de llegar a Murcia, pertenece al municipio de Molina. Fuimos nueve hermanos. Vivieron todos, aunque ya no viven todos. Cándido era el mayor y yo estaba en la mitad, “in medio virtus”, el quinto. Éramos nueve y han muerto dos hermanas religiosas y la hermana de aquí, tres; tres hermanas y un hermano, el mayor, Cándido, cuatro. Quedamos cinco... no, cuatro. Claro, falta otra hermana soltera que no era religiosa, que murió también, aquí, en Murcia. Ella tenía una enfermedad psíquica, porque padeció de niña meningitis y murió ya adulta, pero joven. Ella vivió siempre con mis padres. Quedamos vivos tres hermanos y otra hermana que es religiosa.

Mi padre se dedicaba a la huerta. Mi padre era un huertano, aunque él -de hecho- ya no trabajaba en la huerta, pero se movía, se movía... Relativamente -para el pueblo- estaba bien situado, aunque dentro de una vida muy austera. Las tierras eran de los Codornius, él las tenía arrendadas, pero, por lo menos, desde que yo le conocí, él ya no trabajaba: no cavaba, no araba, no hacía nada de eso. Él tuvo una buena cosecha de pimientos y a partir de ahí fue “importante”, por eso cariñosamente, le llamaban “el Marqués”. Cuando yo me fui al seminario, él ya era mayor. Porque después de la escuela del pueblo, a los 9 años, fui a los Jerónimos un año, que era la preparación para el seminario.

Cándido se fue con los jesuitas primero y yo sigo sus pasos. Y mis padres muy felices, claro, tenían una fe “super” elevada y les parecía que mataban dos pájaros de un tiro. Nos llevábamos 7 años, él murió en 1992.

Él se fue porque lo “pescaron” los misioneros jesuitas -de San Jerónimo y de todo-, lo “pescaron”. Ya sabes cómo antes se “pescaban” las vocaciones: iban por los pueblos los misioneros; iban los franciscanos con sus carretas y metían a los monaguillos y ya está. Y como la gente, además, no tenía parar darles de comer, echaban a los hijos a la carreta. Esto interesaba a todos -padres, hijos y misioneros- y, sobre todo, en un pueblo muy religioso y crédulo.

Luego, fui al seminario de Ciudad Real, hasta los 15 años. De ahí fui a Azpeita, Guipúzcoa, pero era el tiempo de la República y se cerraron estos monasterios; amenazaba, ya, la expulsión. Estuve allí menos de un año porque vino ya una de las primeras leyes de la República, de echar a los jesuitas, quitarles la enseñanza.

(2) Autobiografía escrita, aunque no publicada.

Nos fuimos a Bélgica -toda la Orden- a un pueblo de la provincia de Namur. Allí se alquiló un convento de Benedictinos y, al mismo tiempo, un Château de la nobleza. Un Château que luego pasó a manos de los Benedictinos e hicieron un convento al lado del Château. Allí hice el noviciado, que era 2 años, pero seguimos allí porque la Orden sigue expulsada.

La guerra de España desde Bélgica se veía con ciertas reservas respecto a los nacionales y más bien con simpatía hacia los republicanos, pero en Italia al revés.

Ya, volvemos después de la guerra. Volví con el noviciado acabado y con las Humanidades y la Filosofía, que eran obligatorias en nuestra formación. Eran 2 años de Humanidades y 3 de Filosofía. En Bélgica hice Humanidades y, luego, Filosofía, que ya la hice en Italia.

Después viene el Magisterio -4 años- pero, ya, en Madrid. Estuve 4 años de profesor de bachillerato en Madrid, haciendo el Magisterio en un colegio de la Orden, en Areneros. El magisterio consistía en dar clases y vigilar la disciplina. Teníamos unos doscientos, un solo *maestrillo* para doscientos niños, que entonces eran de edades muy diversas, porque era después de la guerra. Tú fijate, todo el día dando clase y, luego, poner redacciones, exámenes, que había que llevárselos al aposento de cada uno, y allí corregir. Y, además, las horas de oración, de misa... que a los temas religiosos le dedicábamos dos horas y media: una hora, antes de la misa, por la mañana; exámenes de conciencia, dos cuartos de hora; letanías... y, luego, la preparación de la meditación por la noche. En total dos horas y media, o así, de recogimiento espiritual. Y eso, toda la vida, esas horas, toda la vida para todos.

Aún falta la Teología, que fue en Granada, otros 4 años. Acabaría, allí en Granada, a los 32 ó 33 años; pero aún falta otro año más de noviciado -horrible- en Gandía. Al acabar Teología, ya eres sacerdote, que es una gran solemnidad, es la consagración. Es trascendental ese momento, porque es la culminación de toda la vida religiosa.

Y, después de este noviciado, ya se trabajaba. A los 34-35 años se acaba la formación y me destinan a Madrid en ICAI, en el Instituto Católico de Artes e Industrias de Ingenieros Electromecánicos, que nació por iniciativa de la Orden Jesuita. Aunque había muchos profesores seculares, la dirección estaba en manos de los jesuitas.

Yo llevaba allí la vida religiosa de los alumnos y di clases, pero más tarde. Yo llevaba la capellanía del ICAI que era un cargo importante, sobre todo en un centro que era de estudios superiores como éste. Todo el mundo se espantó porque yo era un huertano, de la huerta de Murcia, no tenía experiencia de mundo y me meten ahí, con los universitarios. Yo, lo de ser murciano lo llevaba bien, ni con orgullo ni con vergüenza, porque parece, por ahí, que los murcianos debemos llevar todos albardas.

En el ICAI, yo llevaba toda la formación espiritual de los alumnos y, más tarde, también di clases de religión. Ahí van empezando mis crisis, moral y teológica, fueron juntas.

Más tarde empecé con actividades para-religiosas, que no eran propiamente espirituales, en la biblioteca de allí, con libros modernos que antes se nos prohibían, y con todo eso...

Mi crisis fue una cosa lenta, lentísima. No está en las clases de religión en sí. Las clases de religión la corroboraron. Cuando tuve que darlas -ya, por los 40 años-, tuve que *reestudiar*, pero ya empecé a darlas con el problema dentro, ya iniciado; no terminado, sino iniciado. Ya tenía las premoniciones, tenía la duda, el problema dentro. Entonces, solicito que me exoneren de dar las clases de religión y de la dirección espiritual, de las dos cosas. Yo lo envolvía simplemente en un término genérico: crisis. Porque yo, cuando planteé esto a los superiores, todavía no tenía decidido nada y no sabían ellos la plenitud de mi crisis.

Entonces les indiqué que procurasen sustituirme; porque yo, ya tenía fama de ser un poco liberal en mis ideas. De tal manera, que cuando llevé allí al doctor Marañón, pues algunos religiosos se espantaron de que yo llevase a esa “quinta columna del liberalismo” a un sitio religioso. Mis superiores no valoraron la magnitud de mi crisis y buscaban no dar un escándalo, conservarlo, reducirlo.

Ya escribí antes -en 1963- una carta a mi Provincial de Toledo, informándole de mis cambios y eso; pero yo, ese tiempo intermedio, sigo igual. Lo que pasa es que me han exonerado de la dirección espiritual, del cargo, de la responsabilidad esa, pero yo sigo como otro más ahí, representando a la Iglesia. Pasó un año desde que yo di el segundo o tercer toque a los superiores; pasó un año, ahí, de esperar. Y, ya, en el 65, envió la carta definitiva. También se impone, desde la estricta burocracia vaticana, escribir al Santísimo Padre. Eso lo impone el Vaticano, a través de la Orden, pero es el Vaticano. Por eso, se debe dirigir la carta al *Beatísimo Pater*, al Santísimo Padre: al Papa, vamos. Me parece que fue a Pablo VI, pero es igual al que sea porque eso al Papa no le llega, eso no lo lee el Papa.

Ya tenía yo unos 45 años, estaba ya con las actividades *para-religiosas* y, sobre todo, con los Coloquios Económico Sociales, que son una expresión de mi preocupación por los problemas socioeconómicos y empresariales. Todo eso era sobre 1960-61.

También colaboraba en el periódico *Ya*, que surge al poco tiempo de estar yo en el ICAI. Mis inquietudes sociales y educativas me llevaron al periódico, porque entonces, en aquel tiempo, la Orden era un pasaporte para todo. Yo escribía artículos de tipo socioeducativo, pero lo dejé porque al ministro de Propaganda y Turismo -que se llamaba entonces- le pareció que mis puntos de vista eran poco ortodoxos.

Los coloquios socioeconómicos los “inventé” yo, porque, a la vista de lo que iba comprobando: el atasco económico, social e ideológico de finales del 59 y principios del 60... Duraron varios años y surgen por la necesidad de compaginar el mundo empresarial con el mundo docente y el mundo laboral.

Entonces se plantea completar mi formación en socioeconomía para pasar, con mayor fundamento académico al ICADE, al Instituto Católico de Administración y Dirección de Empresas, donde tuve el último cargo dentro de la Orden.

El doctorado lo hice en los años 62 y 63 y lo acabé, ya, cerca de los 50 años; pero no dejé de venir a Madrid, mientras tanto, a los Coloquios. El doctorado fue en Suiza porque prefirieron que lo hiciese fuera de España y en algún centro de categoría relacionado con el mundo socioeconómico. Era una facultad de filosofía pero que tenía la especialidad ésta, en socioeconomía.

Cuando vuelvo del doctorado, entonces, me encargo de la dirección de postgraduados del ICADE. Mi labor consistía en que... bueno, los que ya tienen una licenciatura o un doctorado iban allí a especializarse y a sacar un diploma en dirección de empresas y yo llevaba la dirección de esos cursos. El ICADE nace unos 5 ó 6 años antes de entrar yo, pero ahí estuve, ya, muy poquito tiempo, unos 2 años.

A Marañón, uno de los últimos años, lo invité a actuar en ICAI-ICADE. Lo conocía uno o 2 años antes y por correspondencia. Le escribí después de leer la obra literaria de pura belleza estética "Elogio y Nostalgia de Toledo". Le escribí espontáneamente para felicitarle y ahí surgió, ya, una comunicación. Yo me identificaba con él totalmente, con su ideario ideológico, su liberalismo... y, ya, surgió una amistad definitiva y lo requerí como conferenciante después. También surgió amistad con su esposa, Lola, incluso después de fallecer Marañón.

A José Luís Sampedro lo conocí con motivo también de los Coloquios. Él asistió a dos coloquios, como dialogante, como profesor de Estructura Económica, vamos, como experto de la situación económica de España. Nos hicimos muy amigos, amiguísimos y seguimos siéndolo.

Y, ya, en 1965, es cuando la crisis se recrudece, no era una crisis nueva, era la misma, sólo que en ese momento, se recrudece.

Mis crisis moral y teológica fueron lentas, vinieron todas juntas y conllevaron, por supuesto, mi salida de la Orden. Están muy claras, sí, porque la infalibilidad de la Iglesia le viene de la Biblia, de la infalibilidad de las Sagradas Escrituras, pero esta infalibilidad se puede cuestionar racionalmente, la razón crítica, que yo digo. A fines del siglo XIX empiezan, los protestantes sobre todo, a estudiar bien la Biblia y ven que no... La crítica moderna demuestra que esos libros no están inspirados por Dios a esas personas que se decía. Y, luego, el estudio analítico de los textos, sobre todo del Antiguo Testamento, demuestra las contradicciones que se dicen; porque, en conjunto, tienen cosas muy bonitas, pero tiene unos disparates -desde el punto de vista humano- tremendos. Pero, claro, es que las narraciones esas se hicieron, en realidad, casi un siglo después y, ya, deformadas por la tradición y aumentadas y demás. De los evangelistas, muchas de las cosas maravillosas que dijeron, bueno, no se pueden demostrar, ni mucho menos, y quedan por la obvia exageración.

Una de las definiciones más solemnes de los concilios ecuménicos de Florencia, en el 1240 o así, el florentino, hizo la declaración más necia que ha hecho la Iglesia, decir que

los que mueran fuera del seno de la Iglesia Católica, todos se condenan: “Extra Ecclesiam non nulla salus”, fuera de la Iglesia no hay quien se salve”. Eso fue en el concilio de Florencia, el concilio florentino. Y hace dos décadas, en el Concilio Vaticano II, fue cuando Juan XXIII abrió la mano, pero sin decir eso no es verdad... la Iglesia nunca rectifica.

Cuando ese cambio, yo ya estaba fuera. Ese cambio supuso respetar que la conciencia de cada uno es la que debe decidir, la que tiene la competencia para abrazar la religión. La conciencia de cada uno, cosa que antes era la conciencia de la Iglesia la que se imponía a las conciencias particulares. Entonces, esa es una apertura muy buena, pero la Iglesia, para no desdejarse, pues los teólogos encuentran que es que, además de la Iglesia visible, está la invisible y la gente de buena voluntad, que tiene el mismo espíritu de bondad de creer en Dios... y que “si conociese la Iglesia Católica se convertiría”. ¿Se convertiría?, en el Japón la conocen y no se convierte nadie.



La Orden Jesuita es principalmente docente y de las de disciplina más férrea y de cultura mayor, juntamente con los dominicos. La Compañía de Jesús nace de España, nace en 1540. Se la expulsa de España en 1931 y vuelve en 1939, al terminar la guerra. Vuelve, y muy contenta de volver, porque se le devolvió todo: las casas, los bienes, todo lo que tenían.

La pedagogía del Sistema, dentro de la religión, es competitiva y con una mentalidad beligerante. La religión es un “ejército de salvación” del mundo y San Ignacio de Loyola, claro, era militar. Él defendió Navarra de los franceses. Él, primero, fue militar y luego se convirtió. Con la pierna... cojo, porque le cogió una *bomba* y en el retiro ese empezó a leer el evangelio, libros santos y demás y se convirtió. Pero siguió con su espíritu militar, por eso la llamó *Compañía* de Jesús, “Compañía del Tercio”; claro, los tercios militares en la compañía. Y toda la Iglesia tiene el espíritu beligerante: “el misionero es la persona que va a convertir, a arrancar de sus tinieblas a los gentiles, a los paganos...” y, ya, después del Concilio Vaticano II, las misioneras de la caridad de Teresa de Calcuta no tratan de convertir a sus enfermos en la India, sino de curarlos nada más. Pero antes, era toda una formación beligerante.

Mi hermano escribió “¿Habló Yahvé?”, sobre la Biblia, que lo escribió cuando salió de la Orden. Bueno, lo escribe antes, pero, luego, lo tiene que *reescribir* porque el original se “perdió”, se lo extraviaron. Era un libro que entonces hubiera sido muy necesario, pero era muy escandaloso el libro, porque realmente la Biblia, la inspiración divina, que Dios dicte... todo eso es una leyenda, pero él hizo un análisis racionalista tremendo.

Coincidimos los dos -sin saberlo- en las crisis en el mismo tiempo. Él un poco más avanzado porque ya había hecho el análisis de la Biblia, pero yo antes de empezar mis crisis ya tenía dudas porque, claro, la vida cultural, el mundo de la literatura *extraeclesial*, eso era fantástico. La cultura y los hombres fantásticos que hay en esa cultura; ver todo eso,

para mí fue un golpe, pero ¿cómo?, entonces, ¿todos estos señores son los que se condenan? Todo empezó con aquella biblioteca que yo empecé a organizar, donde no estaba “La perfecta casada” de Fray Luis de León y otras muchas.

Yo escribí una carta a mi buen amigo Cobos donde le expliqué claramente los fundamentos de mi abandono. Es una carta que yo estaba obligado a escribir porque había puesto tanta ilusión en mí ese bendito -bendito y *pícaruelo*- Padre Cobos. Es una síntesis maravillosa, porque tenía una especie de bondad y de amplitud y al mismo tiempo era una persona que tenía una segunda intención, una fina malicia, era pícaruelo. Bueno, me apreciaba excesivamente y, claro, ¿cómo yo, a un hombre que hablaba conmigo con tanta confianza, que me quería tanto, no me despido de él y no le digo nada? Es una falta a la amistad, es un verdadero extravío de la amistad eso, dejar a un amigo íntimo que te aprecia tanto...

Le escribo la carta después de dejar la Orden. No le dije nada antes porque propiamente la Orden prohibía hablar de las crisis de uno y de las dudas de uno con nadie. No obstante, yo me salté esa regla y hablé con varios reverendos y varios seglares. Yo antes, había hablado, había contado mi crisis al provincial y a algún que otro padre, profesor, doctor, a padres de alumnos y a compañeros profesores. Hablé, me la salté porque me parecía que era de derecho propio. Sin embargo, con éste no hablé porque lo iba a sumergir en una situación tan embarazosa...

Una vez que yo hablé con los superiores -con los Provinciales- ya, todo se preparó: “vamos a guardar las formas y a ver el curso que viene, a resolverlo para el curso que viene...”. Ya, quedo libre de la responsabilidad de la dirección espiritual, de la dirección religiosa; fue ya el final. Una vez decidido, se aprovechó el verano -que todo se diluye-, ya era: ¡evitar el escándalo!

Ese día que salí de la Orden, un siete de julio por la tarde, bueno, es que todavía era jesuita, porque hasta la firma, hasta que se firman las letras dimisorias, uno sigue siendo de la Orden; pero ya, no volví a firmar, no. Fue el Provincial al Norte, donde yo estaba, a buscarme. Fijate, para ir, primero, a un veraneo -que me tuve que pagar- y, luego, todo lo que venga, con un solo traje y seis mil pesetas que me dieron. Tuve que pedir prestado a un amigo que me dio, no sé si cincuenta o sesenta mil pesetas.

Mis padres mueren ya mayores. Mi madre muere después de cambiar mi profesión, después, pero durante un año la tuvimos sin que se enterase y murió piadosamente. Mi padre había muerto antes del cambio, así que no... y mis hermanos, bueno, mis hermanos lo vieron muy bien, muy bien. Aunque, las hermanas, que tenía tres hermanas religiosas y misioneras, ¡figúrate!. Vivían las tres entonces, aunque ahora sólo queda una viva, sólo una religiosa en vida, que ha estado aquí este verano.

En general, mi familia -exceptuando las hermanas religiosas- lo vieron bien, bueno, hay otra hermana y mi sobrina, que les dolió muchísimo, pero se portaron muy bien.

Esta hermana y mi sobrina me acogieron en Madrid -la madre y la hija-, pero les supuso un golpe terrible. Pero no puedo quejarme de ninguno, ni de las monjas tampoco, se portaron todos muy bien, aunque el dolor, el impacto fue terrible. El dolor de que para ellos yo era un santo y tenía que ser un santo y resultaba que me convierto en un demonio. Esa es la mentalidad que había entonces y por eso hubo tanto dolor. Esa mentalidad, más tarde, empieza a relajarse un poco. Ahora ya no llama tanto la atención que un cura deje la Iglesia, que un cura se case.

Afortunadamente, en la salida de la Orden tuve apoyo de varios amigos que se portaron realmente muy bien conmigo, pero eso fue... Bueno, no digamos la vergüenza, porque uno tiene que cambiar de documento nacional de identidad, porque ya no es religioso y, entonces, hay que ir a la policía y decirlo, para hacer el canje. Todo eso, ese verano...

Bueno, pues un amigo me buscó un alojamiento en el Norte, porque me fui de Madrid, pero lo que querían era que me fuera un poco más lejos, querían que me fuese a América, a una universidad. Y empecé a dar algunos pasos por si acaso, pero aquello... Me ofrecieron, en Méjico, en una universidad, un trabajo durísimo, durísimo, muchísimas clases y dije que no. Y me quedé aquí, felizmente.

Ya, unos meses después, empecé yo con las traducciones y trabajando en algunas empresas, pero antes, de prestado. Tuve que alquilar en Madrid, cuando volví. Mi hermano también vivía en Madrid entonces. Él no se casó, murió de cáncer hace 6 años. Él era un talento... Terminó por afincarse en Benidorm y yo seguí, en Madrid, con Anaya y lo demás. Aunque yo, cuando me jubilo, también voy a Benidorm, bueno, cerca de Benidorm en una pequeña urbanización.



Mi profesión, en el DNI, es de escritor-profesor. Después de salir de la Orden di clases en la Escuela Superior de Marketing y lo compatibilicé, casi hasta el final de mi vida activa, con mi trabajo en otras empresas, pero donde más estuve y donde me jubilé fue en Anaya.

En Anaya estaba empleado para la publicación de libros universitarios y más tarde organizo y dirijo el "Gabinete de estudios económicos sociales". En ese gabinete se inscribieron 70 grandes empresarios de España. Ahí tengo la foto de cuando el Rey nos recibe, a mí y a los integrantes de varios años, todos ellos personajes importantes del mundo empresarial y universitario español. Ya, me jubilé siendo el director de este gabinete en 1982, a los 66 años.

Me casé a los 6 años de haber abandonado la Orden, en el año 71 o por ahí, y vivimos en Madrid. A mi esposa la conocí a través de una enfermera en Suiza. Ellas se conocieron en Ginebra como enfermeras españolas las dos y a esta otra enfermera la conocí yo en Delemont y ésta, cuando se incorporó, también en España, me buscó y me localizó y me habló de presentarme a otra enfermera... y esa fue mi esposa.

El noviazgo fue muy lento. Yo no me encontraba del todo seguro ni inclinado, así que estuve unos 2 ó 3 años dudando en qué camino, si seguir soltero o no y, bueno, pues al final, sin sello de urgencia ni nada, me decidí. Dije: “cualquier camino que elija, va a ser siempre... me va a recordar el otro camino”. Claro, toda opción lleva consigo una renuncia y la no-opción, otra renuncia, es una lotería.

Nos casamos y no era yo muy partidario de “por la Iglesia”, pero ella sí y, entonces, pues, tuvimos que solicitar la facultad especial y hacerlo, vergonzosamente, en privado para no escandalizar. De la misma manera que, Gumersindo de Azcárate, el gran político y jurisconsulto, diputado durante 40 años por el partido republicano, quizás uno de los hombres más honrados de todo el siglo XIX en España. Gumersindo Azcárate en sus segundas nupcias, al haberse profesado como incrédulo y ser su nueva novia católica, tuvo que pedir a Roma dispensa. Después de varios años de lucha, finalmente se la concedieron, pero con la condición de que se casase fuera de España, “para no escandalizar”.

Y yo también, me casé en España, pero medio en secreto. Hacía falta la licencia eclesiástica, porque se considera que el sacerdote lleva consigo el voto de castidad, el celibato, entonces tiene que venir la dispensa de este celibato y eso tuvo que venir de Roma, del Papa. Nuestra boda fue en la sacristía de la Almudena, con dos testigos y los clérigos, pero en plan secreto, no divulgado, sin ceremonial de nada.

Luego, nos fuimos a Benidorm, porque queríamos los dos terminar en el campo y salir de la ciudad. Por eso, al jubilarme yo, cambiamos. Vendimos en Madrid y compramos en Benidorm.

En la jubilación me dedico más a escribir, pero yo he llevado siempre el escritor dentro. Sin una manifestación clara, sin una idea clara, en el fondo, me ha atraído exponer mis puntos de vista, mis ilusiones, mis sentimientos, mi sensibilidad y proyectar lo que siento. Entonces, lo proyecté en el comienzo de la vida pastoral, digamos, con varias obras de tipo espiritual, que tuvieron mucho éxito, mucha acogida. Después, fueron libros de orden más socioeconómico.

Cuando me jubilo es cuando me siento más natural, más libre, más espontáneo, menos retenido o constreñido por una profesión, por un sistema de vida... Es decir, me encuentro *liberado*, me encuentro a mí mismo. El encuentro definitivo conmigo mismo lo hallo con la jubilación. En realidad me estoy proyectando en diversos caminos, diversas orientaciones, pero hasta dar con la sustancia y la sensibilidad, con mi manera de ser, de pensar y de comportarme es después de terminada mi vida activa.

Honradamente, el matrimonio no fue un éxito. Estamos separados de hecho, pero no de... fue amistosamente. Ayer mismo, la llamé; los sábados la llamo y le escribo todas las semanas. Es menor que yo 11 años y era enfermera, pero lo dejó porque ella se afectó muchísimo por no tener hijos y cosas de esas y, bueno, pero ella ahora está muy bien.

La separación fáctica de mi mujer la bendijo el que me siguió a mí en el cargo des-

pués de irme del ICADE. Bueno, antes de él estuvo otro profesor que era seglar, pero inmediatamente después a ése, que era un alto cargo de CEPSA y era profesor. Bueno, pues le sucedió en el cargo un jesuita que fue alumno mío de postgraduados. Este señor fue el que bendijo nuestra separación hace unos años.

Es curioso que la Iglesia y los poderes públicos estén muy atentos a las uniones y, sin embargo, que no se enfrenten y no se presenten a la hora de las desuniones, que es un fenómeno tan humano y tan universal como el de las uniones. Y ahí no quieren saber nada no, sino estorbar. O sea, se facilita y se entrena en la unión... las iglesias creyentes tratan de informar y preparar y en cambio, cuidar de la terapia de cuando no resultan los matrimonios, de eso nada. Sobre esto Bogart dijo cosas muy serias: que los poderes públicos, civiles y eclesiásticos, deberían atender mucho más el fenómeno de separaciones que es más lacerante, más traumático, para arropar, prevenir y ayudar; en vez de al revés, crear un ambiente de hostilidad.

Seguimos juntos hasta hace 2 años que yo me vine a Murcia y ella no quiso venir aquí, se quedó en Benidorm, pero seguimos en relación. Yo la escribo todas las semanas y nos llamamos por teléfono. A ella no le ha gustado Murcia. Teníamos allí un chalé y una casa, teníamos dos, teníamos separación de bienes. Ella tenía su piso allí y se quedó.

Vuelvo a Murcia en gran parte por mi hermana, que estaba inválida -la madre de esta sobrina que te he hablado- que estaban en Madrid, pero como estaba inválida mi hermana, su hija anticipó la jubilación y se vinieron a Murcia. Ellas estaban en Madrid porque a mi sobrina la destinaron allí. Se vinieron las dos aquí. Yo me vine a Murcia y cerca de ellas para estar al lado. Cerca, pero con independencia.

Los que somos tan torpes -como yo- necesitamos mucho, mucho tiempo para ver las cosas. Porque yo tengo un sobrino mío, que antes fue seminarista aquí y abandonó. Y le decía yo: "fíjate tú, qué listo has sido, a los 18 ó 20 años ya viste lo que yo tardé más de 40 años en ver". Tardé tanto porque entonces la cerrazón mental era tal que no se podía...

Cuando dejas la Orden, bueno, se tienen limitaciones de orden material, pero al mismo tiempo se tiene la libertad, que vale más que todas las satisfacciones, facilidades y comodidades que te da el pertenecer a una comunidad que te va a alimentar y te asegura la vida, el descanso, hasta las vacaciones, si es que quieres tenerlas, pero la libertad vale mucho más.

Y luego, claro, nosotros terminamos de allí y nos quedamos sin seguro, sin seguridad social. Por eso yo tengo una pensión tan baja, bajísima -102.470 pesetas. Vivo de alquiler, porque pienso que a mi edad es lo que hay que hacer. ¿Para qué meterse otra vez y pagar al Estado?. Compras, ventas, compra otra vez y, luego, los herederos...

Yo vivo aquí, solo, feliz, lo que a la gente le incomoda y le deprime, los días festivos y eso, pues yo, trabajo y los disfruto más, porque estoy más solo y más recogido, más con mis libros.

Mi sobrina viene de vez en cuando a ayudarme en la casa, pero la casa la llevo yo de hecho; de casado, yo atendía mucho a la casa. Y en la Orden cada uno se tenía que hacer su alcoba., aunque la comida, bueno, teníamos cocinero... Me gusta tener el mínimo de muebles y que la fregona se deslice rápida. Casi no cocino porque voy aquí cerca y traigo hecho a casa.

En Navidad escribo a unos 50 amigos, casi todos en Madrid, aunque alguno en Barcelona y otras partes, pero de los 50, más de 40 están en Madrid. A Madrid ya no voy. Aunque me paguen y de puerta a puerta, no voy. Pero yo los invito a que vengan y, bueno, lo prometen; pero luego, unos son mayores, otros -sobre todo los alumnos- son más jóvenes, pero están muy ocupados con los trabajos y las familias, los negocios y demás... Y es que Murcia, vivir en Murcia es desterrarse de España, esto es un apéndice. A las Canarias se va mucho más fácil que a Murcia.

A algunos amigos les he perdido la pista, como Pepe y Mari Ángeles, porque se han ido cambiando de domicilio y en uno de esos cambios los perdí. Aquí en Murcia tengo pocos amigos todavía. De vecinos, me relaciono con una pareja joven que viven aquí al lado.

Ahora sigo con mi actividad escritora. Entre llevando la Asociación de Amigos de la Lectura y mi estudio, mis trabajos, mis lecturas... sí, mi vida intelectual es lo que me ocupa casi todo el día.

La Asociación de Amigos de la Lectura nace porque mi vecino de ahí al lado me dice que le eche una mano. Él se encargó ese año de la Feria del Libro de Murcia y me pidió que le ayudase y se me ocurrió crear algo estable, una plataforma estable: una asociación que abandere el interés por el libro y la lectura. En la asociación, yo soy el alma. No tenemos todavía muchos socios, porque es una asociación de personas que quieren dar algo; dar, no pedir. Ahora hemos regalado unos libros a los pensionistas, un libro de Moncho Borrajo, el día del libro, vinieron muchos. También hicimos lo del galardón al escritor, que se lo dimos a Gloria Fuertes.

Yo he perdido la fe teológica, pero me queda la fe del misterio, es decir, tener este mundo maravilloso... y cruel. Misterio, porque, ¿quién entiende algo de esto? No, nadie entiende nada.

Toda la formación que yo he tenido -antes y después de la Orden- y todo lo que he viajado me han ensanchado la mente y la sensibilidad, sobre todo la mente. Y los viajes, que te hacen universal, te dicen que el bien y el mal no está en los ingleses o franceses... ¡está repartido!

En Murcia, febrero de 1998

Manuel Sánchez Alarcón



Mujer, telefonista, 86 años.

A mí en mi familia me llaman *la Nena*. Como soy la mayor empezaron a decirme eso y, ya, todo el mundo *la Nena*. Y en otros sitios, *la Nena la Febrera*. Me dicen *la Febrera* porque me llamo de apellido *Febrero*, por mi madre. Me llamo *Josefa Muñoz Febrero*.

Nací el 25 de abril, voy a cumplir este mes que estamos 86 años. Yo nací aquí, en Las Torres de Cotillas. Nací aquí, en esta casa vieja; aquí nací yo, todavía la mantengo. Yo vivo sola y no me ayuda nadie en la casa, como yo estoy ágil todavía.

He sido telefonista, pero mi madre ha sido la que más ha sido y una tía mía que se murió, también, y otra prima, que está en Murcia viviendo ya muchos años, también. Es que yo siempre he *estao* trabajando fuera. Yo estaba aquí, en lo del teléfono, *mayormente* por la noche.

Aquí, del *familión* que éramos, nos hemos quedado... “todos se han ido con amo”, como yo digo. Yo me quedé aquí, como no me casé. No tuve ninguno, novio-novio, los despedía enseguida; que no era yo para casarme. Y me da gusto a mí que la gente se case y que tengan hijos y todo...

Eramos cuatro hermanos: dos *hermanicas* y dos hermanos. Yo era la mayor. Detrás iba un hermano mío que se murió hace 2 años o 3, Pepe, y luego, Juan, que también murió. Ahora quedamos dos, se han muerto los dos varones de en medio. Hemos *quedao* una hermana mía, Paquita, y yo. La hermana es la pequeña, la más joven. Ella también estuvo en el teléfono, pero como era la más *jovencica* es la que menos ha *estao*. Ella se colocó ahí, en Beltrán, en la oficina y ya me quedé yo más a lo del teléfono. A ella le gustaban más las cuentas que a mí.

Yo era la mayor; luego, mi hermano se llevaba 2 *añicos* conmigo, el segundo; luego, el tercero, se llevaba con el segundo 6 años y, luego, ése con mi hermana 16 años y medio. Y yo, con la menor, me llevaré casi 24 años. Yo es que fui como la madre para mi hermana pequeña. Teníamos tanta *pesaombre* porque mi madre estaba embarazada, ¡qué lástima! Llorábamos nosotros y le decíamos: “mira que ya somos mayores mamá”. Y ella: “hija pero, ¿qué quieres que haga yo si...?”. Y una tía mía, que estaba viuda y estaba aquí con nosotros, que tenía una máquina de hacer punto, que hacía punto aquí, en mi casa... Estaba viuda, se quedó viuda de 21 años, y le decía: “tú no tengas pena ninguna, que tú verás como te lo vamos a criar y ya está”. Y, ya, nació mi *hermanica*, que se llama Paquita.

Y, ahora, quedamos las dos, los otros se han muerto. Vivían uno en Sevilla y el otro aquí. Ellos se casaron y se fueron, y mi hermana, que era la menor, después se casó y también se fue; y, yo, como no me he *casao*, pues aquí estoy.

Uno, Juan, estaba en Sevilla, me quería mucho y yo también a él. Va a hacer 7 años ahora en julio que se murió, el día cinco de julio. Ése estaba en las oficinas de RENFE, es-

taba muy bien colocado. Tiene un hijo médico y el otro es cura, sacerdote. Su mujer era de aquí, ya eran novios cuando sacó lo de RENFE. Primero estuvieron viviendo en otro sitio y luego ya se quedan en Sevilla y tuvieron dos hijos: uno, cura y otro, médico.

El otro hermano, el de aquí se llamaba Pepe, éste se dedicaba a... trabajaba por ahí por el Cenajo, y luego estaba con los albañiles, y se jubiló también y le quedó una paga buena. Los hijos de este hermano mío están en Barcelona, se fueron allí a trabajar. Es que tuvo un fracaso con la mujer y ella se fue a Barcelona con los cuatro críos, que tenía allí un hermano ella. Se separaron muy pronto, eran los críos muy pequeños. Ya murió, a los 82 años.

Aquí, en el pueblo, no tengo ningún sobrino, tengo la hermana, mi *hermanica*, que volvió de Cartagena ya.



Mi padre vendía carne, ahí mismo en la puerta, en la calle. Ahí tenía la mesa -grande- y aquí vendía. Era como una carnicería, pero en la calle. Él vendía cerdo, cordero y eso. A mi padre le decían Rafael, *el Carnicero*. Él sacaba una tabla grande ahí a la puerta con ganchos para colgar la carne -las piernas y eso- y ahí la vendía. Y, ya, cuando se terminaba la venta, ya cerca del mediodía, entonces metíamos la mesa ahí, a la casa de al lado, que era nuestra. Y como aquí hace por las mañanas sombra, pues se estaba fresco ahí vendiendo. Y por la tarde ya no vendía, por la tarde mataba en el patio; pero embutido y eso él no vendía, sólo carne. También iba a matar a las tiendas, también era matachín y allí sí hacía longaniza y eso. La carne que no vendía por la mañana la ponía al fresco, en las cámaras de arriba, ahí colgadas y se conservaba. Entonces no había frigoríficos como ahora, pero la carne estaba más buena y se conservaba bien, pero ahora la carne, la compras hoy y mañana ya echa espuma en la sartén. ¡Qué mala está la carne hoy! Mi madre le ayudaba mucho a él a vender y a partir las cabezas. Y vendía cordero tierno y otro más duro para la gente más... más *pobretica*. Él ganaba bien, le iba bien eso... Su padre también era carnicero, también mataba y eso. Y sus hermanos también eran matachines, pero de vender carne sólo mi padre, sus hermanos, no; los otros mataban nada más.

Mi padre murió en la guerra y mi madre hará ya 24 años o por ahí que se murió. Ella estuvo, primero, que le daban cólicos al riñón y, luego, pues se murió... Ya nos habíamos quedado las dos solas en la casa, mi hermana y yo, nos quedamos las dos.

Mi hermana tenía 2 *añicos* cuando se murió mi padre; mi padre murió en la guerra y ella también nació en la guerra. Mi padre murió porque tuvo pulmonía y, entonces, no había tantos adelantos como hay ahora de penicilinas y eso. Entonces es que no había *ná*; si aquí no había ni farmacia siquiera, teníamos que ir a Alguazas a por los medicamentos.

Mis hermanos estaban en el frente cuando mi padre murió y entonces vinieron y, ya, me parece que no volvieron. Es que, cuando la guerra, ¡vaya desastre!: se muere mi padre, luego, mi tía... Una pena tanta...

Mi tía vivía con nosotros porque su marido era factor de la RENFE y le daban la casa donde estaban. Ellos vivían antes en una estación de Alcázar de San Juan, pero el marido se puso enfermo y se vinieron aquí. Murió de tuberculosis, porque al marido le gustaba mucho la caza y salieron a cazar por allí, por donde estaban, y les salió una *maná* de cerdos jabalí -esos cerdos son malísimos- y al verlos como venían para ellos se subieron a un árbol y cuantos más tiros les daban a los cerdos más se ensañaban los cerdos. Y del susto, que se asustó mucho, se le hizo una bolsa de pus en los pulmones y, ya, mi tía se vino con él malo aquí, que se le ponía la sangre congelada. Y se vino aquí a mi casa, y aquí se murió, y con la cría que tenía entonces nueve meses la chiquilla.

Y, luego, cuando la guerra, es cuando se muere mi tía y, ya, mi prima se quedó con nosotros. Nosotros le guardamos los muebles ahí, bien guardados, y la ropa de su madre y todo. Y ya se casó y se fueron a Murcia, con los cuatro críos que tienen. Ella viene de vez en cuando y yo he estado muchas veces en su casa. Ella estuvo aquí, en mi casa, como una hermana más. Nosotros somos como sus hermanos y mi madre, pues, su otra madre. La pobre, se quedó sin padre de nueve meses y sin madre de 14 años. Mi prima se llama como mi hermana, Paquita. Como la abuela se llamaba Paquita, pues las nietas Paquitas. Mi tía y mi madre eran hermanas.



Fui a la escuela, pero no fui muchos años, no me acuerdo cuántos, pero pocos. Aprendí así de cuentas y a escribir y leer, pero poco, me puse a trabajar joven. Me puse a trabajar en la conserva y también cosía aquí para fuera y eso. Desde los 13 ó 14 años ya estaba yo trabajando y cosiendo. Tuve varias maestras: una que le decían doña Regina y otra que le decían doña Juana. Ahora hay muchas escuelas, antes sólo había una para los niños y otra para las niñas. Fui poco, lo de las cuentas es que no me gustaba, y sigue sin gustarme, porque las del teléfono las hacía mi madre y luego, a mí, me las hacía mi hermana. Yo de cuentas no sé, no entiendo de cuentas.

Yo, es que he llevado una vida muy atareada, no paraba; entre la fábrica, lo de coser y el teléfono, pero ahora es cuando estoy tranquila. He trabajado mucho. Yo alternaba la conserva con estar aquí en el teléfono. He “corrido” todas las fábricas; iba a una, a otra, pero siempre en las temporadas. Es que entonces se pagaba poco, como los precios estaban muy bajos.

Lo del teléfono fue porque entonces *era* solamente un teléfono y estaba en el casino y el muchacho del casino le dice a mi tía ésta viuda, que se llamaba Valeriana: “yo me he acordado de ti, que mejor que tú nadie va a poder hacer este trabajo”. Porque querían poner más abonados y éste ya no tenía tiempo de estar asistiendo a los abo-

nados y llamar a fulano y de conferencias y de todo eso. Y se lo pusieron a ella. Y de eso que *habían* dos o tres abonados, pues luego *habían* más de cien. Y ya se puso aquí. Y mi madre y mi tía fueron las que aprendieron al principio; lo llevaron entre ellas, al principio.

Esta tía mía se murió en la guerra, o sea, que el teléfono se pondría antes de la guerra, antes de morir mi padre. Entonces, claro, al morir mi padre, mi madre ya tenía el teléfono aquí y ya ganaba ella algo...

En la Guerra Civil, ¡bueno!, como éramos de derechas, ¡juy!, ¡nos perseguían como demonios!. Ahora ya no es lo mismo, pero antes te perseguían. Yo, ahora, también soy de... bueno, que no me gustan las cosas que hacen los de izquierdas; pero lo que quiero es que mande bien quién sea, y que le dé de comer a los pobres y a los jóvenes, que no pueden trabajar las criaturas. No pueden comprar los pisos, que están a millones y millones... ni se pueden casar tampoco, ni nada... porque como no trabajan, pues nada.

A mi padre la República es que no le gustó. Y luego, claro, como la gente sabía que aquí teníamos ornamentaciones y eso de la iglesia, pues venían a que se los diéramos y les decíamos que los habíamos dado ya. Los rojos como sabían que mi tía tenía ropas de santo y eso, pues venían a por ellas para quemarlas, que ellos lo quemaban todo. Lo de los santos, lo rompían todo.

Aquí durante la Guerra Civil se sufrió mucho, como sabían que éramos de derechas... Y llamaban del Gobierno Civil: “vamos a sacar a fulano”. Y decía mi madre: “Nena, mira lo que dicen, que esta noche van a venir a llamar a éste de aquí al lado”. Se llevaban a los que eran de derechas y... ¡madre mía, aquello!

Esta tía mía, que estaba siempre *malica*, se venía y se ponía ahí fuera en el patio y era la que decía: “que llama el teléfono”, y yo: “voy para allá”. Durante la guerra no podíamos tener el *ventano* abierto, con luz, teníamos que tenerlo cerrado, para que no se viera luz de la calle porque, si no, venían a decirnos... No querían que llamáramos.

Yo, luego, me fui con mi tía ésta a Valencia, para que le pusieran radioterapia, para quemarle en la matriz y me fui, no sé si fueron dos veces o tres, a Valencia, en todo “el golpe” de la guerra. Un vecino de aquí, el de los Carrillos, se tuvo que ir corriendo por ahí, muy lejos, al extranjero y su mujer tenía siete u ocho hijos. Pero con nosotros no se metieron en la guerra por tener el teléfono.

Cuando fui a Valencia con mi tía le dije a uno, que era de izquierdas: “fulano, que necesito judías, necesito arroz, necesito azúcar... porque me voy a ir con mi tía y como vamos a ir a una casa particular quiero llevarme comida bastante”. Hasta en botes de conserva, nos lo llevábamos, porque freíamos pollo, conejo... y todo frito, lo llevábamos a la fábrica, nos lo cerraban al baño maría y nos lo llevábamos a Valencia para comer allí. Y todo eso era de estraperlo, porque como estaba escasa la comida en todas partes...

Y fuimos tres veces a Valencia, pero no se solucionó nada. Allí le quemaron y eso... Y estando allí, había unas bombas que ¡madre mía!. Fuimos en un turismo alquilado una vez y otra fuimos en el tren, que luego se pararon las líneas y no podía pasar el tren. Mi padre se vino con nosotras la primera vez. Él no tenía coche, él iba al *mercao* en el coche de línea y, luego, le traían los cerdos y eso en una camioneta que encargaba y los dejaban ahí, en un patio que teníamos ahí fuera. Es que hemos *pasao* de to, por eso no tengo ni ganas de vivir algunas veces.



Cuando pusieron el teléfono aquí ya trabajaba yo en la conserva. Pusieron *na* más que un teléfono solo, que era el teléfono del pueblo, que antes estaba en el casino de ahí. En la conserva estuve primero en la de don Salvador Escrivá, ahí en la salida del pueblo; donde están ahora los de Hernández Pérez, al lado de las monjas. Ahí estuve trabajando muchísimos años. Luego, hicieron ahí detrás de mi casa otra fábrica los de Carrillo y ya me vine a ésta, que la han tirado ya. A ésta iba yo por ahí detrás: salía por mi patio, cruzaba la acequia y me iba.

¡Ah!, y también estuve yendo, cuando era *pequeñica*, a La Florida, que estaba cerca de Alguazas, que era la que más lejos estaba, la que peor me “pillaba”. También estuve en la cooperativa esa del campo, que estaba muy cerca, que también era de conserva y se trabajaba el tomate, el pimiento y todo eso.

El trabajo de la fábrica era duro; pero yo siempre he tenido *buen oficio* en las fábricas, siempre estaba *mirando* botes vacíos. En la fruta y eso casi nunca me ponían. También me ponían a hacer botes; porque primero, antes de hacerlos nosotros aquí, los botes los traían de importación hechos -del extranjero- y nosotros los poníamos bien puestos, *apilaicos*: los de kilo, los de medio; todos bien puestos, uno al lado de otro. Allí se hacía melocotón, tomate, albaricoque... también se hacía carne de membrillo, mermelada. Pero en Escrivá yo siempre estaba en hojalatería, haciendo botes siempre. Ahora, de todas esas fábricas, sólo quedan dos.

Yo no trabajaba todo el año entero en la fábrica, porque me cansaba y no iba. Como era jovencuela, y la verdad, que tampoco... que no me hacía mucha falta de trabajar, porque ya mis padres tenían para darme de comer. Pero claro, iban todas mis amigas y me decían: “venga, vente, vente”. Allí, en La Florida, me pagaban a cincuenta céntimos, ¿cómo sería de pequeña y lo que haría para pagarme eso de sueldo?

A la fábrica íbamos siempre andando, lloviera o hiciera sol... Y luego, algunas veces, tardaban meses en pagarnos. Antes-antes se trabajaba el albaricoque y el melocotón, pero luego, ya, se empezó a hacer el tomate, el pimiento... Ahora hacen de todo, y también guisos y alcachofas, de todo. En la conserva es que trabajábamos todas las mujeres del pueblo, las solteras, las casadas... es lo que había por aquí.

¡Ay señor!, he trabajado mucho. Y cuando salía de trabajar, a coser aquí: camisas y *ba-*

bericos... y *faldicas* para las nenas. Ellas me traían la tela y yo la cortaba y la cosía. Y a lo mejor me pagaban cuatro o cinco pesetas por coser la camisa entera. A mí me enseñó mi madre, que le hacíamos pantalones a mis *hermanicos* cuando eran pequeños. Yo podía haber vivido de coser sólo, pero es que eso también cansaba, y se pagaba poco; por eso con el teléfono y la conserva, pues tirábamos, si no... ¡Vamos!, pues no he trabajado *ná*, por eso tengo la espalda *perdía*.

Y cuántas veces venía de la fábrica y me estaba esperando mi madre para que fuera a avisarle a alguien de una conferencia. Y enseguida me tenía que ir, otra vez a trabajar a la fábrica. Y todo eso andando, con los pies, que algunos estaban a más de dos kilómetros de aquí, ya fuera del pueblo; pero claro, eso era también el trabajo del teléfono: recibir llamadas y dar el aviso.

El teléfono, al principio, el que venía a llamar pagaba por el tiempo que llamara; se ponía el minuterero y se veía el tiempo y lo pagaban. Pero a nosotros nos pagaban muy poco, por eso mi hermana y yo nos tuvimos que ir a trabajar. Mi hermana ya entró en la oficina de la fábrica de Beltrán y allí estaba con lo del teléfono también. Y, yo, ya estaba más en el teléfono que ella, pero las cuentas me las hacía ella. Y mi madre también ayudaba. Cuando me salía algo en la fábrica me iba... y así estuve.

Con lo del teléfono éramos muy conocidos y había mucha gente entrando y saliendo todo el día de la casa. Se hacían muchos amigos aquí, pero yo, ninguno me gustaba. Es que, a cada uno le sacaba su... Es que no me gustaba ninguno y que sería mi destino no casarme. Pero yo vivo a gusto, yo estoy muy bien.



La guerra fue lo que más entorpeció. Si mi padre se murió porque aquí no había nada, ni penicilina ni nada. Y se murió enseguida, que venía la gente y le decía a mi madre: “hija, pero si pensábamos que quien se había muerto era tu hermana Valeriana”, que era la que estaba mala ya un tiempo, que ni en Valencia le pudieron curar el cáncer ese tan malo que le dio.

Mi tía murió de cáncer en la matriz, empezó con hemorragias y cosas y reposos y cosas... hasta que se la llevó. Y mi padre fue una gripe mala, pulmonía tuvo, vino una vez del *mercao* de *ganao* y se enfrió y esa fue su muerte. Me acuerdo -como si fuera ahora mismo- de cuando él se murió: fue al *mercao* de ahí, de Alcantarilla, y compró el *ganao* y vino muy *tosío* muy *tosío* y... Pero no estuvo malo mucho tiempo, unos días nada más y se murió. Mi hermana pequeña estaba prácticamente recién nacida, que tenía un gozo el que *pa* qué: a su edad ya, y a la edad de mi mamá...

Durante la guerra nos fuimos a casa de don Pedro -el médico- porque él tenía qué comer. A él no le faltó; lo que faltaba era el pan, pan no había. Nos fuimos antes de morir mi padre... es que la mujer de don Pedro era prima mía, su madre era también hermana de mi madre.

Cuando mi tía se muere, el teléfono ya estaba aquí, en mi casa, fue ella la que lo trajo. A nombre de ella estuvo la primera vez y cuando ella muere se pone a nombre de mi mamá. Mi madre es que siempre le ayudaba a ella al teléfono y al punto que hacía ella. Y cuando mi madre se jubila el teléfono ya se puso a mi nombre. Pero en el teléfono estábamos todas porque mi hermana y mi prima también ayudaban. Bueno, mi hermana era más lo de las cuentas, que las hacía ella.

Cuando mi madre se jubila el teléfono lo cogió esta hermana mía porque yo no sabía bien de cuentas. Lo que pasa es que luego, a última hora, me lo pusieron a mi nombre y por eso me queda a mí la pensión. Y, ya, me dijeron en *la Telefónica* que me traía más cuenta de que me jubilara por la Telefónica que por la fábrica. Porque, claro, yo es que siempre he trabajado fuera; en lo del teléfono también aunque, cuando estaba en la conserva, sólo por las noches. ¡Bueno!, pocas noches que me tenía que levantar de la cama, cuando estaba más *calentica*. Al principio de ponerlo no llamaba casi nadie, pero luego, cada vez más.

El teléfono, no te vayas a creer que era fácil que había que hacer muchas cuentas. Yo apuntaba las conferencias: tanto vale, tanto, tanto... Tantos minutos, tanto... Y, luego, había que sacar las cuentas, pero yo las cuentas no... Mi madre sí las hacía pero, luego, era mi hermana quien las hacía, por las noches. Por la noche como se cerraba a tal hora la taquilla... Ya, se cerraba, y se hacían las cuentas del día. Porque estaban los que no tenían teléfono, que no estaban abonados, que esos venían a llamar aquí por la taquilla, pero si venían muy tarde y no podían llamar, pues se tenían que ir a casa de un abonado y nosotros se lo anotábamos al abonado. Estábamos todo el día, casi de sol a sol, con la taquilla abierta al público.

Los que estaban abonados llamaban desde su casa a la hora que les diera la gana; levantaban en su casa el teléfono y sonaba aquí el timbre. Y si estábamos acostados nos teníamos que levantar. Y mi madre era la que se acostaba más tarde, porque como yo me tenía que levantar temprano para ir a la fábrica o para coser y limpiar. Pero el que llamaba de la calle pagaba en dinero y, luego, nosotros teníamos que dárselo a Telefónica. Eso era más fácil.

Podían hablar más de uno al mismo tiempo, había cinco o seis líneas. Y nosotros, si hubiéramos querido, podíamos cerrar el timbre para que no sonara, pero no, porque si pasaba algo, algo urgente. Aquí, cuando ellos descolgaban decían: "ponme con tal número o ponme con fulano" y claro, ya, nos sabíamos todos los números. Porque ellos no podían marcar, no tenían clavijas en su casa y cuando ellos descolgaban sonaba aquí el timbre y caía el indicador y sabías quién llamaba: el cinco, el dos... pero tenía que estar todo el tiempo abierto y cuando sonaba el timbre caía su número y sabías quién llamaba; se le ponía el reloj y... Pero las llamadas a los del pueblo no se cobraban, se les ponía todos los meses una cantidad, aunque no

hablaran. Sólo tenían que pagar las conferencias, el reloj se les ponía solo para las conferencias.

El último sueldo que me pagaban era de veinte duros todos los días, tres mil pesetas al mes. Eso hace más de 20 años. Eso no era nada, una miseria, por eso nos teníamos que ir a trabajar a otro sitio. Mi madre se quedaba aquí algunas veces por las tardes, mi hermana se iba a otro sitio a trabajar también... Algunas fábricas las cierran, antes de jubilarme yo, que si no hubiera sido por el teléfono. Algunas las cierran porque la cosa ya no iba bien. Ahora, de todas esas fábricas, sólo quedan dos.



Todavía me acuerdo del ruido del teléfono. Me dio a mi lástima que se lo llevaran porque llevaba tantos años aquí. Si cada vez que oigo decir *de Telefónica* me da gusto oírlo, me da así...

Cuando yo me jubilo ya se cambia de aquí el teléfono, se lo llevaron a Alguazas, que estuvieron viniendo aquí dos muchachas a enseñarse y ya se lo llevaron a Alguazas. El teléfono estaba ahí, en esa pared había una cabina y había una *puertecica* con una *ventanillica* para el público, para fuera, para decir: ponme con Murcia, ponme con Zaragoza o con lo que sea... Y por ahí por la *ventanillica* esa le dábamos y por ahí pagaban. Y a los *abonaos* mi hermana es la que iba a sus casas a cobrar los recibos, todos los meses.

Estoy jubilada ya más de 20 años. Y ya, pues yo estoy *p'allá* y *p'acá* y le ayudo a la del estanco de enfrente; que mi vecina ésta, Beatriz, tenía el estanco y tenía un nene pequeño también, de 2 años. Tiene ya 22 años y está estudiando en Cartagena lo de ingeniero. Y, ya, el chiquillo ese casi lo crié yo, porque como ella estaba ocupada en el estanco, pues yo iba y le ayudaba, y todavía voy. Y ella tenía los padres muy viejos también, pues... Beatriz es menor que yo, todavía le faltan 3 ó 4 años para cobrar pensión, tendrá poco más de 60 años. Yo estoy con ella todo el tiempo que tiene el chiquillo ese, que tiene ya 22 años casi. Desde que era chico estoy ayudándole a ella.

Yo, después de jubilarme, ya no trabajo más. He trabajado mucho, de noche y de día. De día trabajando en la fábrica y de noche cosiendo y en el teléfono, ¡bueno! Se trabajaba mucho, pero se ganaba poco, porque los sueldos eran tan pequeños. Si nos daban aquí, en la central, veinte duros diarios, tres mil pesetas al mes, ¿qué es eso?, por estar aquí de servir a todo el mundo. ¿Qué es eso?, nada. Y había que estar aquí de noche y de día. Todo eso cuando éramos muy chicos. Trabajar en la fábrica igual, se ganaba como estaban los tiempos, malos y todo eso.

Yo estoy cobrando pensión hace mucho tiempo ya. Antes de los 65 años, porque me dolía mucho la espalda y me "sacaron" desgaste de la espalda o no sé qué. La cuestión es que no podía trabajar y cuando ya tenía 62 ó 63 años me la dieron, por lo de la espalda. Entonces ya me pagan por *la Telefónica* y, ya, no volví a trabajar. Me quedó una paga bien, más de cincuenta mil pesetas, cincuenta y dos o por ahí es lo que cobro.

Mi madre se muere cuando yo ya estaba cobrando partes, que le decía yo: “mamá me va a quedar una paga muy buena”, que ya estaba ella muy mala. Estuvo mucho tiempo que le daban cólicos, pero luego, en octubre, el día de la Virgen del Pilar, ya, se puso ella más trastornada, hasta primeros de diciembre que se murió. Estuvo unos tres meses mala.

Cuando se muere mi madre todavía no se había casado mi hermana, está aquí, en la casa, todavía. Nos quedamos las dos *solicas*. Se casó con un militar que era viudo. Era mayor que ella y con cuatro hijos, pero ya estaban todos casados cuando se casaron ellos.

Hasta que mi hermana se fue a Cartagena yo estaba aquí en mi casa siempre, no me iba al estanco a comer; bueno, ya entonces, cuando Beatriz se iba a por el tabaco, ya, me quedaba yo con el crío y también al *cuidao* de su madre que la tenía mala, pero sólo eso. Pero mi hermana estuvo poco tiempo en Cartagena, porque a él lo jubilaron antes, provisional, que si lo necesitaban tenía que incorporarse.

Cuando me jubilo salgo por ahí a hacer cosas, a casa de alguna vecina... No me aburro. Ya, por las tardes, después de comer y eso, voy un ratico a la casa del médico -don Pedro- que se murió, pero queda el hijo que se va a jubilar pronto.

A Beatriz la conocía de antes, ella estuvo conmigo en la fábrica hace mucho tiempo. El estanco era de su padre y cuando se murió lo cogió ella. Y cuando mi hermana se casó y se fue a vivir a Cartagena, Beatriz me decía: “pues no hagas de comer para tí sola, vente aquí”. Y como tenía el crío *pequeñico* y ella estaba despachando, pues, ya, iba y le ayudaba, pero a la comida; a cosas de limpieza y eso no. A cosas de *recaos*, de la comida, tenerle el crío... y, ya, pues todo el día de aquí a allí.

Al estanco voy un rato por las mañanas y otro por la tarde; pero yo el estanco no lo he llevado nunca, tiene unas cuentas muy difíciles. Yo estoy allí sentada, viendo la tele, y si tiene que planchar algo se lo plancho a la muchacha o le pelo las patatas para la comida, pero muy poca cosa. Como yo aquí no tengo *ná* que hacer, pues me voy para allá y le ayudo, siempre le doy algún punto y todo eso.



He tenido muchas amigas, muchas. Algunas se han muerto, otras están viudas. *La Consuelo* y *la Pilar* están viudas y *Bibiana* no se casó, ella es un poco menor que yo. Con *Bibiana* es con quien voy yo a misa y tengo mucha confianza. La veo casi todos los días. De jóvenes nos íbamos todas por ahí a pasearnos, que el paseo era ir a la estación en el verano, ir a ver los trenes pasar. Y en invierno ir por allí, por donde están las monjas, que hacía sol, íbamos por allí. Comíamos, nos poníamos un poco limpias -los zapatos y eso- y nos íbamos allí; porque a veces había bailes, ahí, en *Los Pulpites* y íbamos, allí, a ver la gente bailar. Entonces, es que este pueblo era muy *chico* y ahora se ha hecho grandísimo. Era más *chico* que los de al *lao*,

pero ahora se ha hecho... Ha crecido mucho esto, todo el campo se ha llenado de casas ya.

De *pequeñica* yo siempre iba con Bibiana, Consuelo, Pilar, Sofía... y con Angelita, que era muy amiga mía desde chica, que vivía aquí al lado. Entonces, la diversión era solamente cuando venían al casino los del piano, ese que le dabas con la manivela. También, que venía un carnaval... Y ahí, en la calle del Teatro, que había un cine, ahí también venía un pianillo de esos y ahí íbamos a bailar. No había *ná*, *na más* que eso; y, luego, los carnavales los prohibieron.

También íbamos a las fiestas de San Roque de Ceutí, que poníamos sillas en el camión de uno y nos íbamos todos a las fiestas y eso. Lo único que había eran las fiestas de los pueblos de al lado y casi siempre andando. Y aquí es que no había *ná*, no había tiendas, había que ir a Alguazas a por el hilo y eso; tampoco había farmacia. Aquí teníamos las conservas, que había tres que eran muy buenas: la de Beltrán, la de Escrivá y La Florida. Y venía gente a trabajar aquí hasta de Cehegín, que uno tuvo que poner como una pensión para que se quedaran a dormir y eso.

Yo iba con todas esas que te he dicho a la fábrica y, ya, cuando algunas se fueron casando, ya nos quedamos las tres solteras: Sofía, Bibiana y yo, que ya seguimos trabajando más tiempo en la fábrica. Éstas son con las que me junto ahora. Vamos a misa, a hacer visitas a los enfermos, a algún *recao*. Nos vemos casi todos los días. Bibiana va todos los días a misa, pero Sofía y yo no. Nosotras vamos los domingos y a las de funeral y eso, pero todos los días no.

El Hogar del Pensionista está aquí más de 10 años ya, pero yo no fui *ná* más que a *lo primero* dos o tres veces *ná* más. Venía el muchacho y me decía: "apúntate", pero yo no me apunté tampoco, porque como no quiero salir a ninguna parte, como me mareo en los coches. No tengo gana de hacer por ahí noches ni *ná* de eso. Mi amiga Bibiana sí se va alguna vez, como se van sus hermanas, pues, ella, algunas veces se va. Yo no tengo ya ganas de ir por ahí, si tengo ya 86 años, casi 90. Yo no tengo gana de viajar ni de eso, si a mi edad, ya eso no es... Como tengo así la cabeza, que se me marea, no, los viajes y todo eso no, no tengo gana.

He ido temporadas a Sevilla, a donde estaba un hermano mío. Algunas veces me he ido a Murcia a ver a mi prima, pero dos o tres días o así, poca cosa. Luego, cuando mi hermana se casó y se fue a Cartagena también estuve unos días con ella.

Yo duermo ahora en casa de mi hermana porque, ya, me da miedo dormir sola por si me constipo, que me constipo mucho en el invierno. Y, ya, hago por aquí unas cosicas, limpio un poco y enseguida me voy para allá un rato, al estanco. Luego, me voy a casa de otra vecina, luego, a visitar los enfermos... Pero en el verano duermo aquí, no me voy a casa de mi hermana, como son las noches cortas y la gente va pasando de la discoteca esa. A su casa me voy en el invierno, a dormir.

Mi hermana me sube el café a la cama y todo, todos los días. Yo le digo que yo bajo, que ya no hace frío, pero me lo sube. Todas las mañanas igual. Me levanto, me lavo, me hago mi cama... estoy un *ratíco* allí y enseguida me vengo aquí, a mi casa, a *mi casa vieja* como digo yo; porque esto ya no es una casa, esto es un solar, esto hay que meter la pala, no está ya para vivir. Si lo íbamos a vender hace unos años. Me voy a ir, allí, con mi hermana. Esta casa es de las dos, porque a mis hermanos les dimos la otra casa que teníamos y ellos la vendieron y partieron las perras. Mi padre es que tenía varias casas, a él la carnicería le iba bien, teníamos perras cuando él vivía, pero ya, después...

Cuando me pongo mala me voy también con mi hermana. A ella le gusta que yo esté allí y a su marido también, me cuidan los dos.

En Las Torres de Cotillas, abril de 1998

Josefa Muñoz Febrero

A handwritten signature in blue ink that reads "Josefa Muñoz". The signature is written in a cursive style and is underlined with a single horizontal stroke.

Mujer, labores del hogar, 92 años.

A mi nieta le pusieron Genoveva porque nació el día de mi santo, el día tres de enero, pero no sé a mí por qué me pondrían ese nombre, porque ni mi madre ni mis abuelas... Genoveva de Brabante era la santa, la del día tres.

Tengo 92 años, pero yo no me acuerdo del año en que nací. Eso mi marido, él que lo diga. Díselo tú Bienvenido, ¿en qué año nací?.

Marido: en el año 1906.

Yo como lo tengo a él no me caliento la cabeza con los años y eso. Mi madre se llamaba María y mi padre Juan y se dedicaba a la agricultura. Eramos cinco hermanos: tres hombres y dos mujeres. Yo era la menor y quedo sola. Era la pequeña y me mimaban mucho. Uno tiene siete hijos en Madrid y uno de los siete está en la aviación en... ¿dónde está, Bienvenido?.

Marido: está en las Palmas de Gran Canaria y es teniente coronel, está al frente del campo de aviación.

Ese era hijo de mi hermano que era practicante y barbero y se llamaba Domingo. El mayor era Juan, el siguiente José María, después Domingo, luego la Amparo y yo... no, delante de mí, Domingo y antes la Amparo. Están todos muertos, sólo quedo yo.

Ese hermano que digo yo, que era practicante, ha vivido -se ha muerto ya- en Villanueva de la Serena, allí se casó. Ahora, la mujer vive en Madrid. En Abarán sólo vivió un hermano, que tiene un hijo ahí cerca, mi sobrino. Es que hemos estado *repartíos*; otro en Francia, también.

Mi padre se dedicaba al campo, con tierras suyas, que las tenía donde el fútbol, él no iba a jornal, era suyo. Y vivíamos bien. Mi madre cosía *pa* ella y *pa to* la que le llevara, que tengo yo todavía la máquina ahí. Me tocó la máquina de herencia a mí, como era la más *chica*.

Yo fui a la escuela de aquí, de Abarán. Fui con don Antonio, *el Pioto* y otra vez con uno que le decían *el Cachano*, que era cojo y vive su hija por aquí. En la escuela no aprendí *ná*, pero luego, en “El Manuscrito” aprendí a escribir cartas, que eso ya no se usa. Eso es un libro que llevábamos antes que se llamaba así, que lo tengo por ahí, que es de copias de cartas.

De 12 años iba yo ya a trabajar. Empecé *ca* los Valentinos, que era un almacén de mandarinas y cosas de esas, de naranjas y mandarinas. Hacíamos unas *cajicas* de plomo muy *salás*. Todo eso es bueno de saberlo de antes, porque ahora... Luego, me metí en las conservas de Los Champanes³; luego estuve en las conservas de Macanás... Entonces habían conservas, había almacenes -que ahora no los hay- de hacer plomo, de empaquetar. Esos son los sitios donde yo he *trabajao*; también a *ca* los Valentinos, que estaban en la calle del cuartel. Pero eso era de soltera, de casada ya no he *trabajao*, me

(3) El nombre de la empresa era Champagne et Frères Ltd.

he dedicado a la casa. Me ha cuidado muy bien éste; pero él ha *trabajao* en muchas cosas: ha trabajao en la huerta, en los almacenes, de barbero,... y, también, fue portero de cine.

Yo también iba de joven al norte a trabajar. Eso era porque Bienvenido estaba de *encargao* con Wenceslao en el almacén y yo, en mi casa no me dejaban, pero yo lloraba y me dejaban... Y como iban las Ramonas, que éramos todas amigas... Entonces, la vida era muy *salá*, mejor que ahora. La juventud lo pasábamos mejor y no había tantas cosas como hay ahora. Nos íbamos a los bailes, nos íbamos a la carretera a jugar con los amigos, llevábamos música y lo pasábamos estupendamente, más decentes que ná, lo que ahora no, ahora no. La juventud está loca, la juventud de hoy está loca, antes no.

Nos íbamos a la plaza vieja y allí todas las noches teníamos baile, todas las noches... y lo pasábamos estupendamente. A mí me gustaba mucho, pero a éste, a mi marido, no le ha *gustao ná*: no le gustan los bares, no le gusta *ná*. A él le gusta estar metido en la casa y en la huerta. Y a mí me gustaba mucho salir.

Yo, cuando era *jovencica*, me iba con mis amigas a los bares, pero a beber cerveza y eso no; a tomar café... alternábamos. Iba y con mi amiga *la Marica del Sereno*, que ahora está sorda.

Marido: ¿sorda?, lo que está es muerta. Esa se murió ya, Genoveva, hace ya 4 ó 5 años.

Bueno, pues estará muerta, tú eres quien lleva eso de quién se muere, mejor que yo. Otras amigas mías de cuando era joven eran: *la Marica del Sereno*, *la Marica del Ginés* -aquí, es que le decimos Maricas a las Marías, es costumbre aquí de eso-; *la Cachina* también, que de nombre era... no me acuerdo ahora, que se mató el marido, éramos lo menos diez. Ibamos siempre juntas, *la Marica del Ginés* y yo y, también, *la Marica de Cesar*, que se ha muerto hace poco. Amigas de toda la vida, de juntarnos mucho. Y muchas más: *la Cachina*, que no me acuerdo de su nombre, *la Birola*,... Pero ya quedan pocas vivas y casi no nos vemos ni nos visitamos. Nos vemos por ahí, por la calle y eso, como yo ya no salgo como antes a tomarme el café y eso. Yo creo que desde que nació mi bisnieto mayor, ya, por las mañanas casi no salgo, salgo por las tardes a comprar o me lo traen mis nietas.

De joven, en tiempos, leía muchas novelas, de todas las clases. Cuando estaba soltera, como no tenía nada que hacer, pues me iba enfrente -ca la Julia de don Isidoro- y nos cambiábamos las novelas; pero cuando me casé, ya, dejé de leer, porque ya no tenía tiempo, con la casa y eso. Y como me gustaba limpiar y coser. Coser para la gente no me gustaba, pero para mí sí. Una vez cosí un vestido para una, para cobrarle, y no se lo cobré. Y, ahora, le arreglo a mi hija los pantalones del marido de la fábrica, que trabaja en la hoja de lata. La que me trae algo para arreglar se lo arreglo. El otro día le arreglé a mi nieta dos pares de pantalones. Este mantel de gancho de la mesa lo hice yo cuando vivía en la otra casa, cuando era mi hija novia de

su marido. A Bienvenido también le cambiaba los cuellos de las camisas. Es que mi madre era modista y me enseñó. ¿Cuántos años hace que murieron, Bienvenido?, éste lo sabe *to*.

Marido: 30 años hace ya. Han muerto donde está su hermano, en Villanueva de la Serena. Primero murió su padre.

Es que se fueron, se los llevó mi hermano cuando se casó a pasar una *temporá*, entonces tenía yo mi hija pequeña.



Mis padres entonces vivían en la calle ésta donde está la plaza de los toros, ahí *empecemos* nosotros a vivir cuando yo era pequeña. Y, luego, se cambiaron ellos, cuando mi hermano se hizo practicante y barbero, entonces, nos cambiamos a la calle San Damián y ahí puso él la barbería y, ya, ponía inyecciones y *to* esas cosas. Mi hermano Domingo no quería que me casara, ni que trabajara, porque él ganaba mucho en la barbería y de practicante.

Marido: lo que pasa es que entonces no era como ahora, no había centros médico como ahora, había que buscar los practicantes para que te pusieran la inyección. Entonces, había menos pastillas y *na* más que inyecciones. Si él le ponía las inyecciones a tos los *grandes* de aquí, del pueblo, hasta que se fue a...

En la guerra, como se los llevaban sin haber hecho el servicio ni ná, pues él se fue a Villanueva de la Serena, a Badajoz, y ya se casó allí. Porque cuando se terminó la guerra volvió, pero como se había *dejao* una novia allí, se volvió otra vez. Se casó con *la Rosario* y tuvieron siete hijos. Mi hermano se los llevó allí -a mis padres- y allí le dio a mi padre una cosa a la cabeza y se puso malo. Y él dijo que no los traía, que se quedaban allí. Entonces, la familia, como nos llevábamos muy bien, y nos llevamos, porque yo tengo *to* las direcciones de tos, hasta de los hijos de ellos y *to*...

Cuando eso, cuando se murió mi padre, yo quería traérmelo aquí y ella -mi *cuñá*- dijo que no, que tenía ya un panteón *pa* tenerlo allí. Luego, murió mi madre, al poco tiempo -que no sé qué le daría- y, entonces, también la enterraron allí. Y al poco tiempo, mi hermano también se puso malo... Y allí están los tres *enterraos*, en un panteón de ellos, de mi *cuñá*.

Mi madre murió ya mayor, no sé de cuánto yo, pero tan mayor como yo no. La que más vieja va a morir *vi* a ser yo, mis hermanos se han muerto los cuatro. Es que, cuando la guerra terminó, se repartieron por ahí: uno se fue a Francia, *el José María*; otro, Juan, se quedó aquí, en Abarán, y el otro se llamaba Domingo, el practicante, estuvo en Villanueva de la Serena, en Badajoz.

El Juan tenía un camión propiedad suya y, luego, se lo quitaron en la guerra. Y después de la guerra, ya, se queda aquí a trabajar con los almacenes de la fruta, hasta que se murió. *Jose María* se va a Francia ya *casao*, después de la guerra, y allí se cayó con

una moto y se mató, ya tenía los hijos grandes. Creo que tenía una hija que se había hecho artista. Vinieron aquí hace poco los hijos.

Y falta la Amparo, que se casa y se queda aquí en Abarán. El marido trabajaba en la huerta, pero ella sólo estaba en la casa, como yo. Nos veíamos mucho nosotras, iba yo y venía ella, vivía cerca. Aquí cerca tengo un sobrino, ahí enfrente, y otro en la otra calle de ahí que son hijos de Juan uno y otro de Amparo.



De jóvenes íbamos al Norte a trabajar y en los trenes se venían todos los militares a donde íbamos nosotras, porque íbamos cantando y decían: “pero, que murcianas más alegres”. Eso, ahora no se usa. Al Norte, con lo de la fruta, yo fui 2 ó 3 años. Y allí nos hicimos novios nosotros. Íbamos al Norte, a Logroño, a Lérica, a Haro,... Bienvenido era el encargado de la fábrica y como la fábrica... porque ahora en el norte tienen fruta de la que no tenían antes y trabajábamos la ciruela y eso... Y Wenceslao, el Pelúo, era el dueño de eso y éste -mi marido- estaba con él, que le decían que si era su hijo, porque tenían el mismo apellido. Pero nada más que íbamos un mes, en el verano, la víspera de las fiestas de aquí, en el mes de julio. Yo fui unos cuantos años y, luego, me hice novia de él allí, en el Norte, pero nos conocíamos de zagales. Y otros amigos también se hicieron novios allí.

Marido: nosotros es que estábamos en el almacén de fruta juntos.

Yo no sabía que me quería, nada más que llegaba y de lo que almorzaba me llevaba donde yo estaba y decía yo: “pues sí tiene éste interés por mí”. Y, ya, nos hicimos novios en el norte.

Marido: nos hicimos novios en el 34, sólo tuve que abrazarla y besarla y, ya, nos hicimos novios.

Veníamos y, como por allí usaban de cogerse de *bracete* antes que aquí, salíamos por La Era⁴ a pasearnos cogidos y decían: “mira, Romeo y Julieta”. Y mi hermano me decía que no me fuera y que no me echara novio, pero como él, luego, se fue al pueblo ese y se casó allí.

Marido: yo he *trabajao* en cuarenta cosas. Después de la guerra he estado en almacenes y en la agricultura, con el mismo amo, con Wenceslao. Estuve 44 años, desde que tenía 13 años.

Pero al Norte iban muchos de Abarán a trabajar la fruta: los Cobarros, los Nicolás,... cuatro o cinco de aquí, de Abarán.

Marido: que mandaban obreros para el norte, *mayormente* a las mujeres, porque fruta de esa no había por el Norte.



Todas mis amistades, la que no está coja está ya enterrá; y los hombres, igual. Los pretendientes que tenía están *tos enterraos* ya también. ¡Tuve de pretendientes! Tuve: futbolistas, un practicante, de la fábrica,... tuve de *toas* clases. Lo que es que ya, como

dice el refrán: “el casamiento y la mortaja del cielo baja”. El que dijo eso estaba en lo cierto. Pero esos no fueron novios, fueron pretendientes, amigos de mi hermano que iban a mi casa y eso, hasta un oficial barbero que tuvimos también quería ser novio mío. Yo tuve muchos, muchos. Era la más fea de las compañeras, pero me llevaba los mejores novios. Yo no sé por lo que sería, pero los mejores me los llevaba yo. Pero, ya, en el Norte, íbamos dos muchachas y ellos iban dos también. Y nos casamos los cuatro después. Nos hicimos los cuatro novios en el Norte. Y cuando vine, mi hermano decía que no le gustaba el novio. Bienvenido también ha *tenío* muchas, muchas amigas.

Marido: yo, novias no he *tenío na* más que ella. Amigas sí, pero novias *na más* que ella. Cuando yo me casé tenía 26 años, me parece...

Marido: no, tenías más. Tenías ya 30 años y yo 29. Si nos casamos en mayo del 36 y ella nació el día 7 de julio del año 6, tenía ya 30 años.

¡Uh!, yo me pensaba que tenía menos.

Marido: nos casamos el día nueve de mayo del 36, a las seis de la mañana, porque entonces los casamientos los hacían a misa primera.

Entonces es que se usaba eso. Las bodas eran por la mañana temprano en la primera misa. Era raro el que se casaba por la tarde. ¡Hicimos una fiesta!. Habían confiteros en Cieza, que nos regalaron las tortadas y todo.

Marido: yo fui a Murcia y me traje quince kilos de dulces.

Mi hermano Domingo no quería que me casara yo con éste, con Bienvenido, porque decía que tenía una amiga... Y yo, hasta la fecha, pues lo he *pasao* bien. Me quité de trabajar y *to*. Lo pasábamos muy bien.



Yo sólo he tenido una hija, *la Mari*, que tiene ya, Bienvenido, ¿cuántos años tiene la Mari?

Marido: tiene 60 y si quieres te digo el día que nació. Es que me los sé todos de memoria. Nació el veintiocho de abril... del 38. Cuando nació ella estaba yo en Tembleque. El mismo día que ella nació me fui yo a la guerra, el veintiocho de abril.

Mientras que él estaba en la guerra, yo estaba en mi casa y yo tenía a mi madre, mis sobrinas, mi *cuñá*,... Y yo estaba con ellos, en mi casa, en la casa de la Luisa. Yo no salí de mi casa, pero él estuvo poco tiempo fuera, cuatro meses, el tiempo que tenía mi hija cuando él vino. Él estaba en Tembleque y yo con mi hija naciendo. Me estaban haciendo arroz y alubias y las aborrecí entonces y aún no las quiero, no las quiero.

Aquí, en la guerra, vinieron unos militares y estuvieron hasta que se tranquilizó *to*. Eran de caballería, eran los milicianos esos, los rojos, los que querían... Había un cuartel de la Guardia Civil y se apoderaron de él...



Donde vive *la Mari* ahora hemos *vivío* nosotros 40 años, desde recién *casaos*. Hicimos esta casa *pa* que se viniera ella y, entonces, dice que no se venía, que ella no sabía de allí de La Era, de aquel barrio, que le gustaba aquello y entonces nos vinimos nosotros aquí y ella se quedó allí.

Nosotros hemos tenido sólo dos casas: donde vive mi hija ahora, que vivíamos nosotros de alquiler, y ésta. Aquélla era alquilada, nosotros vivíamos *alquilaos* y, entonces, hicimos esta casa para cuando se casara mi hija, pero mi hija no se quiso venir y, entonces, le dijimos a *la Luisa* que nos veníamos nosotros aquí. Y entonces se *metió* mi Mari allí y nosotros nos vinimos aquí. Esto fue una compra que le hicimos a una vecina que le hacían falta las *perras*. Y a éste le dio lástima y le compró el solar. Pero no queríamos que obrara, pero se empeñó en hacer aquí casa y... pero yo estaba a gusto en aquella casa.

La Mari se casa, se queda allí en la casa nuestra y yo hasta le bajaba la comida estando ellos recién *casaos*. Mira, 26 años comiendo en mi casa aquí, en esta casa. Aquí hicimos el convite de ella y vinieron los *mejores* del pueblo. Se casó y hasta que se han *casao* sus dos hijas ha *estao* viniendo a comer aquí. Y aún siguen comiendo, ella y las hijas. Los sábados y domingos, y algún día extraordinario, los tengo aquí a todos a comer. Unas veces once y otras veces menos. La comida la hago yo. Hago mi cocido con *pelotas* el domingo; el sábado arroz y conejo, una paella grande.

Los sábados mato un conejo y les hago arroz y conejo y el domingo cocido, con rellenos y con *to*. Y los platos los friego yo, cuando ellos se van. Hoy la otra *-la Geno-* me ha *limpiao* la cocina, me ha *limpiao* por aquí un poco, pero los platos no, eso me lo dejan a mí. Y éste también me ayuda, a traer cosas de la huerta y a ensuciar y más desde que se jubila.

Marido: yo, el último trabajo que tuve fue con Wenceslao, de encargado del almacén. A los 65 me jubilo y, ya, me dedico a las tierras mías solo. Me pagan 55 mil de pensión. Las tierras son compradas y heredadas de mi padre y del de Genoveva.

Allí tiene *plantaos* de todo: tomates, berenjenas,... y ciruelos y limoneros, de *to*.

Marido: allí tengo cinco tahúllas, pero tenemos en el campo también ocho tahúllas, que aquéllas las tenemos dadas en arriendo. Pero yo, antes de jubilarme he hecho de *to*, he estado ahí, en el Teatro Cervantes 40 años, de acomodador y de portero. Iba todas las noches, cada vez que había cine, porque de los siete días, hacían cinco cine. Yo iba a trabajar y cuando venía, como vivíamos al *laico* del teatro, me iba de portero, que entonces valía veinte o veinticinco céntimos la entrada. Y ahora lo tengo *to preparaos* ahí abajo *pa* recoger las patatas.

Y, luego, se las damos a ellos, a las nietas. Aunque algunas las vende.

Marido: qué va, vendo cuatro o cinco cajas. Cojo unas veinte o treinta cajas y vendo cinco o seis, *pa* sacar el gasto.

Él *to* lo que coge hace cuatro partes, una *pa* cada casa. Pero no te creas que vienen por ellas, se las lleva él en la moto, en el Vespino.

Marido: esta mañana le he *subío* una docena de gladiolos y una bolsa de cebollas a mi Mari. Es que las tenemos muy *mimás*.

Y él le pone cruces a los tomates para que no le hagan mal de ojo. Y les reza...

Marido: sí, les hago una cruz... porque un año, donde tengo la barraca, tenía cien tomateras a la altura nuestra, que estaban de tomates, en el mes éste que entra. Cojo unos tomates, como esta mañana, y cuando volví a la mañana siguiente estaban *toas* las tomateras secas. Le hicieron mal de ojo. Y teniendo una cruz o un trapo *colorao*, pues ya, ya no les *tira* la visual. Y tienen en la punta de arriba una cruz -un jersey en la cruz- y en la punta de abajo, otra. Que eso del mal de ojo puede ser verdad o mentira, pero... Yo, cuando bajo les rezo, les digo: "esta mañana temprano te vengo a visitar y a ver lo bonita que eres y lo maja que estás". Y le rezo un Padre Nuestro. Y cuando las cojo, igual, y no cuesta ningún dinero. Yo voy allí todos los días en mi Vespino.

Y después de jubilarse también tuvo aquí abajo, en la bodega, mil quinientas gallinas, es que él no para, pero yo sigo igual, con las cosas de la casa. El que cambia es él que, entonces, está más fuera que dentro, siempre en la huerta y el campo, hasta los domingos y sábados.

Marido: las gallinas ya las quité, bueno no las he *quitao*, pero ya tengo menos, lo que pasa es que ya los que me traían a mí las *pollicas* ya se fueron apartando del negocio y...

Y que le dijimos que ya no tenía él edad *pa* ese trajín...

Marido: yo, cada vez que compraba gallinas enseñaba a una. Tenía yo una aquí, que le decía Capitana, que le decía que se trajera a las otras gallinas y se las traía. Porque yo bajaba a limpiar el gallinero y mientras tanto, abría el corral de al *lao* y le decía a la Capitana: "Capitana, sácatelas a ese" y la Capitana se las llevaba al otro. Y cuando terminaba, igual, le decía que las metiera otra vez. Ella me ayudaba. Iban *toas* detrás de ella. Era una capitana.

Él siempre ha *tenío* la huerta, desde que nos *casemos*. Tenemos las que se heredaron de sus padres, y yo, de los míos, lo del *fútbol*.

Marido: y las que he *compra*o yo.



A mi marido se lo llevaron a la guerra... Antes de irse a la guerra aquí no había *pa* comer, yo estaba, ya, con mi hija a punto... y la Luisa -la de la casa donde vivíamos- se fue a Blanca a traernos tomates, jabón,... de lo que había por Blanca, porque aquí no había *ná*.

Marido: entonces, es que daban raciones y en Cieza daban más y yo allí tenía un amigo en un comercio y yo tenía bicicleta, que aún tengo la bicicleta ahí bajo en la bodega- que me costó mil pesetas...

Cuando nació mi hija no había *ná* para hacer el bautizo y, entonces, había unos militares enfrente del bar de los Valencianos, en La Era. Estaban en el almacén de Oscar, que habían *veníó* por lo de la guerra y ya había *nació* mi hija y íbamos a hacer el bautizo... ¡y no había de *ná!* Y entonces, yo asomaba mi hija al balcón -que vivía allí *ca* la Luisa- y venía un militar todos los días debajo del balcón y decía: “pero que niña más graciosa. Yo también tengo una como ella”. Digo: “pero usted cree que vamos a hacer el bautizo y no tenemos *ná*”. Dice: “eso que se lo ha creído usted, eso no. ¿Quién es el padrino?”. Digo: “un hermano mío”. Dice: “pues, dígame usted que se pase por allí”. Le dieron galletas, le dieron botellas de bebida,... pues de lo que tenían los hombres. Y hicimos el bautizo.

Marido: tenía 2 años, fue andando a la iglesia, al bautizo. Nació en el 38 y la bautizamos en el 40, que ya andaba. No la bautizamos antes porque estaba la guerra y no había curas, no bautizaban. Y bajó andando.

Aún tiene ella las sandalias que le hicimos *pa* el bautizo.

Marido: yo me fui a la guerra porque me llamaron los republicanos, los granujas de los rojos. Te lo voy a contar dónde estuve. De aquí salimos a Torreguil, cerca de Alcantarilla, detrás de El Palmar, ahí fuimos a hacer instrucción, ahí estuvimos doce o quince días. *Habíamos* más de mil tíos ahí, en la casa de Torreguil, que era la casa de un labrador que tenía que ser muy rico porque tenía una cuadra que tenía lo menos treinta o cuarenta *pisebres* donde comían las mulas. Se ve que tenía mucha tierra ahí. De ahí nos fuimos a la estación -me acuerdo que salimos lloviendo- y llevaba una manta que podíamos garbillar los melones con ella...

Se fue llorando...

Marido: llovía como llovía hoy, esta mañana, no mucho. Y me eché la manta -yo y todos los demás- y nos fuimos a Murcia, a la estación de Murcia, que eso lo conocía yo andando y andando fuimos, con la manta en la cabeza. Contarlo no es lo que se pasó. Y, entonces, llegamos a la estación y había allí un tren, pero no un tren de coches, un tren de vagones. Me acuerdo que nos metieron en un vagón de esos que habían traído abono. Allí no se oía *na* más que a abono. Y me acuerdo, como siempre, que estaban allí dos, que si hubiera podido les retuerzo el pescuezo. Cuando subíamos nos daban un *patá*: uno, otro,... nos contaban igual que si fuéramos borregos, igual. De ahí fuimos a parar a Tembleque, al lado de Cuenca y de Valencia. Eso fue el veintiocho de abril. Pasamos la noche en Tembleque, en un convento. Y desde ahí fuimos a parar a Madrid, a la calle de Ramón y Cajal. Allí fuimos a parar a un cuartel, que andaban los chinches por el suelo igual que las hormigas. Donde poníamos las colchonetas era de esparto crudo, las colchonetas estaban llenas de esparto crudo y tenían un tablao de *tablas* que en vez de estar plano estaba así, *corvao*. Y de allí salimos a la estación del Mediodía, a las doce de la noche... Y del Cerro de los Ángeles, de allí salió el tren con la luz *apagá*,

porque del Cerro de los Angeles alcanzaban los cañones allí y había que salir con el tren *apagao* para que no vieran que... Yo iba muerto de sueño. Y fuimos a parar a Guadalajara y de ahí, a un pueblo de Cuenca que le llaman Rudilla...

Y mi hija naciendo.

Marido: allí *habíamos* tres mil tíos, en Rudilla. Y desde ahí ya nos fuimos cada uno al frente, donde los destinaron: a una compañía, veinte, a otra, cincuenta,... Yo estuve quince días, desde primeros de agosto, hasta el diez o el doce de agosto... Pero yo no pegué tiros ningunos.

¿Bueno, entonces qué?, ¿terminas o qué, con la guerra?

Marido: bueno, déjame que termine de contar esto, Genoveva.

Si es que no terminas Bienvenido.

Marido: bueno, y ya, volví de la guerra el día veinticuatro de agosto del 38.

Se escapó, se vino porque no le gustaba estar en la guerra.

Marido: allí arriba se armó un follón de tiros y cuando pasó nos fuimos andando, andando y, ya, como llevábamos tantos días sin comer, que decía el capitán: “esto no hay quien lo resista, sin comer y sin darnos ni café”, y, entonces, me recogieron allí en el suelo, ya *agotao* completamente. Y los camilleros que me llevaban en la camilla, como los afeitaba yo, me acuerdo que decía uno de ellos: “si no fuera porque nos afeitaba y no nos cobraba *ná*, lo tirábamos por la ladera esta abajo”. Cuando yo llegué al puesto del socorro, allí estaba la gente a montones, uno con un tiro por un *lao*, otro por otro... y así. Yo no tenía *ná*, más que agotamiento físico, de no comer. Y me acosté en la cama y me quedé durmiendo como un tonto. Y por la mañana cuando me despertaron, no podía ni mantenerme *parao*, de lo *agotao* que estaba. Cuando me montaron en el coche para llevarme a Cuenca, al hospital, las lágrimas me llegaban al suelo, de la alegría que tenía de verme que me echaban de allí para fuera, para fuera de la guerra. Dice el practicante que había allí, que me acuerdo siempre: “anda, no *penes*, que eso que tienes no es *ná* y se te cura enseguida”. Bueno, pues estuve en el hospital de Cuenca cinco días. De ahí, me fui a Madrid, que me trasladaron a otro hospital, que estuve hasta el veinticuatro de agosto. Y entonces es cuando me dieron el alta en el hospital, para volver a la compañía, pero en vez de eso me vine a mi casa.

Entonces se metió a la casa de un amigo de aquí, que estaba allí en Madrid y era practicante -el Molío- y de allí se vino para acá, a media noche, en un vagón. Se escapó y luego, desde Cieza, se vino andando hasta aquí. Y entonces le dijo el médico, el doctor Molina: “Bienvenido, te has *escapao*, te van a buscar”. Y entonces, vino el doctor Molina a mi casa y estuvieron viendo de meterlo en el hospital. Es que, si no, no termina.

Marido: entonces, estuve en Cieza siete meses afeitando, hasta que se terminó la guerra. Los que habían allí, en el hospital, eran todos amigos míos: los practicantes, los

médicos,... Este de la farmacia de aquí, éste estaba en la oficina, era el director, y a todos esos los afeitaba yo.



Mi hija no trabaja, no ha *trabajao* nunca. Mira, un día me dice que ella quería ir con sus amigas a la conserva. Entonces, le arreglo un bocadillo y digo: “*ala*, vete a la conserva”. Y, entonces, me dice una vecina que vivía debajo: “de dónde viene tu Mari”. Digo: “mi Mari está en la conserva”. Dice: “¿tu Mari?, asómate en el balcón”. Y como el balcón me daba a mí por donde estaban las conservas. Dice: “mírala por donde viene, trae una cosa en la mano”. Y entonces, ¿sabes lo que hizo?: entrar en la conserva y, entonces, al entrar a la conserva y sentarse en los bancos, dice que dijo: “¡uh, que peste!”. Y se salió *callaica*, Y llevaba el bocadillo que le había *arreglao* yo en la mano. Y se fue a mi casa y me dice. “a mí me da asco de estar allí, en la conserva”. A lo único que iba a ir y ya no fue más. Ella fue donde los *Heros*, que trabajaban aquí mucho entonces.

Marido: ahora están en Alcantarilla. Estaban aquí primero y trabajaban los albaricokes, los melocotones,... Los *encargaos* que tenían allí eran *tos* de aquí, que los conozco yo.

No, no,... no sigas y déjame que hable yo, si no, no terminamos nunca.

Tengo ya cuatro bisnetos. Dos nietas y cuatro bisnetos. Mi hija se casó cuando tenía 25 años y la nieta nace enseguida, *la Begoña*.

Marido: *la Begoña* tiene ya 33 años. Se lleva 4 años con su hermana *Geno*.

La Mari tiene dos hijas: *la Begoña* y *la Genoveva*. *Begoña* es la mayor y tiene dos críos: un hijo y una hija. El hijo se llama... es que le han puesto un nombre muy feo...

Marido: se llama de segundo nombre *Jesús* y de primero *Dylan*, *Dylan de Jesús*. Y la hija se llama *María*, tiene 4 años. Pero *la Geno* se casó antes que *la Bego*. Y *la Geno* también tiene dos. El *Rafa* de *la Geno* tiene 11 años y *la Irene* tiene 2 años. *La Geno* es que se casó antes y muy joven.

Y a mí me dicen los nietos... no, los bisnetos, mamá-*Geno*. Y voy a decirle a la más pequeña que yo soy la abuela, no soy mamá.



Él, como ha *tenío* tantas profesiones, lo primero fue barbero, *encargao* de almacén,...

Marido: yo, es que he hecho tantas cosas. Yo es que he hecho de todos los oficios: de albañil, de carpintero... de lo que hacía falta. En los almacenes hacíamos de *to*. No teníamos un trabajo solo, había que hacer lo que hiciera falta. En los almacenes se hace de todos los oficios, pero la jubilación me la dan por la agricultura. Cotizaba yo, entonces cotizaba cada uno lo suyo, cotizábamos con sellos y con dinero, pero eran sellos lo que nos daban entonces. El importe de lo que pagabas te lo daban en sellos.

Yo también cobro pensión, porque de joven iba a la fábrica de los *Champanes* y aquí había uno que estaba en Alcantarilla, en *Hero*⁵ -le decían el Rojo- y, entonces, fue Bienvenido

y habló con él y le dijo: “y a la Geno, ¿qué le van a dar?”. Y le dijo: “anda, y ve a hablar con mi hijo en la oficina, que verás como...”. Y yo no tuve que ir a ningún sitio. He tenido suerte con to. Y me la dieron por lo que trabajé antes de la guerra. Entonces vinieron aquí, uno que iba dándolas y me dio la primera, doce mil pesetas. Por el Rojo me la dieron.

Yo he *trabajao* mucho. Y cuando trabajaba mucho y no tenía gana de almacén, no iba. Ahora, yo hago todas las cosas de la casa y ya está. Cuando era joven también bajaba con él a la huerta, andando, que entonces no había coches y en la moto no... dos o tres veces me he montado en la moto. Él sí baja todos los días en el Vespino. Antes no había coches como ahora tanto coche y íbamos andando. Yo me llevaba a todas mis vecinas, a todas las que vivían por allí. Me las llevaba a todas allí, a la huerta, y entonces hacíamos lías de esparto, que luego se vendían por ahí, servían para atar las cosas.

Marido: ella hace, ya, lo menos 10 años que no baja a la huerta. Antes sí bajaba conmigo algunas veces, pero ya, ella se queda aquí, como vienen los nietos, los bisnietos...

Me gustaba *de* madrugar. Antes sí me gustaba ir al *mercao* y tomarme el café con las amigas pero, ya, como se han muerto *toas* y la que no está coja, está *imposibilitá*. Me he *acostumbrao* a no salir por la mañana y hacer mis cosas aquí. Y a las cinco o por ahí me gusta *de* salir, como éste se va a la huerta. Salgo a comprar y voy aca mi hija o voy ca mis nietas o a ver alguna amiga. Pero yo no voy a los médicos, nunca, va él. Yo no tengo *ná*, estoy muy bien. Me tomé un día la tensión. Fui a *ca* don Victorio y me la tomó, pero sí me resfrío y eso, baja él.

Marido: ella no va nunca a los *médicos*. Bajo yo y le digo lo que tiene y me lo da.

Yo, mira, me dijo don Victorio: “estas pastillas no te las dejes porque son buenas para todo”, antes de morirse, porque él se murió. Y son las mismas que me tomo todavía, que no me las dejo.

Marido: las pastillas se llaman *transitensi*, que son para la tensión y se toma todos los días dos. Yo tomo pastillas porque tengo azúcar, pero yo estoy muy bien. Yo bajo a la huerta por la mañana y por la tarde, todos los días.

Un poco sordo sí que está. Yo no, y yo todavía tomo café solo, sin leche, que muchas me preguntan: “¿es que aún tomas café?”. Y yo sí, me gusta mucho el café. Era muy cafetera, me juntaba con las amigas y tomábamos *toas*, *to* los días.

Yo he sido una vecina, igual en este barrio que en aquél, que con la que quieras, con *toas* me he llevao muy bien, pero lo que no me gustan son los corros. Cuando se juntan a criticar, eso no me gusta. En mi casa aquella jugábamos a las cartas, pero eso sí, lo de criticar, no. Ir al Hogar del Pensionista y eso no me gusta. No me gusta eso, ni me gustan los viajes y a mi marido tampoco.

Marido: yo no he ido nunca a ningún sitio de esos. No he *bebío* jamás en mi vida, ni he *fumao*. Y no he *entrao* a los bares ni a beber agua. Ni agua quiero yo de los bares.

A las siete nos levantamos los dos y él se baja a la huerta, pero yo no, yo me quedo

aquí, haciendo mis cosas. Yo le hago su desayuno y se va. Luego viene, almuerza y se va otra vez. Viene a las dos cosas: a almorzar y a comer. Viene, el almuerzo: sus *rosquillicas*, su queso o lo que sea y se va. Y luego, la comida. Ahora, ha venido: sus *mi-chirones*, pero esto es la merienda, que luego tenemos la cena.

Así llevamos ya 60 años juntos y ni una pelea, porque yo no discuto. Si algo que dice no me gusta, me callo o me meto a la cocina. Y como si uno no quiere, dos no se pelean.

En Abarán, mayo de 1998

Genoveva García Botella

A handwritten signature in blue ink, reading "Genoveva García Botella". The signature is written in a cursive, flowing style.

Hombre, tabernero, 96 años.

El Tío Morreta era mi padre, pero yo soy José *el* Calzón, como mi madre -Josefa *la* Calzona- y como mi abuelo, que era Antonio *el* Calzón.

Yo no tenía padre. Tenía padre pero era como... como *puesto*; que era uno que se arrimó de ella y le hizo un crío. Estaban juntos, pero se separaron... Él después se casó con una que le salió *borreguera* -como yo digo- porque le gustó también otro y se fue con otro.

Hijo: mi padre es -como dicen por ahí- hijo de madre soltera. Antes era hijo putativo; eran él y una hermana. Su madre tuvo dos hijos sin marido, él y una hermana. Yo, al padre *de* él lo he conocido perfectamente y le he pedido *perras*... estaba casado. El apodo de él lo lleva mi padre, pero mi padre ese apodo no es el suyo... *el* Tío Morreta era su padre.

En mi casa -de mi abuelo- como había entonces movimiento de comida y eso, él se venía allí y estuvo un año o por ahí allí... Él se casó con otra y tuvo dos hijos, los conocía yo, eran mayores que yo uno, seguro, el otro, de mi tiempo o así. Uno es que se arrimaba mucho a mí, me decía hermano y *to*... Yo hablaba con ellos pero, ya, me decidí a no... no era...

Hijo: sí, me decía a mí sobrino y eso, pero ya, luego... Yo es que la rama esa de mi padre me cuesta, porque como no la he *rozao*... Nosotros hemos *rozao* más a la familia de mi madre. La de mi padre menos y por eso muchas cosas no las sabemos...

Es que se fueron de aquí; ése se fue fuera... Mis apellidos son como mi madre: Tenza Ramón. Y mi padre, pues fue mi abuelo... él no estaba... no le vino mal eso.

A la escuela fui, cuando podía, porque trabajaba. Estuve 3 años en un molino y he sido carretero y he tenido la taberna. He hecho muchas cosas, pero lo poco que sé de escribir lo aprendí, porque de noche una señora... y porque mi abuelo... Yo es que era algo *cabezote* y mi abuelo me cogía por la noche y me enseñaba. Decía: "ponte ahí y yo ahí: a ver, el renglón fulano, a ver, ¿qué nombre tiene?; el renglón segundo...". Fue él el que me enseñó algunas cosas.

Con mi abuelo teníamos vacas para labrar. Es que teníamos muchas tierras, las llevábamos *arrendás*. Un año cogimos, lo menos, trescientas gabillas de trigo.

Yo trabajaba allí, pero luego me fui a un molino, que iba a la escuela y al molino, pero la escuela me tiraba poco. El primer molino era de Pepe *el* Ciego y después me fui a otro molino, en Barinas, que eran cuñados ellos. Es que estuve en varios molinos, pero ya no queda más que uno, se los llevó el río.

Yo iba a la escuela, pero de noche, con un particular. Entonces no había escuela, bueno sí había, pero como yo vivía en el campo. Yo iba al molino también de noche y dormía sintiendo moler la piedra.

Hijo: él estaba en el molino, él la escuela oficial no la ha conocido, él iba con una señora; que la he conocido yo y que muchas veces me lo ha *recordao*, que ella lo enseñó. Ella era la suegra del molinero.

Yo iba a su casa por las noches y ella me enseñaba, pero me quedaba durmiendo... Por el día iba al molino y por la noche iba con la maestra esa, vamos, maestra, que ella me enseñaba.

Estuve en cuatro molinos. El primero que me enseñó fue Antonio *el* molinero -era un hombre muy bueno- que trabajaba con la madre de Pepe *el* Ciego, que tenía el marido con las piernas... que estaba malo de las piernas.

Hijo: él empezó a trabajar de crío en un molino con un señor que le decían Pepe *el* Ciego. Después, estuvo carreteando mucho tiempo y entonces, ya, se fue -soltero-, por el año 22 ó 23, se fue para Francia. Vino y se casó en 1926.

Yo a Francia me fui de soltero con los amigos, pero estuve poco tiempo. No había... te metían a sitios muy duros y yo me vine.

Hijo: eran unos hornos de fundición, en Viviers.

Se echaban los capazos de gravilla al vagón... Y aquello explotó una vez y salió aquello "como mil demonios", pero ya sabíamos cada uno dónde teníamos que ir cuando pasaba algo. Echabas piedra y arena al horno y eso se hacía caldo y luego se hacía piedra, que luego teníamos que sacarlo... Y después lo cargaban en vagones. Se hacía lingotes, se usaba para el *terrao*, pero esto fue ya de *casao*.

Hijo: claro, es que estuvo dos veces en eso. A mí me llevaron muy pequeño y volvimos, aquí, en el año 33. Yo, la primera lengua que hablé fue la francesa. Cuando se casó, se fue allí el matrimonio, pero yo nací aquí. Allí, nació otro que murió a los dos días de nacer, Fulgencio.

Yo, antes -de soltero- estuve allí, en el mismo sitio, en Viviers. Me fui porque unos muchachos de aquí -vecinos míos- decían: "coño, vámonos *pa* Francia que se va fulano, se va mengano...". Y estuve tres meses sólo porque yo allí ya había *ganao* para el viaje...

Y, luego, al poco tiempo, ya volví *casao*. Volví con un amigo, que ya se ha muerto y que sabía hablar francés. Nos fuimos los dos juntos. *Aluego* íbamos a pedir trabajo y había un capataz, que no estaba en la fábrica, pero él, los obreros que iban, él los cogía y los enganchaba a trabajar. Después fue mi mujer con el crío, con *el* Paulino, y estuvimos allí 4 años. Vivíamos en un cortijo. Allí había muchos cuartos y había vacíos porque se habían ido muchos. Y el cuarto que más te gustaba lo tomabas y le pagabas a la compañía. La Manuela no trabajaba, ella con el crío... Pero luego me vine, porque ya había hecho algún dinero y, lo menos al mes antes de venirnos, ya había poco trabajo.

Hijo: yo soy el mayor de todos y después de mí hubo dos Fulgencios que murieron al poco de nacer; y, luego, mucho más tarde, nacieron mi hermana Josefa -Fina, que le

decimos- en el año 42 y mi hermano José Antonio en el año 43; pero yo nací mucho antes, yo nací en el 27.

Sí, un hijo mío se murió cuando estábamos en Francia y otro cuando yo estaba en la Alpujarra, en la guerra.



Aquí trabajé, antes de casarme, con el alcalde, *el Carretillas*, porque tenía un caballo y yo le labraba. Estuve ahí unos 4 ó 6 años con él, que tenía sus bestias, sus yeguas. Tenía muchas tierras. Tenía una *cañá de oliveras*, ahí abajo, y terreno en blanco también tenía bastante.

Cuando me casé -por el mes de agosto-, ese día, me fui a Alicante con la novia, bueno, ya con la mujer, que estaba yo trabajando con el alcalde de aquí del pueblo, y cuando me casé me dijo: “esta noche, tú, a dormir a Alicante. Cogéis un coche o el tren y os vais”. Se llamaba Julio Atienza, *el Carretillas*.

Mi mujer servía aquí, con una que le decían *la Federica*, la más rica del pueblo. Tenía lo menos ocho casas del contorno de la plaza. Estuvo con ella también después de *casaos*. La vieja es que le cogió cariño, la quería mucho y siguió, aún *casaos* siguió. Hasta que nos fuimos a Francia.

Hijo: mi padre conoció a mi madre cuando ella estaba sirviendo con *la Federica*, aquí en el pueblo. Esta señora la educó a la cocina, porque a otra cosa no, educación escolar no. Por eso mi madre la cocina... Porque a través de esta señora que llegaba, se sentaba en la cocina -en la mañana- y decía: “Corazón pélate esto, prepárate esto, echa esto, echa aquello...”. Y aprendió así, no por teoría, sino que aprendió de la práctica.

Ella estuvo ahí hasta después de casarnos, con esa señora., que le ayudaba en la casa y eso, pero luego lo dejó. Lo dejó y nos fuimos a Francia. Cuando vinimos me compré la yegua y el carro, con lo que traje de Francia, y llevaba todo el género que compraba y lo vendía en Barinas y por ahí. Y compraba carbón y lo vendía en mi casa. Yo, todo lo que me gustaba lo compraba y lo ponía en venta. Ya vivíamos en la casa de mi suegro, una que nos dejó. Y, ya, ponemos la taberna después, en el 35 la ponemos. Me gustó la casa y estaba en la misma plaza, era de alquiler. Mi mujer hacía las comidas y yo iba a traer el vino de Orihuela, todos los martes, a por *pescao* a Murcia, todos los viernes... Yo iba, a por cosas para hacer las comidas.

Tabernas, tuve dos. La primera duró poco por la guerra. La segunda taberna es que los bajos de la casa los tomé yo, pero la casa tenía más plantas y, ya, vivíamos allí. Estaba en la Plaza del Caudillo, pero ahora no sé como se llama, le han *cambiao* el nombre.

Hijo: la plaza donde estaban las tabernas es que ha tenido ya tres nombres: primero fue Plaza de la República, antes de la guerra; después fue Plaza del Caudillo y ahora es Plaza de la Constitución.

Eso era el alcalde, que le cambiaba los nombres a la calles. Ahora le ponen uno y luego otro... Las dos tabernas estaban en la plaza; la otra también estaba en la plaza, pero no había mucho trabajo. Habían días que sí, que era mucho negocio, pero otros *ná*. Cuando más se hacía era los sábados y los domingos, que había más personal y *pirraban* más; pero la comida no les apretaba mucho, les gustaba más beber. ¡Se ponían negros! Yo no bebía; yo bebo vino todavía, pero sólo en las comidas.

La primera que puse no tenía nombre, era La Taberna, pero la segunda era La Taberna del Corazón, que teníamos dentro un Corazón de Jesús, en la pared; pero fuera no tenía cartel de esos, pero la conocían así, La Tasca de Corazón. También es que como mi mujer se llamaba Corazón.

La primera tasca se cerró porque ya, con la guerra, me mandaron allí, a la Alpujarra. Se quedó mi mujer y el chiquillo, pero la cerraron, si no había nadie.

Cuando yo fui a la guerra me pusieron de guardia civil... no, de guardia de asalto. Cuando empezó la guerra es que llamaban por quintas. A mí me llamaron tarde, por el 37 ó 38, no sé, por ahí andará. Tenía yo todavía la taberna y cuando vine una noche, que me fui ahí, a la huerta de Orihuela, a traerme dos sacos de habas, de éstas tiernas para hacer... para cocerlas y hacer *michirones*. Y cuando vine, mi mujer me lo dijo, que me habían *llamao*, que íbamos yo y otro juntos -los dos juntos- y aquél era más viejo que yo y no lo llamaron, se llamaba Mariano. Y *compremos* cuatro *estibas*, cuatro hileras de habas como de aquí al río de largas. Y no llevábamos *daos ná* más que dos viajes con ése. Y yo, ya, le dije al compañero: “encárgate tú de ellas”. Y fue él a sacarlas *toas*.

Primero llamaban a los más jóvenes, a los de 24 años, a los de 26... y yo tenía más de 30 ya. Tuvimos que presentarnos en Murcia. Allí aclarábamos el oficio que teníamos y allí estuvimos una semana. Y entonces nos hacían *de ir* a hacer la instrucción allí, donde estaba eso de la música... un “circo” que tenían ellos. Allí nos llevaban, unos por las mañanas, otros por la tarde. Estuvimos dos días, y estuvimos poco, *pa* los días que había que estar. Estábamos en el descanso y cuando... al momento de estar en el descanso, pues nos llaman a presentarse y *los* fuimos. Y entonces, allí, esa misma tarde, estábamos *tos formaos* y dijeron: “no irse hasta que no se termine”. Y nos pusimos allí, aparte, y iban sacando de los de 24, de los de 23,... y a mí, cuando llegaron dijeron: “de la quinta del 23”. Y aquella misma tarde me tuve que venir a mi casa con la exclusiva, con el destino. Y a otra mañana, a las ocho, tenía que estar en Murcia y fuimos aquella noche -el lunes por la noche- fuimos ahí, donde para el tren *pa* Murcia, en Calasparra esa, y allí dormimos esa noche. Y a otra mañana salimos. Nos llevaron a la estación y, ya, salimos para Guadix. Esa noche estuvimos en Guadix y no había cena. Íbamos catorce de aquí, de Murcia. Yo estuve con uno de Orihuela y otro más que era del Campo de Cartagena. Los tres, allí, en el cuartel ese, que estábamos seis allí, pero ya los otros tres se iban escuadrillando conforme les tocaba al sitio donde tenían que ir. Cada uno a un si-

tio. A Guadix llegamos catorce, pero ya sabía cada uno su sitio, que nos lo dijeron allí. A mí me mandaron a la Alpujarra, y allí estaba en un cuartel, en Ugijar.

Allí, yo tenía que hacer el servicio de guardia en el cuartel, en la casa-cuartel que estábamos. Por las mañanas, o por la tarde, salíamos de paseo, como de guardia. Llevábamos pistola, que yo la dejé allí cuando me vine, pero no llegué yo... no tiré tiros yo. Tiré, pero al aire. De tarde iba a una rambla y *del* suelo atinaba y *pum...* y sí, le daba a los tacos que ponía en el suelo. Pero allí no tuvimos que matar ni eso, no, a nadie. Y de noche, de las sierras de allí, bajaban con habichuelas, harina, patatas... ¡coño, unas patatas como de capazo!.

Y no tuve que ir -en el tiempo que estuve allí- *ná* más que dos noches haciendo la guardia y registrando a los que bajaban de la sierra, a todos los que bajaban. Yo solamente le recogí dos pellejos de vino a uno. Yo los dejaba, vamos, me presentaba, los llamaba y eso, pero yo me acordaba de mi familia y yo... ver cómo están ellos y yo robando a esta gente... Allí era eso, de registrar, pero yo me arrimé solo a ése, que tenía una tasca de vino, que nosotros íbamos por las tardes a su tasca.

Y un día habíamos bebido un poco de vino y éste se fue por el vino y le dije: “mire usted, no eche usted por ese camino que vamos a salir. Yo no sé si saldré yo, pero la pareja va a ir”. Y por la noche. cuando salimos, pues le dije al compañero: “a este tío hay que respetarlo esta tarde y ir con tiempo y que vaya por una senda con las bestias”. Y vino ese tío -que iba con la carga de vino- y me dice: “el que se tiene que apartar es usted”. Y digo: “¿yo?, tire usted delante, pero delante a la puerta del cuartel, y que no tenga que chillar ni *ná*, *ná* más que derecho al cuartel”. Y allí se quedó el vino. Y nos lo bebimos nosotros; pero se tiró, lo menos dos meses allí los pellejos de vino sin tocar.

Estuve allí, en Ugijar, 2 años o no llegó a 2. Y cuando terminó la guerra me llevaron a Almería, a un sitio que había *estao* antes una cuadrilla de caballería allí. Porque, cuando se terminó la guerra, que vino el oficio al cuartel... Aunque lo sabíamos antes, porque habían *empezao* a desalojar gente, pero nosotros hasta que no eso... Y llegaron dos sargentos nacionales al cuartel y fueron los que nos dijeron la papeleta que había: que había *terminao* la guerra. Y estuvimos allí esperando dos días, que me tenían que escribir de aquí para volver, pero....

Hijo: pero él iba con un amigo que era de Falange y mi padre se empeñó en que se venía... y fue cuando lo cogieron y se lo llevaron a Aviator, al Cuartel Militar de Almería.

De Ugijar, en un coche nos llevaron a Almería y allí nos encerraron. Yo estuve un mes porque no llegaban los papeles; llegaron tarde. Porque de aquí lo escribieron, pero allí no llegaba. Si, allí, aquello se ponía como de aquí a la plaza, esperando los papeles, que aquello metía miedo de tanta gente. Y, ya, una tarde, fui yo -cuando me nombraron- y ya, me dieron el papel, me dieron la cena -en seco- y, ya, a tomar el tren *pa* venirme *p'acá*. Y todavía se quedaron allí... ¡pues no se quedaron pocos cuando yo me vine!.

Hijo: estuvo en un campo de concentración, donde los llevaron a todos cuando terminó la guerra y según las conductas que mandaban de los pueblos, así hacían. Eso fue cuando el Tío Paco, Franco, dominó “la España entera”. Eso fue porque mi padre no se pudo venir hasta que no le mandamos la documentación de aquí como que era afecto al régimen franquista. Porque mi padre siempre fue de derechas, pero los republicanos lo mandaron allí, de guardia. Y de aquí hubo que mandarle la documentación como que él fue obligado, no voluntario. Y aquí, el alcalde u otro informaba de que ése no y entonces lo soltaban.

Y ya volví, pero el día nueve de marzo fue cuando me bajaron del cuartel con el coche, y volví aquí el seis de mayo, que se había *pasao* ya la fiesta de la Cruz, la del tres de mayo.

Hijo: esa es la fiesta principal de aquí, de Abanilla, el tres de mayo, pero ese año fue flojo, faltaba mucha gente.

Mi mujer se había *subío* a la casa del callejón de San Juan, que se había ido ella allí con el crío, cuando cerró la taberna. Y cuando yo vine, *pa* montar otra vez la taberna nos bajamos otra vez a la plaza, pero ya, a otra casa, que teníamos la casa ahora en la misma planta que la taberna. Como pasaba tanto personal por la plaza enseguida vieron que eso y se enteraron que había abierto otra vez la taberna, que la taberna primera se abrió porque a la Manuela le gustaba eso. A ella le gustaba mucho, pero a mí también. Ella siempre iba con las mangas *subías*, vamos, sin mangas o *remangás*. Hiciera calor o frío, ella siempre *remangá*.

Yo le llamaba Manuela, pero se llamaba Manuela Corazón, era las dos cosas. Fuimos novios por lo menos 8 años y ya me casé, pero no fui al servicio, por hijo de viuda.

Hijo: mis padres se llevaban 2 años o así. Ella tenía mucho genio, se llamaba Manuela del Corazón, pero según el registro yo soy hijo de Manuela y mis hermanos son hijos de Corazón.

Ella y yo llevábamos la taberna. Me acuerdo que cuando estaban haciendo el canal de ahí, venían muchos aquí, a la taberna, y cogíamos una garrafa de agua y ¡a la caldera! y cogíamos un paquete de... yo lo diré... de eso negro para hacer café... de *chicoré*. Es que un café y una copa de *coñá* valía seis reales; café, era agua con agua, pero estaba caliente.



De mis amigos de entonces no me queda ninguno ya, bueno, me queda uno que tiene 94 años, que ha sido carbonero y yesero, se llamaba Paco, *el* Narros. Los que sí están muertos son: Aniceto Carrión y Pepe, *el* Lobo. Los que más, éramos esos tres y yo, que nos íbamos a la tasca del Tío Pintao, *el* Niño, porque a la mía íbamos a comer que...

Hijo: es que allí se hacía de todo, había: *mondongo*, *michirones*, escabeche, caracoles,... había de todo. Mi mujer y mi madre todo el día estaban haciendo comidas para

la noche. Yo es que me casé, y como era el mayor, y los otros dos eran pequeños, pues mi mujer y yo estábamos con ellos, ayudándoles. Y como mi madre murió muy joven, que murió a los 56 años, y estábamos allí; porque nos salió trabajo para irnos a Valencia pero como estaba él viudo y con los dos críos chicos, ¿cómo iba a irme?, me quedé. Yo me quedé con ellos y ya, después, cuando se casaron mis hermanos, él siguió con nosotros. Mi hermana vive ahora en La Murada, a siete kilómetros de aquí. Mi hermano José Antonio está en Mallorca ya 14 años, con Ferrovial trabajando, pero él siempre ha estado por ahí. Estuvo en Francia... ha corrido por muchos sitios.

Yo no he ido a verlo allí porque tengo miedo al avión, yo no monto en avión, yo solo voy por sendas donde *haiga moñigos*.

Hijo: se refiere a las *cagarrutas* de los borregos y de las cabras.

A ese hijo es que tampoco le gustó la taberna, le gustó más también los albañiles como a éste.

Hijo: él fue albañil porque lo metí yo, que estaba en eso y lo metí. Yo lo metía a las obras donde yo estaba y le enseñaba y le explicaba. Y él, que se ha *espabilao*, que ahora lleva unas obras que... La veteranía hace.

Al cerrar la taberna me vengo a vivir aquí, a la casa de éste hijo, el mayor, Paulino.

Hijo: la tasca se cerró el día de Nochebuena del año 67.

Yo compré un solar, hice una casa y la tuve *alquilá* 2 años. Está ahí abajo, al *lao* de los Médicos, que vive ahora allí un nieto mío. No la utilicé, ya, como se murió mi mujer. Porque esa casa era *pa* cuando cerráramos la taberna, pero me vine con mi hijo aquí y aquello se alquiló. El solar me costó cinco mil duros, que se lo compré a Paco Ayala. Y la casa la hizo mi hijo éste.

Hijo: estuve allí yo ocho meses, que tenía que cargar hasta con el agua hasta allí. Esa casa la hice para que se fuera mi padre allí y para que tuviéramos una casa propia, que siempre habíamos *estao* de alquiler. El solar se compró en el 59 pero se terminó la casa ya después de la muerte de mi madre. Allí hice casa en la mitad del solar y la otra mitad la dejé de patio.

Como el alquiler de la taberna no era muy caro, que se pagaba siete duros, estuve allí un poco más, ya sin tasca ni *ná* y después me vine aquí.

Hijo: mi madre se murió el ocho de noviembre de 1960 y ella vio el solar ese, pero ella no vio la casa ya. La taberna se cierra cuando él tiene, ya, 65 años, en 1967.

Se murió, que estábamos *acostaos*, era amaneciendo a domingo y era cuando preparábamos las cosas y yo me levantaba, que venían los carreteros. Yo me levantaba primero y hacía las cosas y ella se levantaba después. Pero esa mañana, que era amaneciendo a domingo en la mañana, canta un gallo que teníamos y digo: “¡juy! pues ya, este pillo, sabe que son las cinco”. Y me levanto, hago de levantarme, y dice mi mujer: “¡jay!”, y se murió. Y ella estaba bien, no le pasaba *ná*. Si tenía yo todo *preparaao* para el día de domingo...

Hijo: no, mi madre se murió dos días después: el seis de noviembre del 60 a las siete menos cuarto le dio una embolia y estuvo el día seis, que fue domingo, el siete, lunes y, ya, martes, dando los tres cuartos de las cinco de la mañana se murió. Eso lo sé yo porque lo tengo grabado en la mente, no porque me lo haya contado nadie. Fui a verla, le digo: “¡mama!”, abrió los ojos y se murió. Se murió el ocho de noviembre del 60. Era martes.

Cuando eso ya estaba *casao* mi hijo éste y mi nuera y él estaban con nosotros; pero luego ellos se vinieron aquí a vivir, aquí al *lao*, que esto donde estamos todavía no estaba hecho. Pero mi nuera Beatriz se vino, pero aquí ella sólo venía a dormir. Ella estaba todo el día allí, en la taberna, y mi hijo con los albañiles.

Hijo: mi mujer era la que hacía la comida en la taberna. La enseñó mi madre y, ya, cuando ella murió la hacía mi mujer. Aquello por las tardes se ponía de gente... pero no se ganaba *ná*, porque si se hubiera ganado hubiera hecho algo de... Si un *chato* de vino -que era el vaso casi entero- eran dos reales y un café de puchero con coñá, una peseta, qué iba a ganar.

Pero a mí me gustaba aquello...



Cuando se murió *la Manuela*, alguna por ahí quería... que quería ese conmigo, pero a mí se me metió en la cabeza que iban a robarme las “perras” y ya, me dio miedo. Y que no me hizo falta, que no salió ninguna que... Yo estaba bien, estaban éstos conmigo.

Hijo: la taberna última se cierra porque mi padre ya estaba harto de taberna y yo estaba hartísimo. Claro, él harto y yo hartísimo, porque no tenía ya... Porque mis hijos eran pequeños y mis hermanos eran ya grandes y no tenían mucha gana de taberna y yo dije: “¿pa qué esto?”. Ellos dos no tenían gana y me cabreé y dije: “pues esto se quita”. Pero eso hubiera sido un buen negocio, otros se han enriquecido después ahí, pero es que, claro, aquello funcionaba cuando estaba mi madre y estábamos todos allí en pie: estaba mi madre, mi padre, mi mujer, yo. Y, claro, entre los cuatro le hacíamos “aire” a todo lo que viniera. Mis hermanos no. Mi hermana, entonces, se dedicaba al mayor mío; claro, que tuviera una pequeña obligación. Pero, ya, ella se casa... Estuvo ella allí -el matrimonio- unos meses, pero aquello perdió y tuvimos que volver nosotros. Y, ya, cuando a mi padre le van a pagar la pensión, que el sólo tiene pensión de lo que él cotizó aquí, que de Francia y eso no tiene. Él tiene pensión de lo que cotizó en la taberna, pero aún podía haber tenido más paga, pero ya al final le dijeron que tenía que pagar siete mil pesetas de golpe y él eso ya... no quiso darlas y ya le quedó poco.

Y, ya, cuando cerré la taberna, entonces, me dediqué a la huerta, a plantar *cosuchas*, en el terreno de Mahoya. Lo compró mi hijo.

Hijo: después de jubilarse él, compré un bancal en la huerta -en Mahoya- y con el Ves-pino que se compró él, cuando la taberna, iba allí, a por la alfalfa para los conejos que

tenía yo aquí... Pero eso le dio después de jubilarse, antes no había hecho nada de eso.

Ya, puse la huerta, pero poco, para la casa y para los animales. Era poca tierra, no llegaba a la tahulla, eran dos *bancalicos*. Plantaba alguna *matucha* de patatas, alguna de habas... Iba por las tardes, pero, a veces, iba por las mañanas y por la tarde.

Hijo: él cuando se jubila se dedica a cuidar la huerta, los conejos, las gallinas... lo que estoy haciendo yo ahora, lo hacía él antes. Y también se iba al los *Pensionistas*, al Club, con mi suegro. Aquí es que le llamamos, le decimos los *Pensionistas* a lo del Club de Pensionistas.

Soy socio del Club, que pago la contribución... la cuota de trescientas pesetas. Allí jugaba al tute y al *dómino*.

Hijo: se jugaban el café o la leche o la manzanilla. Pero eso se abre mucho después de jubilarse él. Si estará abierto unos 15 años o así.

Antes de eso como no había *ná*. Entonces nos veíamos los amigos: *el Aniceto* y *el Lobo* que venían por aquí, pero ellos ya al Club, no fueron ya, se murieron antes. En el Club jugaba con otros, con *Damián*, con *el Pedroles*, que yo los conocía de antes; pero esos también se han muerto, si no queda ninguno.

Hijo: mi suegro también jugaba con él allí, se murió hace 8 años, él era *Cecilio*. Pero por las mañanas él siempre tenía faena: con los conejos, con las cabras... y él se iba a la huerta andando, a *Mahoya*, donde va la romería el tres de mayo. Ya, deja de ir a la huerta cuando se cayó con el *Vespino*, hará ya 11 años.

El *Vespino* era azul y lo del accidente fue que ahí, en el cruce de entrar al pueblo, lo estaban arreglando y había arena y al dar la curva había un montón y giré y se me fue la moto y me caí. Y, ya, se acabó la moto. Luego, iba a la huerta, pero andando.

Hijo: la huerta está a tres kilómetros. Yo le retiré el *Vespino* y lo cambié por una *Derbi Variant*. Y lo vi un día probando con ella y le dije: "¡eh!, ¿dónde va?". Él probó a ver si esa la manejaba, pero no lo dejé, no. Esa ya era más moderna, arrancaba con botón. Pero él ha estado saliendo sólo, hasta noviembre del año pasado, hasta lo de la neumonía que pasó. Se iba a los *pensionistas*...

A los *Pensionistas* iba si me venía bien, al paso. Iba por la mañana, hasta la hora de la comida y, si no, me sentaba por ahí al sol y pasaba el día. Yo iba allí porque, ¿dónde iba a ir, si no?. Yo, con los *Pensionistas* he ido a muchos viajes. He ido a *Torrevieja*, a *Alicante*, a *Benidorm*... a muchos. Mis amigos esos se venían: *el Pedroles*, *el Narros*... Pero *Paco*, *el Narros* iba poco a los *Pensionistas*, él es que seguía trabajando; yo iba a ayudarle algunas veces.

Hijo: él se iba a los viajes con uno, que si no iba mi padre, el otro no iba, con *Paco Fermín*.

Pero también se venía mucho *Paco*, *el Narros*, que también era viudo como yo; que tuvo una desgracia y se le murió la mujer. He ido a muchos viajes, llenábamos el coche con 34 ó 35 y nos íbamos, me apuntaba a muchos. Éstos también se han *veníó*.

Hijo: sí, hacían lo menos cuatro o cinco viajes al año y él se apuntaba a casi todos. Nosotros también hemos ido a algunos, mi mujer y yo.

El último que fui, hace ya lo menos 2 años o así, que fuimos ahí, a la huerta y se vieron ellos; pero así, de viaje largo, hace más que no voy, hará 4 ó 5 años que no he ido ya, porque las piernas ya se me cansaban.

Hijo: es que, claro, se cansaba de tanto viaje en el autobús, pero iba. Lo que pasa es que necesitaba a alguien fuerte que le ayudara a subir y bajar del autobús. Pero él ha *corrío* mucho y le ha *gustao* mucho andar por aquí por el pueblo y por el campo. Lo de las piernas así, mal, mal, las tiene desde hace tres meses. Es que mi padre, se levantaba -ahora no, por lo de la neumonía- pero hasta hace unos meses él, el desayuno y la cena eran por su cuenta, se los hacía él. Con nosotros sólo hacía la comida. Él tenía su llave, venía cuando le daba la gana, se acostaba, no tenía que dar cuentas a nadie...

Yo, me gustaba de salir a andar por aquí y por allí. Iba con *el Casildo*, íbamos por ahí, a pasear por el pueblo. Nos sentábamos por ahí, en una sombra y pasábamos el rato y eso. Pero *al Casildo* no le gustaba lo de los *Pensionistas*, a él le gustaba lo de andar por el campo y nos íbamos los dos. Pero ahora las piernas las tengo malas, las piernas son las que te llevan y las tengo malas.

Hijo: lo de las piernas es de poco tiempo. Y lo demás lo tiene muy bien. La vista la tiene perfecta y el oído también.

Es que ahora no puedo salir a la calle a ver el personal... Pero ahora después me tienen que sacar que me estire un poco, a estirarme algo.

Hijo: él sale conmigo o con algún hijo mío. Lo sacamos a dar una vuelta por ahí, por la puerta de la calle, como sólo hay un escalón.

Me faltan pocos días para cumplir los 96 años, 12 días *na* más.

En Abanilla, marzo de 1998
José Tenza Ramón



Me llamo José Castellanos, pero aquí en el pueblo me han llamado siempre *el Castellano*.

Mi padre era de Madrid y se lo trajo el Marqués de Ordoño, de guardia, a la finca que tenía aquí. Mis padres vivían en la casa que estaba a un cuarto de kilómetro de la del marqués, pero los domingos se venían a la casa de aquí, que era de mi abuela materna. Mi padre tuvo tres esposas, porque las dos primeras se murieron. Con la primera no tuvo hijos y con la segunda tuvo dos: Francisco y Juan. Mi hermano mayor -que era de otra madre- se lo llevó de pequeño la mujer del marqués, a Corvera, que tenían allí otra finca. Se lo llevó porque le hizo gracia. Y luego se quedó con la hija, a trabajar con ella cuando muere la marquesa.

Yo es que de algunas cosas no me acuerdo bien; me acuerdo, pero me acuerdo mejor si mi hija lo va diciendo, así parece que me viene mejor la memoria.

Hija: su padre se casó tres veces porque las dos primeras murieron de sobrepeso. La madre de mi padre era criada de los marqueses y yo me figuro que ellos lo arreglaron para que se casaran, porque su padre ya estaba viudo y con dos hijos; el menor tenía 2 años cuando se casaron. Pero no se ha encontrado en la iglesia esta boda, las dos anteriores de él sí, pero con mi abuela, no. Las dos primeras eran de El Palmar, pero mi abuela era de Molina, y se vino aquí a servir con los marqueses. El hermano mayor se iría porque no estaría a gusto con mi abuela porque no era su madre y como tenía más conocimiento... pero mi padre, cuando le preguntamos, siempre dice: "se fue porque a la marquesa le hizo gracia". A ese hermano es que lo vimos poco.

Mi hermano se quedó allí -de amo- fue el más listo; él tuvo la suerte esa, pues allá él.

Hija: su hermano ese -Francisco- vino una vez, que yo recuerde, porque quería que mi padre le hiciera lo del panteón del cementerio y, ya, no lo vimos más, hasta que se murió, que la familia nos avisó y mi padre y mis hermanos fueron al entierro.

Mi otro hermano -Juan- estuvo de albañil, como yo, pero lo dejó porque no le gustaba y se hizo guardia civil.

Hija: ellos fueron muchos hermanos, pero...

De mi madre sólo vivimos mi hermana María -la mayor- y yo; pero nacimos seis. Mi hermano Manuel, que iba detrás de mí, se murió a los 18 años de una gripe. Mis tres hermanos pequeños murieron de chiquillos: Ramón se mató con la noria, porque le dio el palo en la cabeza y le levantó la tapa de los sesos y duró cuatro o cinco días; Luis se tragó una moneda y se murió, tendría 8 ó 10 años, no me acuerdo bien; y Consuelo se murió de una epidemia, de gripe o así.

Hija: el otro hermano -el guardia civil- se murió enfermo, después de la guerra.



Me acuerdo bien del marqués, era buena persona, pero yo con ellos no quise estar, yo quería un oficio, el campo era un trabajo muy bruto. Mi padre no trabajaba, él estaba de guardia y de administrador de la finca, tenía gente que le trabajaba. Como había que trabajar en algo... Mi padre no sabía leer ni escribir. Pero teníamos que trabajar, porque entonces no se estudiaba como ahora. Yo fui sólo 2 ó 3 años a la escuela, pero aprendí a leer y escribir.

Yo me fui de albañil, de peón, con 8 ó 10 años porque no me gustaba el trabajo en el campo en las tierras del marqués, era un trabajo muy bruto. Yo quería un oficio y me fui con *el* Tío Roque, que era un vecino de la casa de aquí de mis padres. Estaría unos 4 ó 5 años con él, pero no tenía mucho trabajo y lo dejé y me fui con Jesús Montoya, que yo ya sabía el oficio; yo estaba de albañil con ellos. *El* Montoya tenía ya tres o cuatro tajos, con cuatro hombres en cada uno. Un tajo llevaba cuatro hombres, pero me fui con Anastasio, que me gustaba más. Ya estaba Nicolás, su hijo, con él, que había *estudiao*, era... había hecho Arte y Oficios.

Estuve trabajando primero con Anastasio, pero luego estuve con su hijo -Nicolás-, porque Anastasio murió. Nicolás no hacía casas, hacía cornisas, balcones,... y yo los colocaba; colocaba las piezas que ellos hacían.

Hija: él, es que ha tenido muchos jefes. Él iba colocando las piezas, pero él no las hacía. Las colocaba aquí, o en Murcia, donde fuera.

Ellos hacían los moldes y las piezas y nosotros -los que estábamos trabando allí- las repasábamos y las colocábamos donde fuera. *Mayormente* las que se hacían las colocaba yo; aquí y en Murcia. Las llevábamos con una carretilla, con un carro se llevaban, se apilaban y allí, en el sitio, se descargaban y, ya, las colocábamos. Yo llevaba un peón conmigo que me amasaba y yo las colocaba, pero a mí me gustaba hacer casas, ya lo creo, eso era lo que me gustaba, pero no había trabajo; y yo quería estar aquí, en El Palmar, pero eran casas pequeñas.



Estuve un año en la mili, en vez de tres, porque murió mi hermano Manolo; murió, y mi padre era ya mayor y me vine. Estuve en Mahón, en Menorca. Allí también estuve de albañil. Estaba *rebajao* de instrucción, hasta comía aparte de donde comían los soldados. Yo arreglaba las farolas y eso. Y el que limpiaba el cuartel también, dormíamos aparte, en otra habitación; éramos tres. Ibamos antes de repartir el rancho, antes que los soldados; estaba *enchufao*. Y, ya, me vine; tendría 22 años, tenía novia ya y le escribía cartas. Cuando volví estuve trabajando con *el* Montoya y también con Nicolás y, ya, me casé a los 24 años. Yo llegué a ser oficial, y maestro también, pero poco tiempo. Cuando me casé ya era ayudante, luego oficial y luego maestro.

Y ya, le dije a mi padre que tenía pensamiento de casarme, que tenía la edad suficiente para tener mujer y el hombre, mi padre, dijo: “te gusta y la quieres, pues hazlo”. Primero se lo dije a mi padre y entonces, ya, a *la* Teresa; y ella, pues claro, pues si estaba la pobre en la casa de su tío, que tenía muchas tierras y trabajaba mucho la pobre. Ella vivía aquí, la conocí aquí; tuve otras novias, pero no me gustaban.

Me casé y viví en la calle de los Muertos -que le decían- en la casa de mi abuela. Allí nacieron tres hijos y los otros tres en la calle de la República de Argentina.

Hija: le decían la calle de los Muertos, pero era la calle Conde Concepción. Se ve que por allí pasaban los muertos cuando los llevaban al cementerio y por eso le decían así.

Yo vivía al *lao* de la abuela, al *lao* de mis padres, en la calle de los Muertos, vivíamos *pegao*. Después, mi madre sacaba a mi padre a la puerta, al sol y allí le sacaba la silla y lo ponía. Luego, a la hora de la comida, lo metía. Él sólo no podía, no veía. Estaba muy *cansao* de las piernas y mi madre lo arreglaba y lo sacaba... hasta que se murió. Y, ya, cuando mi padre murió, ella se fue con mi hermana María. Mi madre era menor que mi padre, lo menos 5 años.

Hija: pero se fue más tarde, ella estuve viviendo allí, sola, todavía unos años; vivió todavía unos 8 años más. Murió en 1944, me parece.

Yo fui el último en casarme; los otros ya se habían ido, pero tuve que dejar la casa, les hacían falta *los cuartos* a mis padres. La tuvieron que vender para poder comer... mi padre estaba ya mayor y no tenía *ná*, ni pensión ni *ná*. Y mis hermanos: el mayor no le ayudó *ná* y el guardia civil no podía, no tenía, y estaba en Alcantarilla y, yo, yo no tenía *ná*, *na* más que hijos. Mi padre es que, ya, el marqués vendió la finca y se quedó sin trabajo, estaba casi ciego; tenía ya 70 años o así y hubo que vender las dos casas, la una y la otra.

Hija: una la vendieron y se la “comieron” y la otra, cuando muere su padre, también la vende su madre, a una vecina. Se la vendió y se la pagaba poco a poco -cada semana le daba un cantidad-, pero ella seguía viviendo en la casa. Nosotros le llevamos de comer bastante tiempo hasta que se puso mala y se fue con la madrina, con mi tía María.

Mi madre vendió la casa porque le hacía falta y yo no podía darle, con cinco hijos que tenía ya... Mi madre se fue con mi hermana a su casa y mi mujer iba a ayudarle cuando ya estuvo mala. Yo, es que he ido siempre muy escaso de dinero, pero de *casao* era diferente. Mi padre es que ganaba muy poco, le pagaban seis reales a la semana y yo, luego, ya ganaba más que él. Yo, de los de la colocación de las piezas era de los que más ganaba, pero los de hacer las piezas, esos ganaban más que yo. Yo, bien, bien, económicamente, no he estado nunca. Había épocas, que bien porque se vendía algo de la tierra o bien porque era una buena racha de casas; pero bien, poco tiempo. También se vendía la seda, que la Teresa, mi mujer, criaba gusanos, y como teníamos *moreras* en la huerta...

También estuve fuera de Murcia, en Barcelona, en Balcarcas, en el puerto, porque no había trabajo aquí y nos fuimos unos cuantos de aquí del pueblo allí a trabajar. Estaba recién casao, iba temporadas que avisaban, cinco o seis meses.

Luego, me fui a probar yo solo con mi tajo, a lo 40 años, pero volví con Nicolás. Quise probar yo... a ver... pero no había trabajo y volví con Nicolás, que él ya me dijo que volviera cuando quisiera. Y si con él no había, me iba con otro, con Pepe *el Mármol*. Eso fue cuando ya estaba la guerra, los últimos años de guerra. Quise probar, pero...

Hija: él probó, pero como no había trabajo, pues cambiaba y volvía con los patrones. Si era la guerra, ¿qué trabajo iba a haber?.

Yo no fui a la guerra, me libré... Yo, antes de la guerra ya sabía todo lo de hacer casas, que era lo que me gustaba. Aprendí a hacer planos y a hacer la casa, pero sólo de un cuerpo, un cuerpo de casa. Entonces no se hacían pisos, sólo los cuerpos en bajo y se echaba tierra con yeso, no había cemento. Mi casa de la calle República la hice yo solo, yo era el maestro. La hacíamos los domingos: de domingo a domingo, porque durante la semana tenía que trabajar.

Hija: sí, le pusieron “la casa de los domingos”.

Ya sabía yo manejar los planos. Me enseñó mi primo, un primo de mi mujer, Juan, pero le decían *Juaniche*, que fue el que estuvo haciendo el Cristo de Monteagudo. Era cantero y se metió a maestro albañil con Anastasio también, él sabía mucho. Me cogía y me enseñaba, pero porque quería él, sin pagarle, era de la familia.

Los del trabajo, algunos eran amigos, pero yo salía poco. Salía con unos amigos, familia de mi mujer, un primo, *el Nene*, *el Antonio*. Salíamos los domingos en la tarde y nos íbamos al camino viejo, al Barrio de los Gatos y jugábamos al truque. *El Tío Santos* también salía conmigo, que estaba casao con una hermana de mi mujer, era menor que yo, pero poco. No tenía mucho tiempo de salir, pero jugábamos al truque los domingos en los ventorrillos que se decía, pero todos se han muerto ya, no quedo *na* más que yo de los que éramos. Pero poco tiempo me queda, porque es mucha la edad que tengo ya y estoy regular; la fatiga me lleva de cabeza.



El primer Cristo de Monteagudo lo hizo Nicolás; yo fui a ponerlo. La base era maciza de... ladrillo y el Cristo de cemento y *pintao* de blanco. Pero lo tiraron los republicanos, con una cuerda, de la cabeza, porque no les gustaba eso. No sé si fue antes de la guerra...

Hija: mis hermanos aprendieron de él, lo de hacer moldes y eso...

Yo enseñé a mis hijos a hacer los moldes y los planos y las piezas para los salones, las escaleras,... Era de escayola y para las fachadas. Pero todo el mundo no ponía, muchos dejaban la fachada *repellá* de piedra o de ladrillo y sin enlucir. Eso lo ponía el que podía.

A mí me gustaba más lo de las fachadas, pero no había trabajo; y me gustaba Nicolás y su padre porque eran serios con el trabajo. Pero entonces, no se ganaba *na*, qué

va, pero como tenía la huerta con patatas y eso, pues no pasábamos hambre; pero *ná*, no se ganaba *ná*.

Hija: mis hermanos fueron los que pusieron aquí una empresa...

Mi Ramón se puso aquí... él empezó con dos muchachos, ya antes de casarse, después de venir de la mili. Empezó haciendo las tumbas de cemento, empezó él primero, en este solar, que no era mío, era *alquilaro*; bueno el dueño dijo que me metiera y que trabajara... pero tenía unas higueras y tenía higos y me dijo que se los cogiera y se los llevara... y sólo por eso me dejó el solar. Yo estaba entonces con Nicolás, pero mi hijo Ramón fue el que se puso aquí el primero y, luego, ya nos pusimos todos y, yo, al frente.

Hija: sí, la idea fue de mi hermano mayor y, ya, cuando fue teniendo trabajo se fueron viniendo todos con él. Él fue buscando trabajos y ya se vinieron todos juntos. Hacían balastradas, portales, de todo eso. Mi hermano mayor era el que organizaba y hacía. El que buscaba los trabajos. Ramón se casa a los 26 años; ahora tiene 75 años. Cuando él se casa, ya estaba trabajando en el solar que había aquí, pero pocos años. Se establece y se casa al poco tiempo. Mi padre prepara la casa ésta en bajo, un cuerpo de casa, en esto, que era un solar y fue donde primero pusieron la empresa.

Aquí hacíamos piezas de cemento y hacíamos los moldes. Se hacían portales, huecos de puerta, cornisas,... pero aquí, luego, no iba bien, no, y se compró un trozo de terreno en Murcia. Nos metimos allí; allí había más trabajo. Mi Ramón fue el que buscó aquello, pero yo lo dejé y ellos siguieron bastante tiempo allí, lo menos 40 años estuvieron en total; pero ya no siguen; allí tienen su piso cada uno ahora. Ya están dos jubilados, me parece.

Hija: Perico, el segundo, se casa a los 6 años del mayor y es cuando nos venimos a vivir aquí, porque Perico se fue a la casa donde estábamos todos, en calle República y ya llevaban ellos unos años trabajando los cuatro juntos en la empresa.

Yo con ellos estaba "a la vista", de jefe, pero ya no iba a poner las piezas y eso; yo estaba viendo lo de fundir, pulir y eso.

Hija: las cuentas se hacían aquí, en mi casa, venían a repartir lo que sacaban en la semana, pero, ya, al estar cuatro casas para repartir, aquello fue disminuyendo...

Cuando ellos se van a Murcia también yo me ponía allí a hacer, pero luego ya iba a ver, a ver... yo ya cobraba pensión -que me la arregló mi hijo Ramón-, 1.000 pesetas de principio, al mes. Empecé a cobrar cuando ellos se van a Murcia, que ellos ya iban bien, ellos solos. Yo estuve yendo unos 8 años. Yo allí hacía... unas veces me ponía a coger la máquina de pulir piezas... pero *ná*, no hacía casi *ná*, hacía poco. Ya no hacía falta, tenían personal.

Me gustó cobrar pensión, pero cobraba poco, con eso no podía vivir. Me la dan por lo de antes de la guerra. Me quedó porque me cotizó Anastasio, antes de la guerra.

Hija: después de la guerra es que no se cotizaba, y como aquí los maestros de alba-

ñilería eran maestros, pero no de estudio... que se hacían maestros. Y trabajaban, pero aquí -en El Palmar- no había trabajo fuerte. A él le ayudaban ya mis hermanos, porque con la pensión solo no... Ellos sacaban cuentas los sábados, aquí en mi casa, y se repartía según los *casaos*. Tantas casas, tantas partes. Y también estaba la tierra, que se plantan patatas y se sacaba dinero de eso, en aquel entonces, que luego ya no.



El Manolo, el pequeño, es que no lo esperábamos, vino porque Dios quiso, que yo no lo busqué, porque ya tantos... Mantener tantos hijos costaba trabajo; pero ya lo creo que me alegró y a ella, a mi mujer, también.

Hija: Manolo es que es el más joven, nació en 1940, ahora tiene 57 años... y la nieta mayor 47 años. Se lleva 7 años con el que va delante, Pepe. Manolo le tenía más respeto a su hermano mayor que a su padre, porque lo mimaba más mi padre.

Lo mimaba yo más que ninguno. No lo quería más que a los otros, pero siempre el mayor y el pequeño... pero, yo, a los seis igual, no puedo decir que ni uno ni otro. Yo, ¿qué voy a decir?, son mis hijo, pero eso...

Cuando se casa *el Manolo*, vivíamos aquí, pero en bajo; era el último, ya nos quedamos los tres solos, él estaba más *mimao*.

Hija: cuando Manolo se va a Madrid a estudiar lo de aparejador, a los 20 años, nosotros ya estamos aquí, en el bajo viviendo. Y cuando él vuelve de Madrid -que estuvo 6 años- está la empresa en Murcia al menos un año.

Pero yo iba *ná* más que por las mañanas, siempre por las mañanas. Por la tarde me venía aquí, a mi casa. Unas veces me iba para la huerta, otras me quedaba en mi casa... hacía cualquier cosa, pero... *ná*. En la huerta unas veces iba y regaba, pero... casi *ná*.

Hija: lo mandaban mis hermanos a que fuera a la huerta y se entretuviera, y ellos le seguían dando...

Claro, me ayudaban mis hijos y también tenía lo de la huerta, de la tierra, de las patatas... y de los animales, que se criaban y se vendían.

Hija: la empresa se va a Murcia en 1965 cuando mi padre tiene 68 años, pero él sólo va por la mañana y por las tardes un año o así, luego sólo va por las mañanas. Cuando mi madre murió, hace 21 años, todavía él iba alguna mañana, pero, ya, muy poco.

Pero no me gustaban a mí las tardes sin hacer *ná*, no me gustaba. Me gustaba de estar entretenido, en cualquier cosa. A Murcia no iba porque no hacía falta allí.

Cuando yo me jubilo es que mi mujer ya estaba *mala*, ya no salía a la calle, estaba mala de... mucha fatiga que le daba.

Y, ya, me iba a la huerta, más bien por las tardes o al casino. Por las mañanas estaba aquí, en mi casa, cuando era en bajo, haciendo cosas: los animales -pollos, gallinas,...- y la parra y al ambulatorio, al médico para mi mujer.

Hija: es que a mi madre cuando ya estaba muy mal, el médico le cambiaba a menudo las medicinas y probaba con otras a ver si mejoraba y, yo, no tuve que pisar el ambulatorio, fue mi padre el que iba y me las traía y el que iba a la farmacia.

Si no iba a la huerta por la tarde, me venía a mi casa, pero, algunas veces, salía con los amigos, también jubilados, y me juntaba con ellos. Íbamos al bar o al casino y jugábamos al dominó, pero sin dinero.

Hija: en el casino, que empezó más tarde a ir, sí jugaban dinero, se jugaban un duro, que vino un día él diciendo que había *ganao* ocho duros.

En el casino jugaba al dominó, al truke no, pero en el Hogar del Pensionista no jugaba, iba a ver jugar... ya no se jugaba al truke, eso era de joven, cuando yo jugaba con Santos y esos; pero de más joven -de mozo- es que no se jugaba a *ná*, no había como ahora, que hay los sábados y los domingos. Entonces se trabajaba los sábados y los domingos... y siempre. No había descanso, pero cuando me caso, entonces ya, sí. Salíamos los domingos -las tardes-, los domingos en la tarde y no íbamos allí, "al barrio de los gatos", pero la familia, nos juntábamos los de la familia y jugábamos al truke, pero con la familia más que con los amigos.

Hija: cuando ellos -los hombres- terminaban de jugar, entonces venía a recogerlos a nosotros, los hijos, que lo esperábamos en la casa de mi abuela.

Yo al casino es que solo iba por tardes, no bebía, sólo tomaba café, pero dejé de ir. Al Hogar del Pensionista iba poco y un día, al cruzar la carretera resbalé y caí. Me hice un rasguño en la cabeza; eso hace ya 20 años, ¿no, Nena?

Hija: no, no ¡qué va! Hace 12 ó 13 años que está el Hogar del Pensionista y eso hace menos. Eso fue poco antes de operarse de la vista y se operó a los 90 años, así que eso hace 11 años o así.

Me caí porque tropecé con el bordillo de la carretera y caí para dentro de la carretera, que sí no... y, ya, volví cuando me puse bien, pero poco; no me gustaba, porque, ya, la gente que había no era conocida casi. Yo le ayudaba aquí a mi hija, le ayudaba a ella aquí. Yo iba a lo de los médicos, por la mañana, para mi mujer. Cuando ella se muere, yo ya no voy al casino y antes poco. Después abren el Hogar del Pensionista, que me apuntaron, pero al Hogar fui poco, no me gustaba. Allí, se ponían a jugar y yo no tenía amigos así, como tenía en el casino, que eran amigos de más tiempo.

Hija: todavía después de morirse mi madre sigue él yendo un tiempo al casino, hasta que abren el Hogar...

Primeramente iba al bar y después al casino, cuando lo abren. Después abren el Hogar del Pensionista, que me apuntaron, pero al Hogar fui poco, no me gustaba. Allí, se ponían a jugar y yo no tenía amigos así, como tenía en el casino, que eran amigos de más tiempo. Ya, al casino dejo de ir porque ya no... había poca gente ya, se iban jubilando y no surgía aquello... Me iba a las cinco y volvía a las ocho o las nueve.

La Teresa no se venía; antes no iban las mujeres a eso y como estaba mala...

Los del Hogar del Pensionista es que eran viejos ya. Eran *mayormente* de fuera del pueblo. Eran de Sangonera, de Corvera, de Aljucer... de varios sitios, que se habían venido aquí a vivir.

Hija: es que los del campo se bajaban a vivir aquí... y a mi padre no le gustó esa gente y dijo: "ya no voy más".

Jugaban la partida entre ellos y fumaban, pero yo no fumaba ya, yo lo dejé hace más de 50 años. Lo dejé a los 45 años, porque no me *prestaba*, tosía mucho...

Hija: fumaba mucho, hasta que se lo dejó. Fumaba mucho, que mi madre decía: "vamos a arder un día en la cama". Porque se acostaba con el cigarro, fumando.

Sí, de joven fumaba mucho; lo liaba yo mismo y, a veces, lo compraba ya, en paquetes de cigarros, pero lo dejé porque no me *prestaba* bien.

Hija: tú sabes, el trabajo que le costó dejárselo. Mi hermano Pepe le compraba *rogalicia* y se la hacía taquicos para que él se entretuviera.

También es que don Mariano -el médico- me lo dijo, que lo dejara. Yo, le arreglaba la casa y el jardín a él.



La vista es que fue a menos, a menos y tuve que ir al dentista... no, al oculista. Entonces fui y me *repasó* la vista; me puso las gafas, dos, pero ni veo con unas ni con las otras. Eso fue cuando ya no iba a Murcia, mucho después, a los 80 años o más. Me pusieron las gafas y, ya, a los 90, me tuvieron que operar de cataratas; pero primero fue de uno y luego era del otro, pero ya del otro no me operé, porque con la edad que tengo... Por éste ojo -el derecho- veo un poco, pero por el otro no veo *ná*. A ti te veo así... regular, pero sí te veo, *emboríao*, pero te veo.

Lo del oído es de poco tiempo. Así fuerte, de no oír, 5 años o así, pero no me he querido poner aparato. Oigo regular, ahora, hablando un poco *fuerte*...

Pero yo todo eso me sale después de dejar de ir a Murcia, menos la tensión, que ya la tenía alta antes... También estuve en el hospital, en la Arrixaca, que me llevaron...

Hija: lo llevamos a la Arrixaca hace 2 años porque cogió enfriamiento y los médicos dijeron que tenía alguna lesión en el pulmón y dijo que iba a durar poco, pero fíjate.

Pero yo lo peor es que no veo *ná*, no veo bien la tele ni *ná*. A la calle no bajo ya, no. Me da la fatiga y me tengo que sentar en una silla que me lleva mi hija. La última vez, hace ya un mes, que fui a ver una fachada... pero a mí me gustaría poder bajar...

Hija: yo hice el piso porque él quiso.

Vienen poco a verme los amigos porque es que se han muerto ya todos.

Hija: y tampoco le gusta que vengan muchos nietos juntos porque se marea.

Es que vienen y como no los conozco ya, tengo que estar preguntando quién son y de quién son y cómo se llaman.

Hija: si es que somos ya cincuenta y cuatro de familia y claro...

Si yo lo malo ahora es *de que* no puedo andar ni ir a ninguna parte; aunque hay otros que están peor, lo sé yo. Pero me gustaría ver más y oír más... y que no tuviera la fatiga que tengo.

Ya son 101, muchos años. Ha *cambiao* to, yo ya no entiendo bien... pero ahora, ahora se vive mejor.

Hija: pero bueno, él con todas sus miserias, nos sacó adelante a sus seis hijos y todo. Y, también, gracias a la tierra; el alivio eran las tierras, que íbamos todos cuando hacía falta.

Había melocotoneros,... en blanco: patatas y eso; después naranjos, después limoneros... Iba los domingos por las mañanas y algunas tardes. Yo, ya recién casao. me las dejó mi padre y las llevé yo, pero sacaba poco, algunas veces, 2 ó 3 años, los demás *ná*. La huerta es que se regaba y eso, no como el campo que si no llovía; el campo era peor. También heredé otras tierras, de la otra abuela, también el arriendo.

Si yo hubiera vivido... nacido en esta época, más tarde, hubiera sido otra cosa, ya lo creo, ¡dónde va a parar! Hoy se vive mejor que antes se vivía; y no se trabaja tanto como antes, que se trabajaba hasta de noche. Hasta de noche, y los domingos y los sábados; no había días de fiesta, *ná*... Y no poder vivir como es debido... y hoy sí se vive. Ha *cambiao* la cosa, ha *cambiao* mucho. La juventud trabaja menos. Ahora es otra cosa. Ahora pides *prestao* y te dan, antes, ni eso.

Hija: si es que él, como ha andado tanto... que ahora mandan *de* andar los médicos, pues por eso él ha vivido tantos años, porque la bicicleta que tenía era tan vieja...

La bicicleta es que era muy mala... y tan mala.

Hija: *luego a luego* andaba él más ligero que la bicicleta.

Siempre estaba rota y tuve que dejarla porque ya... pero es que tampoco me gustaban las motos. Y, entonces, bicicleta tenía quién podía; yo, siempre andando. La tuve ya de *casao*, y ni moto, ni coche. Yo andando, iba a Murcia andando.

Hija: claro, es que con lo que se ganaba antes no se podían empeñar. Mi madre decía que no se empeñaba en una máquina de coser porque no sabía si podría, cada semana, pagar los dos reales que costaba; que eso le pasó a una vecina suya. Mi madre cosía ajeno a mano y con luz de candil. Entonces, moto y coche, sólo tenían los ricos.

Y ricos había bien pocos, pero muy ricos. El marqués también se vino abajo y ya lo vendió todo.

Hija: es que la tierra se fue poco a poco, ya, no daba casi *ná*.

El marqués tenía otra casa en Murcia y se fue allí; se murió antes que mi padre.

Las tierras de mi padre me las da cuando él ya no aprovecha para llevarlas; y también a mi mujer le dio su madre las suyas, pero no eran propias, eran *arrendás*. Se pagaba poco, pero algo, era una cantidad al año, pero no me acuerdo cuánto.

Hija: ya, las compramos nosotros, los hijos, pero hace poco tiempo. Las compramos unas yo y otras el Manolo.

La huerta es que... las tierras eran arrendadas de mi padre y yo las seguí; pero se pagaba poco. Al principio íbamos mi mujer y yo solos a la huerta, luego ya iban los hijos también. Mi mujer es que estuvo tiempo mala, le daban fatigas de tanto como trabajó en la casa, con los seis hijos, que iba a la huerta, segaba hierba para los animales... si había cerdos, alfalfa para echársela... Unas veces había cerdos y se vendían y también se mataba alguno en la Pascua.

Ella se puso mala ya en la otra casa, pero murió aquí, en el bajo, hace ya mucho tiempo y nos quedamos los dos solos, mi hija ésta y yo.

Hija: ellos es que se han llevado muy bien siempre; ella no salía de mi casa sin él. Yo fui muy feliz con ella, ya lo creo.

En El Palmar (Murcia), marzo de 1998

José Castellanos Gambín





ujer, labores del hogar y del campo, 107 años.

Yo soy Josefica, *la Ratona*. Aquí, en el campo, casi todo el mundo tenemos apodos.

Mis padres se llamaban Carmen y Miguel. Ellos vivían aquí al *lao*, aunque él se crió ahí arriba, más arriba *del* Cañarico pero ya, cuando se casó, se vino a vivir *ande* mi mamá vivía y ahí estuvieron viviendo hasta que se han muerto, ahí al *lao*.

Yo, de enfermedades, no tengo ninguna, lo único ocho hijos que he *tenío*. Porque uno se me murió de *chiquitico* a los cinco días. Ese se llamó José Antonio, iba delante del Francisco y detrás de ésta, de Carmen.

Yo he *vivío* en cueva y nació en cueva también. Donde vivían mis padres había una casa y una cueva. Y le llamaban las Cuevas del Norte, porque le llamaban, al hombre que formó eso, no sé cómo, Norte. Las Cuevas Nortes le llamaban, que entonces no había esas casas que hay ahí enfrente, no las había, *na* más que viniendo de esa casa *p'acá*, *pa* la rambla, cuevas. Y nosotros vivíamos más *p'arriba*, no llega a un kilómetro de aquí. Allí arriba había una cueva que era de mis abuelos y mi madre -que era la más pequeña- se casó y se fue allí, a la cueva, entonces mi padre hizo la casa al *lao* de la cueva. Y allí hemos *vivío*... y todavía está.

Mi padre trabajaba con la *azá*, cavando, yendo a la Mancha. A última hora, ya, se puso malo, le dio una *miaja* de *paralí* y con una bestia iba vendiendo con dos *corvos* fruta por ahí, con dos *aguaeras* que se ponían a la bestia. Él vendía lo que pillaba, en tiempo de uva, uva, si no, naranja. Cuando no, iba aquí, a la plaza y cargaba fruta; iba a la plaza de Alcantarilla o al *mercao* de Sangonera. Él se murió ya mayor, de 82 años me creo... y mi mamá mayor todavía, de 87 años.

Yo tenía siete hermanos, éramos ocho y se murió uno, bueno, se murieron dos: primero uno y luego, *más después* se murió otro de 22 años. A grandes-grandes, hemos *llegao* siete: la mayor se llamaba Dolores; luego Juan; luego yo; Francisco, que murió de 22 años; luego Carmen, que también murió, de 4 años; después Encarnación, que también ha muerto... Sí, ya, se han muerto todos. Ya me he perdido, ¿cuántos llevamos?.

Hija: ibas por Encarnación, mamá. Van seis, faltan dos.

¡Ah!, Ángeles y yo.

Hija: falta *la* Isabelita, mamá, que iba detrás de *la* Encarna y antes de *la* Ángeles.

Sí, falta *la* Isabel. Se me han muerto *tos*, sólo quedo yo. De hermanos, porque de sobrinos y nietos y eso me quedan; y que sea por mucho tiempo.

Yo de pequeña no fui a la escuela; yo, a guardar pavos. No fui a la escuela porque aquí no había escuelas, ni en Sangonera tampoco había. Si había en El Palmar, yo no me acuerdo, porque yo creo que fui *al* Palmar, la primera vez, cuando nos llevaron a confirmarnos. Eso era un *extravío*.

Yo, con to lo que se me pida lo he hecho, *na* más que trabajos. Ya, cuando fui *ma-*

yorcica iba a coger almendras, oliva, a coger tápena... de *to*. A trabajar en la hoya -en la huerta-: coger bajocas, coger pimientos, que estuve una *temporá* cogiendo pimientos y abriendo, para el pimiento *molío*. Haciendo leña *pa* venderla, que eso ya lo hice yo después de guerra.

Cuando era pequeña, nos llevaba mi padre a dos o tres a la sierra *ande* se hacía la leña y la cargábamos nosotros y la bajábamos al sitio que el carro pudiera ir por ella. Mi padre tenía un par de bestias y se iba a hacer leña a la sierra y en la casa teníamos animales: gallinas, pavos... de *to*.

Ya, cuando era *mayorcica*, me daban una caña y yo iba guardando los pavos: sacábamos los pavos a la calle y yo iba detrás con una caña, guardándolos, para que no se fueran a la viña, que había uva, ni a las higueras, que había higos...Cogíamos los higos, los secábamos, los pisábamos en un cofín y teníamos higos *pa* el invierno *pa* comer. Entonces se usaba aquello. Todavía se usa por aquí, pero entonces, con más obligación.

Cuando lo de los pavos era yo muy *chiquitica*, tendría yo 7 años ó 10, lo más. Y, ya, cuando fui más *mayorcica*, pues ya, a trabajar. El primer jornal que tuve fue que fui a quitarle matas a un bancal de *guijas*.

Hija: las guijas son una cosa como los *pésoles*, como los guisantes, más *chafaico* que los guisantes.

Pues había un bancal -grande- *sembrao* de aquello -grande-, de matas grandes- y allí había muchas matas que había que quitarlas... Y con una picaza fuimos: yo, una hermana mía, y otros críos, a quitarle las matas. Y nos pagaron a cuatro *perrogordos* el día, muy poco... Era bien poco que a mi madre le sentó muy mal aquello. A las mayores, ya mozas, a dos reales, a esas un *perrogordo* más. Una peseta tenía diez *perrogordos*, como siempre, y dos reales, cinco. Ahora es que eso ya no se usa.

Cuando lo de las *guijas* tendría yo ya 11 ó 12 años o así, pero antes, en vez de jugar, yo, una *cañica* y guardando pavos. También tenía que cuidar de mis hermanos pequeños, pero cuando eso de los pavos era *mucho* chica, aunque tuviera 8 años, porque, claro, venían los cuervos, bajaban volando y se los llevaban, en fin...

Y también iba al campo a trabajar donde salía, echando *peonás*, como no teníamos tierras, era *to* a jornal. Lo mismo iba a cavar a un sitio que iba a hacer hoyos, que iba a regar, que iba a segar. Tenía que trabajar en un bancal, con una picaza, a quitar matas o coger oliva, a coger almendra... y yo me cansé y dije que me iba a Murcia a servir. Y me fui a Murcia, pero estuve poco tiempo, menos de 2 años. Me vine a mi casa cuando me iba a casar, porque mi novio vino, que estaba en Francia. Vino, y como era huérfano, que no tenía padre ni madre, ya, vino y nos *casemos*.

Mi marido se llamaba también Miguel, como mi padre. Él sí sabía leer y escribir, pero yo no aprendí, que no me puse yo en eso. Miguel iba y venía a Francia. Yo estuve sirviendo en Murcia varios años y, ya, me recogí a mi casa, que le

hacía falta a mi madre *pa* el *navego* que ella tenía... pero yo era novia de él ya.

Él vivía muy *cerquica* de mi casa. Se quedó sin padre y sin madre y trabajaba por ahí, pero al final y al remate, cuando íbamos a los bailes, pues *tos* nos juntábamos... Pero yo, no me ha *gustao* bailar, no me he *enseñao* yo a bailar. Él sí bailaba. Nos hicimos novios porque íbamos a los bailes entonces, a nuestras diversiones, que eran esas. Los bailes, lo mismo lo hacían en una casa que en otra, pero aquí mismo, en la *verea*, o ahí, más abajo... La música era una guitarra y una bandurria y el mismo que tocaba, cantaba.

Hija: pero entonces eran jotas y malagueñas, entonces no había *agarrao*...

No entonces no había *agarrao*. ¡Cómo era posible que se *agarrara* entonces una mujer con un hombre! Bailábamos las malagueñas, con postizas y la jota murciana. Se ponían así, cuatro *en hilá*, y daba gusto. El baile era ahí abajo en un ventorrillo que tenía un salón. Yo bajaba al baile con mi madre. Unas veces *agarrá* del brazo y otras platicando con una, con la otra... que esto ya no lo van a ver los de ahora. Bajábamos ahí, al Ventorrillo del Pierres o ahí arriba a otro. Mi padre no bajaba, bajaba con mi madre y si no iba con mi madre no iba nadie... No me dejaba bajar sola ni con amiga. Y mis hijas tampoco han *bajao* sin su madre. La Santina que es la más chica, iba ahí arriba *ca* el molinero o ahí abajo, y yo con ella.

Y cuando se echaban novio dentro de la casa, cada uno en una silla. Yo, cuando mi yerno le hablaba a mi hija mayor, yo criaba a la Santina. Llegaba el invierno, hacía frío, encendíamos lumbre y yo me sentaba con la cría. Pues, se quedaba la cría durmiendo: “ven Nenica -a mi hija- coge la cría y acuéstala”. Y yo no iba a acostar la cría, iba mi hija a llevarla. No es que no me fiara es que teníamos eso, que éramos así.

Hija: no nos dejaba que...

Ni un beso, aunque pudiera ser que alguno se escapara. Pues yo... a mí no me besó ningún tío, hasta que no me casé, no señor. Me quisiera o no me quisiera, si hacía el amago de darme un beso, le daba un trompazo. Y tuve otro novio, así hecho, porque hubo uno que también me estuvo hablando tiempo y era buen *zagal*, pero ya, nos *incomodemos* y, ya, seguimos amigos, pero el *noviaje* se rompió. Y tampoco me dio ningún beso. A mí no me dio ningún beso ningún tío hasta que me casé... y si me da se come un trompazo. Y eso no me lo enseñó nadie, lo aprendí yo sola. Entonces éramos la gente más severos que ahora. Yo veo a mis nietas o bisnietas que se montan en la bicicleta... en la moto con el novio y se van y ¿eso qué?, ¿usted lo ve eso bien?

Hija: es que ahora son otros tiempos, mamá...

Sí, pero las cosas son lo mismo. Mis hijos también eran severos... y mis hijas no se han ido con el novio solas, debajo de mi vista, ninguna, y se han *casao* todas. Bueno, una se salió... la Santina se salió.

Hija: la Santina se fue con el novio.

Que en vez de venir la familia a pedirla... Hombre, el que mucho tiene, mucho pasa...

Y ya, qué iba a hacer... Ella vive con su *marío* y tiene tres hijos, que tiene uno inválido.

Hija: eso de salirse es que se decía antes.

Claro, que yo tenga a mi hija en mi casa y que venga un hombre y que hable con ella y que yo me distraiga o que me acueste y que él se vaya y se espere por allí y luego se vaya ella... Pero, gracias a Dios, vive con su *marío* y con tres hijos que tiene. No se me ha *salío na* más que esa, *na* más.

Hija: ella se fue, pero no creas que se fue por ahí de viaje y eso, que entonces no había dinero *pa ná*. Ella se fue ahí *anca* un hermano de él. Él la cogió y la llevó a *ca* su hermano y a otro día pues la subió en el coche y la trajo a su casa y entonces ya se fueron a mi casa y estuvieron unos días hasta que se casaron.

Si él ya le hablaba a ella tiempo y a mí no es que no me gustara él ni *ná* de eso. Lo que no me daba gusto es que se saliera a *escondías*, eso no me gustaba.

Hija: si antes lo hacía mucha gente eso, pero se decía de otra forma.

Eso eran costumbres de antes, de decir eso y, yo, pues lo digo: fulano se ha *juntao*, mengano se ha *echa*o las cruces lo primero...

Hija: hacerse las cruces era casarse, era ir a firmar y si no sabías tenía que hacer una cruz. Yo también lo he oído eso, eso se sigue diciendo por aquí.

En mi casa nos casamos *tos* "por regla"; porque vino así. Pero uno no llegó a casarse porque, entre yo y *la* Carmen, había uno que se murió de 22 años, que se llamaba Francisco y que iba después que yo. Se lo llevaron al servicio, que se lo llevaron antes de cupo -que se decía antes- y vino, y estaba trabajando, y dice: "mamá qué dolor de barriga, qué dolor de barriga". Vino el médico y le mandó unas *medecinas*. Pero no hubo *ná* que hacer. Si echó la hiel por la boca, una cosa así más verde... y la tapó con la mano *pa* que mi mamá no la viera. Entonces le decían dolor *miserere*, que ahora le dicen, ¿cómo le dicen a eso?

Hija: era apéndice. Se murió ahí en la casa, en la vereá, en la casa de la cueva. Es que esto es todo vereá esto llega hasta Almería...

En la vereá, que si venía el *ganao* tenía que dejarlo que estuviera ahí y mi madre me llamaba que saliera a ver *de que* no se comieran los higos. Siempre con los pavos y con los higos.

Hija: pues eso se ve que le viene de herencia, porque ella lo ha *contao* siempre, que mi abuela -su madre- se fue a guardar pavos de *pequeñica* y mi abuela es verdad que la he *conocío* yo así con el cuello *torció* porque dos culebras le dieron una paliza cuando guardaba pavos.

!Uh!, le dieron una paliza que la pusieron *morá*. El cuello lo llevaba ella así, *torció*, un *poquico*, de cuando ella era pequeña, que estaba guardando los pavos y una amiga la llamó *pa* jugar, y menos mal que mi abuela estaba enfrente en la balsa...

Hija: es que las culebras, cuando hace calor se meten con lo que pillan.

Clavan la cabeza en la tierra y empiezan a pegar con la cola.



Yo me casé a los 25 años, pero el noviazgo no fueron muchos años, aunque fuera... a 2 años no llegaría. Y porque estuvo él trabajando en Francia, si no... Hombre, porque a él le hacía falta, no tenía padre ni madre, pero yo estaba mejor sirviendo, que comía bien y no trabajaba mucho.

Entonces, nos fuimos a vivir ahí, al Molino de la vereá, a una casa *alquilá*. Y cuando me caso, ya trabajo doble, porque tenía hijos y me obligaba más. Tenía más cosas en la casa que hacer. Y coser, que yo, la ropa de mis hijos y de mi *marío* la cosía, menos las chaquetas... pantalones, calzoncillos, camisas y *to*. Me enseñó mi madre, que ella también cosía mucho en mi casa, pero las cosas de mi casa *na* más.

Ya, nos fuimos con mi mamá después, porque se murió mi hermano que quedaba mozo, se murió la otra de chica y se quedaron mis padres solos. Bueno, se quedaron con mis hermanas las más chicas y, ya, nos fuimos con ellos a ayudarles.

Luego, nos fuimos a una cueva en la *Cañá* de los Contes, que ahí nació ésta. Ya me fui de casa de mi madre porque allí ya había otras grandes y solteras y yo llevaba ya tres hijos. Donde yo me fui era *alquilao*...

Yo le puse Manuela a mi hija primera por mi suegra y a la segunda -a ésta- Carmen como mi madre, como era costumbre, primero los padres del padre y luego... pero a la Manuela le decíamos Nenica.

Hija: y, después de ahí, nos vinimos a la finca de Barbarán, que se llamaba, y ahí hemos *vivío* ya muchos años. Eso ya no era cueva, era casa. Ahí está, ya, hasta que nos casamos todos. Hasta que se casa *la Santina*.

Hija: me parece que *la Santina* nació en la guerra...

No, nació en enero. Había *nació* en la guerra ya. Cuando *el Nene*, *el Miguel*, se fue a la guerra, tenía *la Santina* trece meses...

Hija: pues sí, nacería antes, porque yo le llevo 11 años y nací en el año 25, que tengo ya 73.

Si lo sé yo que sí, que la guerra empezó en el 36 y *la Santina* tenía trece meses cuando se fue *el Miguel* en el 37. No lo voy a saber yo, que mi *marío* y mi hijo venían andando de la Mancha a aquí porque no había *na* pa venir. Y mi *marío*, ya, a esa guerra no fue, se quedó aquí y no se metió nadie con él, fueron mis dos hijos. Mi *marío* estuvo en la Guerra de Melilla, antes de ser novio mío. Él se fue al servicio allí. Allí le tocó *to*: mili y guerra. Él lo contaba mucho.

Hija: si él tendría, ya, cerca de los 50 años cuando la Guerra Civil; era 2 años mayor que ella.

La guerra no se me olvida a mí, no. Aquí no hubo mucho jaleo, pero en Alcantari-lla sí, que se veían las bombas desde aquí y lloraba de ver yo ese destrozo que se veía desde aquí.

Hija: yo no me acuerdo de que hubiera bombas en Alcantarilla, los aparatos y eso sí los vi yo.

En Alcantarilla sí, los aparatos... Se vino *la Tía Morala* aquí, huyendo de Alcantarilla de las bombas esas. Mi *marío* a esa guerra no fue, pero fue a la de Melilla, en sus tiempos. A la guerra nuestra fueron mis hijos, el mayor y el segundo, Juan, pero Juan fue ya con un camión, que ya no estuvo en la guerra.

Hija: a Miguel lo tuvieron prisionero. Ella llevó luto y *to* creyendo que estaba muerto... Tú no sabes las cosas que he *sufrió* yo.

Hija: porque lo cogieron los otros, los nacionales y hasta que no terminó la guerra...

Vamos, siendo *tos* unos, ¡ay! El otro no, Juan estuvo aquí en Murcia en el camión y de ahí se lo llevaron a Guadix. Se lo llevaron y lo tenían allí, en una cochera *metío*, con muchos camiones y, luego, se lo trajeron a Murcia. Y usted no sabe los meses y meses que estuvo aquí en Murcia, *na* más que ahí, esperando a ver si se presentaba algo. Venía a mi casa y estaba tres o cuatro días, que los mandaban.

Hija: pero por aquí, lo único, que vinieron tropas, que los metieron en Torreguil y aquí, en la casa esa, también, que estaban los alemanes y los rusos...

Sí, eso lo sé yo, ahí en Torreguil. Y les enseñaban la instrucción y más *p'abajo*, en la casa del labrador, también. Mi Juan estuvo ahí, pero como él sabía lo de camión, lo tuvieron en Murcia y, luego, se lo llevaron allá, a Granada.

En la guerra mataron muchos de por aquí: uno, dos, tres, cuatro, cinco... lo menos ocho mataron, pero aquí no, en la guerra. Por eso yo sufría por mi hijo, *luego a luego*, lo cogieron preso, estaba vivo... pero yo no sabía dónde mi hijo estaba, ni *ná*. Y me acuerdo que en la guerra, una carta que me mandaron el día del Señor, el diecisiete de junio sería: "desaparecido haciendo guerra". Y yo qué sabía si era preso o era muerto o qué era. Y eso era el día del Señor, no sé por qué día caería, en junio más bien. Y el día veintisiete de setiembre tuve yo dos *papelicos*, así *cruzaos*, y no decían *na más* que: "Miguel Galián, bien". Y, ya, sabía que estaba mi hijo vivo. Lo mandó la Cruz Roja, pero lo que yo sufrí...

Hija: hasta que no se terminó la guerra no se supo ya *na* de él.

Y lo que pude rezar yo en ese tiempo...

Hija: pero en ese tiempo, como estaban los rojos, no se podía rezar...

¡A la gente no le importaba lo que yo hacía en mi casa!. A los rojos no les gustaba eso, y ya ves, éramos *tos* iguales, éramos los mismos... ¡Qué manera de...!. A mí no me gustaban *to* esas cosas, porque no estaban en ley.

Me acuerdo que la carta la trajiste tú, que fuiste a por *abercoques*, que el Miguel era *despareció*, sin saber si era vivo o muerto. Y los *abercoques* son por junio o así y el día veintisiete de junio tuve yo las dos *crucecicas* que ponía: "Miguel Galián, bien". Y ya, cerca de setiembre, ya me escribió mi hijo. La guerra había *terminao* antes, pero él tar-

dó en venir, porque como lo tenían prisionero y lo llevaban de un sitio *pa* otro. Y me acuerdo que vino a mi casa... la guerra se acabó ¿a cuántos de marzo?... y mi hijo vino a mi casa el día cinco de setiembre.

Hija: lo tuvieron hasta que iban pidiendo información y referencias.

Si la guerra no sirvió *pa ná* bueno. Si yo quería comer antes de guerra, trabajaban mi *marío* y mis hijos; y si he *querío* comer después de guerra, si yo quería que mis hijos comieran pan, tenían que ir a Villarrobledo a buscarlo y yo cargármelo como de aquí *al* Palmar y más. Así, es que... he *padecío* y he *trabajao* mucho.

Hija: ella estuvo echando *peonás* hasta que le dieron la paga por lo que se pagaba ella. Ella iba a coger oliva, a coger almendra... en las temporadas, lo que salía por aquí.

Sí, pero fuera no, eso -a segar fuera- mi *marío*, yo sólo por aquí, lo que salía por aquí. Yo he ido a la Mancha, después de la guerra, a traerme trigo *pa* comer, cuando aquí no se encontraba. Pero yo, a segar a la Mancha no he ido nunca, era mi marido. A La Mancha, a Orán, fuera de España, y a Francia, también. Sí, en Marsella, a trabajar el corcho. Pero no pudimos ahorrar *pa* comprar terreno, eso ya mis hijos.

Hija: Claro, nosotros ya, los hijos, hemos ido a la escuela y...

Claro que han ido a la escuela... y yo tengo un nieto que está en la caja de ahorros... Pero es que, entonces, aquí no había escuela ni había *ná*. Si aquí vino un señor de Bilbao a vivir y al ver lo que había trajo una mujer - una maestra- de Mazarrón y la metió ahí en una casa. Y si usted hubiera visto la Primera Comunión de los críos de aquí, iban como desde aquí a la rambla de tantos que habían. Había un abandono muy grande.

También hacíamos carbón, porque aquí habían *oliveras*, se arrancaban, se hacían trozos y las quemaban por ahí en mendio, *tapás* con tierra, y aquello era carbón. Eso se usaba *pa* planchar en las planchas y *pa* muchas cosas...

Hija: y para guisar también, para el hornillo de guisar.

Entonces a aquel carbón se le quitaba la tierra, bien limpio, hermoso, y aquello nos metíamos nosotros a cogerlo, que salíamos como el Señor y la Virgen nos encomendaba. Eso era trabajando a jornal. Venían hombres de por ahí, arrancaban las *oliveras* y hacían de eso. No me queda queja, que he trabajado de *to*.

Mi *marío* era jornalero de *to*. Él segaba, él cavaba, él cogía uva, él cogía almendras, hacía *to* lo que se le presentaba... Se iba a Francia, a la Mancha... donde hiciera falta, donde hubiera *pa* trabajar. Y luego, ya de *jubilao*, ya no, ya se quedaba aquí haciendo la *cordeta* de esparto y ya está. Ya no salía a trabajar fuera, ni podía tampoco, porque estaba ya muy... de los riñones...

Hija: le dio fiebre, pero murió de riñón, del corazón, *mayormente* del corazón; pero ya era mayor, tendría más de 80 años. Y malo, malo no estuvo, él no paraba.

Y yo tampoco, en mi casa; y, cuando no, ayudándole a éstas. A la que tenía la tienda, el bar ese, el ventorrillo ahí, a *la* Santina.

Hija: era un bar grande con salón de baile y todo.

Allí es donde yo más he *estao*. Ayudándole en la cocina, limpiando y de *to*. Y a ella le ayudábamos *tos* en el ventorrillo, ésta también iba, los lunes *pa* limpiar. Hasta las sobrinas venían... Porque nosotros, aunque esté feo que lo diga, semos una familia muy *unía*. A mi *marío* le gustaba mucho verlos a *tos* juntos pero, ya, muchos nietos no los ha *conocío*. ¡Qué lástima!

Hija: si es que ya somos tantos...

Yo, si los cuento, te saco *to* los que son, pero tengo que contarlos, que no he *sacao* la cuenta...

Hija: tiene veintidós nietos y bisnietos cuarenta y cuatro... y una tataranieta.

La tataranieta tiene ya más de 4 años... La vida es muy larga, han *pasao* muchas cosas... La tataranieta no me acuerdo de su nombre, es un nombre raro, no es Josefa, ni María, ni Juana, ni *ná* de eso, es un nombre raro...

Hija: ella es que se los conoce a todos y mejor que yo a veces.

Es que como vienen *tos* de vez en cuando...

Hija: y si es en su cumpleaños, el día cuatro de mayo, vinieron casi todos. Ella está muy mimá de la familia...

Oye, y yo que... Yo a *tos* los bisnietos les he *comprao* los zapatos de la comunión. Una vez *me se* presentaron cinco comuniones y compré cinco pares de zapatos. Ahora, el dinero me lo lleva mi hija, yo le pido a ella.



Mi *marío* se jubila y le queda una pensión porque le cotizaron... a los 65. Porque aquí se hizo una esa, una hermandad y pagamos nosotros una cantidad -los sellos- y, ya, le quedó una paga y a mí igual. Yo, ahora, la tengo más alta que él la tenía; la tengo más porque las cosas han subió y lo han hecho así, pero entonces él ganaba más y yo menos.

Hija: Ella cobra treintiocho mil pesetas sólo. Ella cobra pensión desde los 65 que se le arreglaron los papeles.

Todos mis hijos se han *casao*. La última fue *la Fuensanta*, *la Santina*. Cuando se casan *tos* nos quedamos mi *marío* y yo solos. Al poco de casarse *la Santina* nos cambiamos de casa; ya, nos vamos a la casica que tenía la Manuela; pero ella -*la Santina*- ahora está en El Palmar.

Hija: entonces ellos estaban ya, que los críos -mis hijos, los de mi hermana- se iban a dormir con ellos y allí estaba aquello más solo. Y, entonces, al estar ya más *viejecicos*, mi hermana ésta -*la Manuela*- que tiene la casa ahí, tenía otra *casica*, *pegao p'arriba*. Entonces, ya, se vinieron aquí, yo vivía aquí, ella -*la Manuela*- vivía ahí y *la Fuensanta*, entonces -esa casa grande que se ve ahí encima era un bar que tenía ella-, entonces ya estaba ella con todos nosotros.

Hija: pero, ya, cuando mi hermana arregló la casa y tiró aquella se la pasó a su casa

a mi madre, ya después de morirse mi padre. Mi padre se murió arriba, en la *casica* esa.

Cuando muere mi *marío*, a los 80 años, me voy a vivir con mi hija Manuela... ¡qué lástima de mi hija!, porque a mí se me murió uno pequeño y lo sentí mucho, pero aquello era una malva *pa* ésta, que dejó cinco hijos *casao*, que tenía sólo 69 años. Tengo yo más, y todavía vivo. Eso fue la cosa que más me ha hecho a mí sentir, más que to, el perder un hijo mayor. Y la hija menor de ella se casó. Hicimos el arrebato *pa* que se casara, porque ya veíamos que se moría y ya dejó a *tos* sus hijos *casao*s. Vive ahí la hija. Y a su marido no le falta, tiene las hijas cerca y de noche duerme una hija con él. A él no le falta de *ná*. Las hijas vienen y le traen la comida, le lavan ropa...

Hija: ella murió de cáncer, y ya sabíamos que no... Murió en marzo, en el 91. Entonces, se viene aquí, conmigo. Serán siete o más las casas donde ha estado ya...

Gracias a Dios tengo siete casas, porque tengo siete hijos y lo sé yo que me reciben... y las nueras y los yernos.

Hija: con *la* Santina estuvo dos meses, en El Palmar. En el invierno, que aquí hace mucho frío, se va. Pero se cansa enseguida. Mi hermana se la lleva por la Pascua y luego me la trae por febrero o así. Ella es que se harta... y que le gusta más estar en esta zona, que es donde ella ha vivido siempre.

Yo he vivido en *tos* sitios bien. Como siempre he *tenío* buenos vecinos, o sea, que yo he *unío* con todo el mundo -aunque esté feo que yo lo diga-, pues he *vivío* siempre bien. Yo no he *sío* como esas vecinas, que se han *peleao* porque se han *peleao* las criaturas. Se han *peleao*, dos *clujíos* y cada uno a su casa. Yo no he discutío nunca con los vecinos, al contrario: vecinas que yo he *tenío* y hemos ido a coger tãpenas, ellas no han *tenío* crías y yo he *tenío* crías y, mientras yo he *acudío* a los pavos y eso, una vecina me ha *cogío* las crías y me las ha *peinao*.

Hija: ella no se ha *peleao* con las vecinas pero, ella, administrarnos a nosotros y eso sí, y llevar las *perras* ella.

Las cuentas las llevaba yo porque él se iba a trabajar; él sabía más cuentas que yo, pero las *perras* las tenía yo.

Hija: ¡la caja fuerte la administraba ella!

¡Era tan poco fuerte que se rompía!. Era solo: dame y toma. Aunque, cuando se iba a Francia a trabajar, entonces sí. Nosotros siempre hemos *tenío* poco: unas veces más poco y otras veces menos, pero siempre poco. Yo *pa* cuando se han *casao* *tos* he *tenío* *ahorrao* *pa* comprarle la cama y lo que se ha *podío*, porque es que eran siete hijos lo que tenía. A los hijos, una docena de camisas... El ajuar se lo compraba yo y a *toas* las enseñé a coser y lo mismo que hacía yo, hacían ellas.

Hija: si ella, cuando la sacaron en el periódico la sacaron en su máquina de coser.

Me sacaron en la máquina de coser de mano, que la compré cuando nació ella. Cuando nació ésta, ya, me compré la máquina y yo me arreglaba en mi casa con eso.

Hombre, las chaquetas de hombre -que eran de vestir- no las cosía, pero el pantalón pa trabajar y pa vestir, sí. Y la tiene ahora mi hija, *la Santina*.

Hija: ella, de mayor ya, le cosía a todas todavía. Venía a lo mejor una nieta: cóseme esto para la cría, cóseme lo otro...

Y a mí me gustaba *de* entretenerme.

Hija: si ella, las manos y eso las tiene bien, dejó de coser porque no veía bien pero, ver, ve todavía.

Sí, pero ya no es como antes.

Hija: hasta que su hermana Isabel muere todavía iba mi madre a los sitios sola y andando... y tenía ya los 90 cuando muere su hermana esa. Después, ya, sale poco, ya salimos nosotros con ella, pero hasta que *la* Isabel se muere ella estaba muy eso todavía...

Yo iba a verla al manicomio hasta que se murió, me iba *andandico*. Es que estaba mala y la teníamos en el manicomio. Se murió en El Palmar, en el manicomio, pero yo, cuando ya se murió allí, me la traje y la *llevemos* a mi casa. La *llevemos* al manicomio ya *mayorcica*, pero el accidente lo tenía de pequeña, pero no de *nación*, después... era un trastorno que le daba. Y, ya, la tuvimos en el manicomio y ya murió, pero era mayor tendría ya...

Hija: *la Isabelita* tendría ya... no llegaría a los 80 años cuando se murió.

Mi mamá se murió, la dejó a ella y yo me encargué de ella. Cuando la podía tener aquí, la tenía en mi casa. Que se ponía que me mataba, la llevaba al manicomio, se espabilaba... y así pasé la vida.

Hija: a ella es que le ha *gustao* mucho andar. Ella se ponía la capaza en la cabeza y se iba a Alcantarilla a vender los higos de pala.

Siempre había algo que hacer. Los animales que más hemos *tenío* ha sido pavos. Criábamos trece o catorce y los vendíamos en el *mercao*... y pa la Pascua dejábamos uno muy grande y lo matábamos para nosotros. Entonces vivíamos mejor, matábamos un marrano y era cosa sana lo que comíamos.

Hija: y el pan también lo hacía ella.

Claro, cuando tenía críos, luego ya no. Amasaba dos arrobas de harina y lo cocía en dos veces *al* horno.

Hija: una arroba de harina eran once kilos y medio de harina. Pero también están las arrobas que son dieciséis litros para el agua, el vino.

Están las cosas mucho más *cambiás* que antes, antes estábamos más pobres, más míseros... Antes, *na* más que era estar guardando los pavos, ir a por hierba...

Hija: sí, pero ella, todos sus hermanos se han muerto muy mayores, con más de 80 años, *la Dolores*, *el Juan*... y *la Encarna* 97, y la M.^a Ángeles de 90 años

El año *pasao* se me murieron dos hermanas, las que me quedaban: una de 97 años, *la Encarna*, y otra de 90, *la M.^a Ángeles*.

Hija: ella les reza mucho, el rosario... unas veces rápida y otras despacio.

Pues según la gana que tenga, pero a medio no lo dejo nunca, aunque venga alguien. Si viene alguien, aligero y ya está, pero eso de dejarlo a medio, no. Si no viene nadie, llevo éste en el bolsillo, y con éste estoy *hablando*, como es *ligerico* y no pesa, lo llevo siempre en el bolsillo. Lo rezo de noche -cuando me acuesto-, cuando *me se figura* una estación *pa* un difunto, y por las mañanas, cuando me levanto, me siento ahí, en el patio éste y, ya, a la Virgen y al Señor.

Hija: menuda... menudas oraciones sabe, que le enseñó su abuela, pero unas oraciones que está un cuarto de hora o veinte minutos...

Yo, lo que yo sé rezar, me lo enseñó mi abuela, en mi casa, yo no fui a ninguna escuela. Mi abuela era muy *rezona*. Nacimos *tos* con ella -con la abuela- y la queríamos *tos* como a mi mamá. Era muy buena ella. Yo no he sido buena de esas buenas, pero mala tampoco, que no me gusta hacerle daño a nadie.

Mi abuela esa era... no sabía leer, es que entonces nadie sabíamos leer, pero era muy lista y muy cristiana, mucha fe. *To* lo que sé *de rezar* me lo enseñó ella...

Son tantos años y somos tantos ya... y más que vamos a ser porque ahora me va a nacer otro tataranieto y varios bisnietos más... Aquí vienen *tos* y me hablan y me dicen... por muchos que sean todavía más caben... Ahora me gusta más *de hablar* con ellos que antes.

Yo, es que desde que era *pequeñica* me acuerdo que en vez de pensar algo tonto o algo más malo, pensaba en la muerte. Pensaba en que me tenía que morir, desde que era chica, si tengo 107, por lo menos 100 llevo ya pensándolo.



Yo me levanto sola, en cuanto oigo que ésta está *levantá*, me hago mi cama y me vengo aquí a desayunar; cojo la silla esa y me pongo a andar por ahí por la puerta.

Hija: ella sale ahí fuera con la silla, que la va levantando, no la va arrastrando, la lleva como un andador. Es esta silla *pequeñica* y pesa poco. Por eso lleva la silla esos tacos de goma puestos...

Los tengo *desgastaos* ya, que hay que ponerle otros. Ando con la *sillica* ésta por si me caigo, pero yo puedo andar sola.

Me levanto sola y eso, pero me peina mi hija, porque ha *tomaos* la costumbre esa y ya... pero el moño me lo he hecho yo toda la vida. A mí me ha *gustao* siempre ir bien *peiná*. De soltera ya me gustaba a mí llevar mi *peinao* alto o un moño; pero a la peluquería he ido bien poco, con tantos años que tengo, que son ya 107... Ya, no me queda guapo *na* más que esto, el corazón.

En Cuevas del Norte (Sangonera la Verde), junio de 1998

Josefa Baños García



La vejez es una realidad cambiante y de múltiples rostros, en la que ahora se encuentran personas que nacieron a finales del siglo pasado y en el primer tercio de éste. Estas personas han visto como el escenario en el que transcurrían sus vidas se transformaba, a veces, a un ritmo casi vertiginoso. La universalización de las mejoras sanitarias y educativas, las innovaciones técnicas y, en general, el aumento de la calidad de vida, que ha venido unido al progreso económico, social y político de nuestro país, configuran las coordenadas básicas de las importantes transformaciones acaecidas desde que los mayores de hoy eran, tan sólo, unos niños.

Construcción social de la vejez.

El envejecimiento de una persona depende no sólo de los cambios fisiológicos, biológicos y cognitivos que se producen en el individuo, sino también de factores que vienen definidos socialmente. En consecuencia, el envejecimiento ha de ser examinado en el contexto de aquellos acontecimientos en los que se define socialmente, en el que tienen lugar. Los acontecimientos toman su significado en referencia a la ubicación de una persona en una estructura social más amplia.

El curso vital -carrera vital, ciclo de vida o trayectoria vital- recoge el conjunto de acontecimientos relevantes en la biografía de una persona, que han marcado su existencia y han definido periodos importantes en su vida. Estas trayectorias no tienen límites cronológicos ciertos, aunque sí una secuencia de eventos que marcan el inicio y final de cada periodo. A estos periodos se les puede denominar estadios de la vida o etapas vitales. En cada una de ellas se dan una serie de constantes en distintas esferas -social, laboral, familiar o en la salud- que hacen que se den escasos cambios en la vida cotidiana de los sujetos: mismo domicilio, igual ocupación o similar nivel de salud.

Según se analice el curso vital desde una perspectiva familiar, laboral o social cada persona puede tener varias carreras. Así, la carrera o trayectoria familiar vendría formada por los acontecimientos de tipo familiar de un sujeto, mientras que la trayectoria laboral se conformaría con la evolución de la vida ocupacional, sea ésta remunerada o no.

Debido a la metodología empleada para la construcción de las trayectorias vitales de los diez entrevistados -haber confeccionado los índices cronológicos de acontecimientos de todos ellos y las guías de recursos personales-, se ha podido conformar, no sólo la secuencia de etapas diferenciadas de sus cursos vitales, sino también la correspondiente a la trayectoria laboral.

De este modo, se ha podido analizar la configuración de ambas trayectorias, a la vez que la relación existente entre ellas, los principales acontecimientos que suponen inicio de eta-

pa en cada trayectoria y, también, con qué tipo de recursos contaba el sujeto en la adaptación a las sucesivas etapas, ya fuesen de su trayectoria vital o de la estrictamente laboral.

Las *diferencias* entre los cursos vitales de los sujetos entrevistados las marcan, sobre todo, las características propias de cada sujeto como la edad, el hábitat, el tipo de trabajo desempeñado, el nivel educativo o el estado civil, entre otros. Por otro lado, las *similitudes* son debidas a tránsitos comunes en todos los sujetos a lo largo de la trayectoria vital: la entrada en el mundo laboral, el matrimonio, la viudez o la jubilación, aunque se den a edades distintas y con diferentes estados de salud.

El número de etapas vitales acontecidas está relacionado con la edad alcanzada, si bien no en todos los casos. Algunos entrevistados de más edad presentan menor número de etapas que otros más jóvenes. Los entrevistados con menor número de etapas han tenido grandes periodos donde los factores y recursos vitales permanecen constantes o sin modificaciones importantes.

El número de *etapas laborales* depende de los cambios de ocupación que tuvo el sujeto, así como del desarrollo de la actividad laboral en el mismo hábitat o en varios distintos.

Los puntos de inflexión, o *momentos críticos* de grandes cambios, que se han observado en los entrevistados son distintos entre sí debido a las peculiaridades de cada sujeto. No obstante, destacan algunos comunes: el periodo de la Guerra Civil coincide en varios de ellos, por las grandes transformaciones familiares y económicas que supuso; los relacionados con el trabajo, ya sea por el acceso a él o por la transformación de asalariado en trabajador por cuenta propia; determinados cambios de domicilio, bien por alejarse del grupo social habitual o bien por acercarse a éste; la jubilación, por su relación con la dedicación a otras actividades y por el cambio de domicilio asociado a ella; también el deterioro de la salud ha supuesto momentos de importantes cambios en varios entrevistados, por la variación en la actividad cotidiana que conlleva, tanto por dejar de realizar tareas ocupacionales como por limitar las salidas fuera del hogar.

Respecto a la *relación observada entre las trayectorias vitales y laborales* de los sujetos, se ha comprobado que existen grandes vínculos entre una y otra. El grado de relación es distinto según cada entrevistado y el tipo de profesión realizada. No obstante, para gran parte de ellos, con frecuencia los inicios de etapa en la trayectoria laboral marcan, a su vez, inicios de etapa en el curso vital. Así, cuando la profesión se ha desarrollado como autónomo, o por cuenta propia, los cambios en la esfera laboral inciden notoriamente en la vital acercando ambas trayectorias. También en los entrevistados que han realizado trabajos por cuenta ajena se encuentra relación entre las etapas de la trayectoria vital y la laboral, debido a la vinculación del trabajo con la esfera familiar o a los cambios de domicilio que éste supuso.

La jubilación es el símbolo social de inicio de la vejez y se ha considerado ésta como el principio de la sucesión de las etapas de vejez de los entrevistados. Conside-

rando el inicio de la vejez a los 65 años o desde que se percibe pensión de jubilación, se han encontrado entre los entrevistados varios *tipos de vejez diferenciados* por los que han ido transitando una vez jubilados. Estas etapas de vejez dependen fundamentalmente del tipo de actividad (ociosa o productiva) realizada de forma cotidiana.

Del análisis de los tipos de vejez que han vivido los entrevistados, se ha deducido que existen seis tipos de vejez: la *vejez productiva* es aquella que se caracteriza por la realización de tareas distintas a las labores del hogar propio, tengan o no remuneración. Por su lado, la *vejez ociosa* implica no realizar actividades productivas, o al menos, dedicarle menor tiempo diario que a las de ocio. Tanto una como otra vejez pueden ser exterior o interior, según se realicen las actividades dentro o fuera del hogar (*vejez productiva exterior, vejez productiva interior, vejez ociosa exterior, vejez ociosa interior*). Por último, la vejez ociosa asistida se da cuando se precisa algún tipo de ayuda en la actividad cotidiana diaria, ya sea continuamente o de forma puntual, lo cual no impide el disfrute de cierto ocio interior. Faltaría la *vejez pasiva asistida*, en la que no se encuentra ninguno de los entrevistados, y que supondría la inmovilidad física y no realizar ninguna actividad de ocio, aunque sea pasiva.

Según esta clasificación, el número de etapas de vejez, o tipos de vejez, que han vivido los entrevistados está relacionado con su edad. Prácticamente todos los sujetos entrevistados han tenido tras la jubilación una etapa de vejez productiva, ya sea exterior o interior. Encontrándose aún en ella varios de ellos, y no sólo los más jóvenes.

La secuencia “vejez productiva→vejez ociosa exterior→vejez ociosa asistida” es seguida por varios entrevistados, aunque iniciándose las etapas a diferentes edades. Generalmente, en las mujeres que no han desarrollado actividad laboral remunerada o cuando la jubilación supuso una desvinculación del mundo laboral, la primera etapa de la vejez se inicia con la de ocio exterior, para continuar con la de ocio interior.

Sin embargo, la casuística personal de los sujetos hace que las secuencias de etapas de vejez sean muy particulares. Este es el caso de la entrevistada de más edad, que inicia la vejez con etapas productivas que continúa hasta los 105 años, donde asume la etapa de vejez ociosa interior asistida. Por otro lado, uno de los entrevistados inicia la vejez de forma productiva interior y la continúa con una actividad productiva exterior y mucho más social, tras retornar a la región de origen. Por último, la jubilación anticipada permite a otro de los entrevistados acceder a la vejez productiva a los 50 años, la cual se alargará -aunque con descenso gradual de la actividad- hasta que comience la actual vejez ociosa exterior.

A través de los relatos de los entrevistados, y mediante el análisis de las trayectorias vitales y laborales, se han detectado varios efectos debidos a la generación en la que nace el sujeto, o bien al contexto o entorno social donde tiene lugar su curso vi-

tal. Estos efectos se han denominado *efecto generacional* y *efecto del contexto social*, respectivamente, y han condicionado la construcción de la propia vejez.

Los principales efectos generacionales encontrados se deben a la vivencia de determinados acontecimientos sociales, económicos o políticos a una determinada edad, tanto de ámbito local o regional como nacional.

En primer lugar, destaca la vivencia cercana de la Guerra Civil, que supuso en varios entrevistados una significativa reestructuración de los recursos económicos familiares. A su vez, las consecuencias de la postguerra implicó en todos los entrevistados, excepto en el más joven, la práctica de la emigración laboral personal o de personas de la familia muy directas -padres, cónyuge o hermanos- y, también, la reclusión en la cárcel de familiares. Además, el conflicto bélico interrumpió la formación de los cuatro sujetos de menos edad (sexagenarios y septuagenarios); si bien, los dos menores continuaron la formación primaria tras la contienda, los otros dos manifiestan expresamente que les impidió continuar el bachiller.

Por otro lado, varios de los entrevistados de más edad evidencian la existencia de solo dos clases sociales cuando ellos eran jóvenes e incluso maduros. Asimismo, los que residían en entornos rurales acusan la inexistencia de centros para mayores cuando ellos se jubilan, al tiempo que explican no haber ido a la escuela porque en su infancia y en su hábitat no la había entonces.

De igual forma, determinados trabajos realizados por los entrevistados ya no se realizan como entonces, la tecnología los ha transformado (centralita telefónica, molinos de cereales, materiales de construcción) o han dejado de realizarse (carretero, fábricas de conserva en Abarán). Muchas normas políticas han desaparecido, aunque en su día afectasen a los entrevistados (mayoría de edad a los 21 años, no cotizar las órdenes religiosas a la Seguridad Social, no existir la reserva activa). Lo mismo sucede con otras normas sociales o culturales (transmisión de conocimientos de la profesión a través de la familia, secar los higos en verano para comerlos en invierno, cocinar con leña). También han incidido de distinta forma en los entrevistados las crisis y auges de la economía regional y nacional: mientras unos citan las crisis recientes de los años 70 como causa de traslado del negocio, otros mencionan la incidencia en sus trabajos de la etapa de desarrollo económico de los años 60 (auge de la construcción y del sector del mueble).

Respecto a los efectos derivados del *contexto social* de los entrevistados, se pueden mencionar los siguientes: el gran subdesarrollo de algunos hábitats de los sujetos cuando éstos eran jóvenes; los recursos laborales locales (conserva, huerta, almacenes de fruta); las deficientes comunicaciones de la localidad de residencia con la capital; la dependencia económica local respecto a otros núcleos cercanos más desarrollados; residir lejos de la familia por motivos laborales y mantener, por tanto, escasos vínculos con ésta durante la vida activa; incluso, el cambio de domicilio dentro de la misma

localidad, debido a la reestructuración de la red social (vecinos, amigos) que conlleva.

Los distintos efectos generación y contexto social observados en los entrevistados son a su vez muy sinérgicos, pues no actúan en solitario y de una forma siempre directa, sino que se interrelacionan entre sí, haciendo más individual la realidad social de la vejez. El mismo acontecimiento generacional (Guerra Civil, auge económico) afectó de distinta forma según el contexto social particular (localidad de residencia) y las características personales (ideología, profesión).

En síntesis, se puede afirmar, tras haber revisado las trayectorias seguidas por la heterogénea muestra de sujetos, que cada entrevistado presenta la vejez que ha ido construyendo a lo largo de su ciclo de vida, donde son tantos los efectos coincidentes que nunca puede haber dos recorridos vitales similares, a pesar de las convergencias en algunos puntos, como se ha visto.

Vivir la vejez.

De los diez relatos elaborados, y de su análisis sociológico, se pueden extraer una serie de conclusiones relativas a la caracterización de la vejez actual y a la vivencia personal de ésta por los diez entrevistados.

Como ya se ha dicho, las narraciones ponen de manifiesto la heterogeneidad que caracteriza a los mayores, verificando la influencia de la ocupación desarrollada en la vida activa en el tipo de vejez que se vive, al tiempo que se observa la posibilidad de delimitar varias etapas de vejez diferenciadas en un mismo sujeto.

Los acontecimientos de la carrera laboral afectan al bienestar y satisfacción de los individuos. La etapa socio-histórica que han vivido las personas mayores no fue especialmente propicia para su desarrollo personal o profesional. Gran parte de ellos poseen niveles de educación donde predominan los estudios bajos o muy bajos. En consonancia con el grado de educación alcanzado, los trabajos que desempeñaron se ubican principalmente en los puestos de baja cualificación profesional. Esta realidad educacional y laboral conlleva insatisfacción personal y grandes anhelos de superación en los mayores. Así lo demuestran las repetidas alusiones de los entrevistados respecto a no haber realizado más estudios y a las precarias condiciones laborales vividas.

La generación de personas que hoy superan los 65 años han sido testigos presenciales de la historia reciente de España, marcada violentamente por la Guerra Civil y por las consecuencias de ésta durante la postguerra. La guerra impuso una forma no esperada de vivir y trabajar: la incertidumbre, la escasez, el racionamiento, el miedo a las revanchas, el dolor por la muerte de familiares y amigos, la imposibilidad de continuar los estudios, la emigración y, cuando menos, dificultó retomar un ritmo normal de vida. Los efectos posteriores a la guerra fueron especialmente difíciles en algunos entrevistados

cuyas familias debieron realizar importantes reestructuraciones, tanto económicas como domiciliarias. Estos acontecimientos han querido ser olvidados por ser dolorosos y trágicos, pero también por no caer de nuevo en rencores y odios que pudieran abonar el terreno a un nuevo enfrentamiento. Este hecho se corrobora con el deseo de algunos de ellos de omitir algunas opiniones sobre el conflicto en esta publicación.

De los recursos que emplean las personas para adaptarse a los cambios vitales importantes (de domicilio, de actividad laboral, pérdida de seres queridos) son los de tipo laboral los que más se emplean durante la vida activa, que suelen revertir en ampliación de las redes sociales; por su lado, los recursos familiares (cónyuge, hermanos, hijos) también suponen un importante apoyo a lo largo de la vida, tendiendo éstos a intensificarse en la vejez en detrimento de otros recursos sociales (amigos, vecinos) o estrictamente laborales (compañeros de trabajo).

Los mayores utilizan estrategias muy diversas en su adaptación a la vejez. Estas estrategias van desde la dedicación a actividades -productivas o de ocio-; intensificar las relaciones familiares y ayudar a los hijos; cuidar la salud; recordar otras etapas de su vida; residir en su entorno habitual -cerca de los conocidos y allegados-; hasta el procurar la seguridad económica derivada de cobrar pensión de jubilación.

La salud es uno de los principales componentes del bienestar personal y de la satisfacción vital. Gran parte de las preocupaciones de los mayores giran en torno a la salud, influyendo el nivel de ésta en la actitud ante la vejez. Aunque se acepta que el envejecimiento conlleva ciertos deterioros físicos, aquellos que los viven anhelan no tener que padecerlos. Así, conforme aumenta la edad, se observa una gran ambivalencia respecto a la valoración personal de la salud: se considera un logro haber alcanzado edades avanzadas, al tiempo que resulta difícil asumir el descenso en el nivel de salud inherente a éstas.

En la vejez, quizá más que en otras etapas de la vida, la familia y las amistades son un recurso que puede incidir en el individuo y en su calidad de vida global. La familia y los amigos pueden presentarse como una presencia que viene a rellenar otras posibles ausencias como la actividad laboral, la salud o la pérdida del cónyuge. En el hecho de mantener más o menos lazos amistosos se aprecia la influencia de varios factores: los cambios de domicilio respecto a donde se desarrolló la vida activa, el estado civil, el grado de dependencia física, el tiempo de esta dependencia, realizar actividad productiva o no y, por último, la edad, pues los entrevistados más longevos confirman que muchos de sus amigos han fallecido. En algunos sujetos se observan varias de estas causas conjuntamente, que, por lo general, actúan en detrimento de la calidad y/o cantidad de las relaciones sociales.

Conforme se avanza en la vejez, las relaciones personales se van reduciendo a las primarias (familia y amigos íntimos) debido a las causas mencionadas (deficiente sa-

lud, viudez, cambio de domicilio). Los amigos ocupan un segundo lugar en las relaciones cotidianas de los mayores, aunque adquieren mayor relevancia cuando desaparece o no existe el cónyuge (solteros, viudos, separados). La relación familiar en la vejez es fundamentalmente de ayuda, mientras que la amistosa es esencial en la socialización e integración del mayor en la comunidad. Aun con grandes lazos familiares, las amistades ocupan un importante papel en la vejez. Con los amigos se comparte una experiencia vital parecida, unos intereses comunes, recuerdos y valores similares. Estas similitudes hacen que la relación sea agradable y libre, mientras que en la familia pueden existir deudas por la ayuda prestada o recibida en esta etapa o en otras anteriores.

En definitiva, la composición, amplitud y el mantenimiento de la red amistosa en la vejez dependen tanto de factores propios (biografía personal, red social previa a la vejez, actividad laboral, recursos familiares, nivel de salud, estado civil, situación económica) como de factores ajenos a los sujetos (hábitat, infraestructuras del entorno -centros de día-, red de comunicaciones, pérdida de allegados). Ambos tipos de factores van a determinar la integración social en la vejez y, por tanto, en gran medida la satisfacción personal en esta etapa.

La jubilación es un símbolo social de transición a la vejez. Ésta se percibe como un acontecimiento importante y causante de grandes modificaciones vitales (más tiempo libre, desvinculación de compañeros, cambio de domicilio). Sin embargo, la jubilación no puede hacerse equivalente a la vejez: muchas personas se jubilan a una edad temprana y/o en una situación personal, en la que no pueden considerarse viejas. Además, los entrevistados han destacado otros sucesos que implican transformaciones vitales más importantes que la jubilación en sí misma; como la viudedad -en los casados- y los cambios bruscos en la salud, sin olvidar, el desaliento ocasionado por la pérdida de hijos cuando éstos han alcanzado la madurez.

La satisfacción con la jubilación depende de tres factores fundamentalmente: mantener un nivel de salud que permita realizar otras actividades, tanto de ocio como productivas; no tener preocupaciones económicas o, a al menos, no percibir la jubilación como un descenso del nivel de vida; y por último, saber organizar adecuadamente el tiempo libre y disfrutarlo. Además, se ha visto que la dedicación a actividades productivas tras la jubilación (labores agrícolas, escribir, ayudar a los hijos) es más valorado que la dedicación a las actividades domésticas o a meras actividades de ocio. Esta diferencia se debe, fundamentalmente, a la distinta valoración social de unas y otras.

La influencia social en la vivencia propia de la vejez es notable. Así lo demuestran las distintas realidades de vejez vertidas en estas páginas, tanto por el contexto social -no es lo mismo vivir la vejez en un entorno rural que urbano, ni residir solo que con la familia-, como por la diferente valoración social autopercebida.

En la actualidad se convive con una ambigüedad en torno a la vejez: por un lado, existe una revalorización, por la sabiduría, experiencia y prestigio adquirido por los años y, por otro, sufre una devaluación, por la decadencia de su fuerza física, por su alejamiento del mundo laboral y, sobre todo, por el creciente predominio de valores asociados a “lo joven y bello”.

Además, el contexto social donde los mayores desarrollan su vejez también cambia con el transcurso del tiempo y, por tanto, la propia vejez no es estática e inalterable, sino que es dinámica, cambiante: una misma persona puede presentar realidades muy distintas a lo largo de su vejez.

En definitiva, cada etapa vital tiene sus singularidades propias y, en consecuencia, sus propias virtudes. Son muchas las ventajas de vivir la vejez. Las personas mayores aportan a la sociedad la experiencia acumulada año tras año, el buen hacer derivado de estos conocimientos adquiridos, la tranquilidad que conlleva no tener que ajustarse a los ritmos frenéticos que marcan las obligaciones laborales y familiares: es otra forma de medir el tiempo. Ellos son la parte serena y reflexiva que toda sociedad precisa si pretende evolucionar con cierta consciencia y estabilidad. Aprovechémosla.

